NACIONES UNIDAS

CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL

GENERAL

E/CN.12/646
10 de febrero de 1963

ORIGINAL: ESPAÑOL

CATALOGADO

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA

Décimo período de sesiones

Mar del Plata, Argentina, mayo de 1963

CONSIDERACIONES SOCIOLOGICAS SOBRE EL DESARROLLO ECONOMICO DE AMERICA LATINA

por José Medina Echavarría*

* Aunque el autor es funcionario de la Comisión Económica para América Latina, el presente trabajo ha sido escrito a título personal y, por lo tanto, las ideas en él contenidas pueden no coincidir con las de la organización a que pertenece.

I N D I C E

		Página
I.	LOS DISTINTOS ENFOQUES	1
A.	Las exigencias de la praxis	2
1.	Inversiones económicas e inversiones humanas	2
2.	Las tipologías como instrumentos de conocimiento y de acción	6
B.	Las exigencias del conocimiento	8
1.	El punto de vista analítico	9
2.	El punto de vista histórico	13
II.	LOS DIAGNOSTICOS	15
A.	La denominada situación revolucionaria	17
1.	Validez y límites del dualismo estructural	18
2.	La triple mudanza	19
a)	Transformación económica	19
b)	Integración nacional	20
c)	Integración supranacional	22
B.	El ocaso de la vieja estructura	23
1.	De la hacienda a la empresa	24
2.	Paternalismo, angustia y organización impersonal	32
3.	"Urbanización acelerada" y "explosión demográfica"	35
C.	La disolución ideológica	37
1.	Liberalismo e independencia	37
2.	La "clase política tradicional"	40
3.	Las élites cosmopolitas y la formación de las nuevas capas dirigentes	41
4.	Digresión acerca de la Universidad y de los "intelectuales"	45
5.	La transformación del liberalismo	55
a)	Las experiencias europea y latinoamericana	56
b)	La gran paradoja. Del Fondo de Cultura Económica a la obra de la CEPAL	63

/6. El ocaso

Página

6. El ocaso de los ideologías 67

7. Digresión final sobre la juventud 69

III. HACIA LA NUEVA SOCIEDAD 70

Las dos preguntas fundamentales 70

A. Las clases medias emergentes 73

1. Los llamados estudios de estratificación social 73

2. Las clases medias y la política 74

3. Sobre un enigma en el desarrollo actual de América Latina 75

a) Interpretaciones económicas 75

b) Hipótesis y problemas sociológicos 76

B. La política como impulso y canalización 84

1. Tecnología y política 84

2. El problema del cambio social..... 86

a) Una nueva estructura de poder 87

b) Las formas de gobierno y los sistemas electorales 88

c) Liberales y conservadores 89

d) La quiebra del sistema 92

e) El vacío político y la crisis de legitimidad 94

f) Digresión sobre los militares 94

3. Las nuevas masas y la atracción demagógica. 98

a) Las poblaciones expelidas y su desarraigo 99

b) Las "situaciones de masa" 100

c) La persistencia de la imagen paternalista 102

d) Los partidos populistas 103

C. La ideología del desarrollo y los nuevos partidos 104

1. ¿Existe una sola fórmula de desarrollo? 106

a) El desarrollo como problema técnico: las opciones económicas 110

b) El desarrollo como problema político: las opciones sobre el sacrificio 113

/c) El desarrollo

Página

c) El desarrollo como problema sociológico..... 114

d) Las diferentes opciones y su articulación en la ideología de los partidos 115

2. Acerca del modelo soviético 117

a) La progresión ascendente de la economía soviética 117

b) La convergencia en los aspectos materiales de los sistemas en pugna 118

c) La convergencia en la estructura social..... 120

d) Paréntesis final sobre la "legitimidad" y la "eficacia" 124

3. Consideraciones sobre la fórmula occidental..... 127

a) La tradición del liberalismo y la democracia formal 128

b) La nueva bibliografía y las reuniones internacionales sobre el tema 129

c) La supuesta correlación de riqueza y democracia 133

d) La inestabilidad política 136

e) Las deficiencias de la democracia 139

f) La estabilidad democrática norteamericana... 140

g) El caso de Alemania 143

h) Las mudanzas en la estructura de la democracia 146

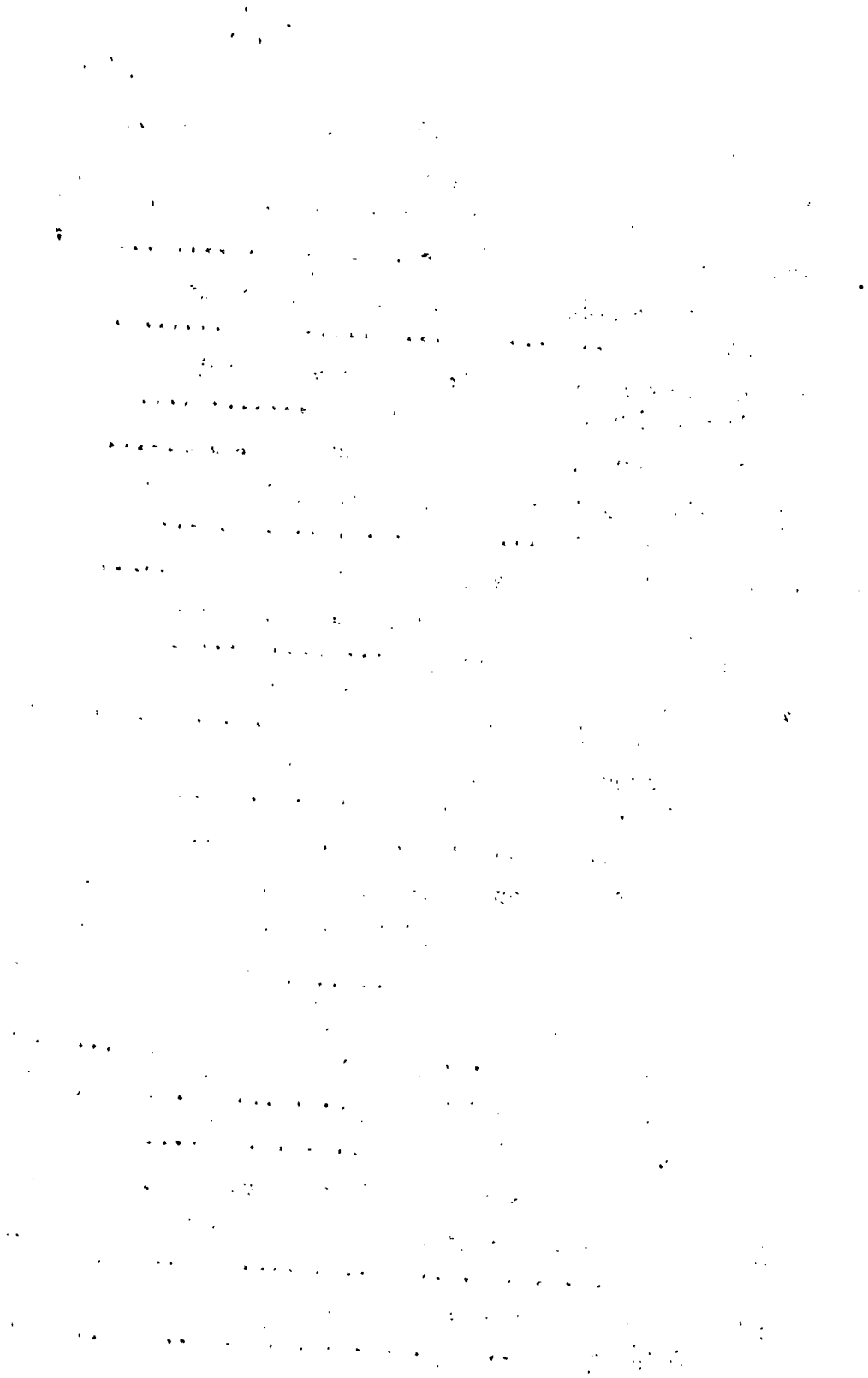
i) La democracia pluralista 150

j) Democracia y planeación 151

k) ¿Existe una sola forma de democracia? 155

l) La democracia como fenómeno de participación 159

m) La integridad moral. Nuestra América "fará da sé" 162



I

LOS DISTINTOS ENFOQUES

Las páginas que aquí se inician tienen por objeto considerar el desarrollo económico de América Latina en sus aspectos sociales. Pero apenas escrita esta frase cae sobre ella como un alud el enorme volumen de palabras que se escriben y pronuncian en estos días sobre el tema. Esa frecuencia, a veces excesiva, no puede menos de producir alguna perplejidad, pues indica que nos encontramos de pronto frente a un tópico. Y ante un tópico sólo cabe una de tres posturas: aceptarlo resignadamente tal como se presenta y contribuir sin mayores preocupaciones a su continuación; tratar de perforarlo para dar tras él con sus supuestos fundamentales y por tanto encubiertos; o esforzarse por poner al menos un poco de orden en la confusión de sus mezcladas significaciones. No es posible entregarse a la comodidad de la primera postura, ni tampoco caer por hoy ante la fascinación de la segunda. Sólo queda como discreto y hacedero aceptar el imperativo de claridad de la tercera.

Se impone declarar, por eso, como punto de partida, que la expresión "aspectos sociales del desarrollo económico" es en extremo ambigua. Se justifica como el recurso literario de un especialista deseoso de colaborar armonicamente con otros hombres de ciencia, al entrar a su propio riesgo en terreno acotado como ajeno. Pero induce peligrosamente, tomado a la letra, a la idea de que pudiera tratarse con el término "aspectos" de simples epifenómenos o, lo que es peor, de notas secundarias y quizá accidentales. Ahora bien, si el sustantivo es equívoco, la equivocidad del adjetivo no es menor y de puro sabida olvidada, aunque se delata una y otra vez en los últimos tiempos por la frecuencia con que lo social aparece siempre en simple unión copulativa con lo económico. Esa indicación de apéndice le imprime una naturaleza residual que multiplica todavía más las dificultades de un buen entendimiento.

/Sin embargo,

Sin embargo, las bases para ese buen entendimiento no son desconocidas ni difíciles. Basta recordar un lugar común de la metodología científica. El "tema", en efecto, "sociedad y desarrollo económico" puede ser enfocado - como todo lo que se refiere a la vida humana - desde muy diversos puntos de vista, y ninguna de esas perspectivas es en principio ilegítima e incorrecta. Sólo que algunas son más adecuadas que otras. Pero lo que determina esa mayor o menor adecuación es el interés del científico en el momento. O, dicho en otra forma, la naturaleza del problema que se trata de resolver. ¿No convendría bosquejar una ordenación de las perspectivas fundamentales?

A. LAS EXIGENCIAS DE LA PRAXIS

La clave para una primera separación de esas perspectivas, susceptible en su relatividad de enriquecerse luego con diversos matices, está dada por el impulso primario que las determina. Es decir, según predominen en ellas las exigencias de la práctica o las exigencias del conocimiento.

El predominio de las exigencias de la práctica es evidente en las orientaciones de la política social tradicional urgidas como están por deficiencias flagrantes en la vida de una sociedad. Lo que en un principio tuvo un ámbito limitado - la "cuestión social" en las últimas décadas del siglo XIX - ha ido extendiéndose hasta comprender toda la gama de los "problemas sociales de un país", o sea todas las insuficiencias y desajustes de su estructura. Reforma social, asistencia social, política social, son los nombres con que se encubre esa actividad en distintos países y momentos, y para muchos no se trata de cosa diferente cuando se habla de los aspectos sociales del desarrollo económico: educación, salubridad, seguridad social, niveles de vida familiares, etc., lo que explica sin más su carácter residual y apendicular.

1. Inversiones económicas e inversiones humanas

En la evolución de la política social - como puede verse muy bien en su historia europea - ha de darse un momento reflexivo en el que las metas humanitarias de la política social tienen que ponerse en relación con los

/fines de

fines de la política económica, o si se quiere con las posibilidades de una situación económica dada. Es decir, lo que hoy se plantea en otra forma en los países menos desarrollados, existió ya como problema en los países más industrializados, y la variación en el planteamiento - condicionada por las preocupaciones del desarrollo - ha sido la siguiente, expresada en su máxima simplificación lógica: todo desarrollo económico supone un proceso de continuadas y sucesivas inversiones. Ahora bien, pudiera suceder que no sólo importen las de carácter económico en estricto sentido, sino asimismo las que han venido a denominarse inversiones humanas. Bolivia necesita inversiones en su petróleo y en su sector agrícola, pero ¿quién duda que el desarrollo económico de este país depende no menos de una mejora en la nutrición y salud de sus habitantes, de una "castellanización" rápida de sus grupos indígenas? La categoría de "inversiones humanas" ha permitido la tecnificación del problema y la posibilidad de insertarlo en los cuadros de la programación o planeación. Pero, como todo avance en la racionalización, tiene también sus lados de sombra. Su mayor logro ha consistido en vigorizar la convicción de que el desarrollo económico es un proceso social total y en plantear, en consecuencia, al esfuerzo e imaginación humanos un nuevo problema: el de la planeación social de mano con la planeación económica. Sus vertientes negativas o al menos problemáticas son, por un lado, haber subrayado en exceso como meta un elemento utópico, el del desarrollo equilibrado, y por otro lado el de haber atenuado de esa manera, sin quererlo quizá, el carácter humanitario de la política social tradicional, que es ante todo - para decirlo en su lenguaje más noble - una lucha contra la injusticia y el dolor humanos.

La aspiración subyacente en el lema del desarrollo económico y social "equilibrado" se apoya en dos concepciones concretas: a) la de que existen inversiones de carácter social que tienen tarde o temprano rendimientos económicos o que influyen positivamente en una mayor productividad futura, y b) la de que en todo plan de desarrollo debe haber una determinada proporción - por motivos tanto humanitarios como de rendimiento - entre el crecimiento económico y la mejora o progreso sociales, aunque no sea ésta

/sino una

sino una entre las varias proporciones a cuya satisfacción debe aspirarse.[1/] Las exigencias de integración y proporción no parecen ser discutidas, y sí en cambio, el término de equilibrio, que es ahora al parecer el de mayor circulación.

La primera objeción quedó antes insinuada: con la idea de equilibrio se insertó en las concepciones del desarrollo un elemento utópico que le presta un carácter "ideológico" - en su sentido técnico - y esto es algo que repugna a la sobriedad de la consideración científica.

La segunda objeción sostiene que de esa manera se prejuzga la teoría misma del desarrollo económico; o sea, que para algunos es muy problemático que el desarrollo económico pueda darse en forma equilibrada, y sus mecanismos consistirían muy al contrario en una serie de sucesivos desequilibrios, creadores cada vez de situaciones más complejas y ricas.

1/ Más de una vez conviene prestar un mínimo de autoridad a las opiniones propias - quisiéramos creer - apoyándose en la reconocida de otras ajenas. En este punto voy a hacer uso de una clara fórmula del profesor de Berna, Richard F. Behrendt. (Die Wirtschaftliche und Soziale Revolution in der Unentwickelten Ländern, 1959.)

Cuando se trata de formular los criterios de prioridad necesarios en toda planeación de desarrollo, conviene distinguir los tres problemas siguientes:

1. El problema de la proporción entre las mejoras propiamente económicas y las mejoras de carácter social;
2. El problema de la proporción, por una parte, entre la calculabilidad (Rechenhaftigkeit), que se esfuerza por alcanzar los rendimientos máximos con los mejores procedimientos técnicos disponibles y, por otra, la meditada planeación de un desarrollo gradual y duradero que tiene en cuenta la continuidad y estabilidad sociales. Importa en este caso evitar en lo posible rupturas demasiado violentas de las tradiciones e instituciones del medio de que se trate, con la consiguiente secuela de las inseguridades y conflictos - psicológicos, sociales, políticos e incluso materiales - que por tal motivo pueden resultar.
3. El problema de la adecuada proporción entre las actividades o sectores primarios, secundarios y terciarios.

Pues bien, en la medida en que puedan valer ciertas distinciones académicas, precisa reconocer:

a) que el primer problema incumbe de modo singular a los especialistas en política o asistencia sociales;
b) que el tercero es patrimonio indiscutido de la actividad del economista;
c) que el segundo, en cambio, corresponde de particular manera a lo que son las preocupaciones esenciales del sociólogo y del hombre de Estado.

Nadie niega - sin embargo - que alguien pueda, por su excepcional formación, abarcar por igual y conjuntamente los tres problemas.

/Por otra

Por otra parte, la transformación de los objetivos de la política social en "inversiones humanas", siendo parcialmente legítima, pudiera conducir a un desliz peligroso: el de considerar semejantes objetivos como "rigurosas funciones" del desarrollo económico, cosa que no son en modo alguno. Las deficiencias que en forma de problemas humanos enfrenta la política social son independientes en principio de toda repercusión económica y se acude a colmarlas en méritos de valores que se tienen como permanentes y supremos. Y la primera escala es sin duda alguna la de su perentoriedad.

El hecho es notorio en aquéllos que se muestran con carácter dramático - hacinamientos miserables, persistencia de enfermedades dominables -, pero no lo es menos en otros que permiten una mayor pausa. Caso privilegiado el de la educación. El estado educativo de un país es de suma importancia para su crecimiento económico; los índices educativos y económicos son convergentes y toda proyección de desarrollo económico permite señalar los huecos ocupacionales que es necesario rellenar con la enseñanza. Pero la educación no puede considerarse como simple función del desarrollo. Es autónoma en sus metas y tradiciones y en sus preocupaciones últimas, que atañen al ser del hombre, y más que con el desarrollo - mecanismo neutral e intermedio -, se encuentran en relación con el tipo de sociedad a que aspira o habrá de producir ese desarrollo.

Por lo demás, las deficiencias que corrige la asistencia social son ejemplos típicos de desequilibrio, y no está dicho que ésa su corrección no sea el origen de nuevos desequilibrios posteriores. Toda "reforma", toda mejora tiene sus peculiares "costos sociales". La determinación de esos costos no es siempre tarea fácil, ni a veces puede tenerse el coraje de algunos darwinistas sociales de fines de siglo, inexorables en señalar determinadas consecuencias selectivas del progreso médico. Pues bien, son estos costos - consecuencias secundarias - de la intervención en las condiciones biológicas y psicológicas del hombre, lo que hace en principio incomparable la planeación social a la económica y difícil de imaginar, por ejemplo, un cuadro de insumo y producto de un conjunto de factores humanos. No obstante, la necesidad de la planeación conjunta social y económica incita a la imaginación creadora y quizá sea posible un próximo adelanto en este terreno dentro de ciertos límites. Todo hace sospechar que el camino se

/encuentre en

encuentre en la denominada "investigación operativa" y que la aplicación de sus técnicas a las "decisiones" sociales pueda ofrecer al menos una guía eficaz. Pero se trata de una tarea de los próximos años y siempre las dificultades de la valoración cualitativa de las variables en juego dejarán - más aún que en lo económico - al lado del consejo técnico una última "decisión" política.

2. Las tipologías como instrumentos de conocimiento y de acción

Las exigencias de la práctica en la consideración de los aspectos sociales del desarrollo económico han llevado así a planteamientos sumamente teóricos. Pero aún antes de alcanzar ese nivel, son ya visibles otras derivaciones teóricas, en paralelo contraste con las consecuencias prácticas - como habrá de verse luego - de posturas iniciales de puro conocimiento, sin duda como si la realidad quisiera mostrar una vez más la relatividad de las distinciones conceptuales naturalmente tajantes.

En efecto, la exacta determinación de las "deficiencias sociales" exige el manejo de indicadores o índices cuantitativamente precisos. Por eso, la necesidad de contar en el campo internacional con unidades homogéneas de medida del nivel de vida de los distintos países llevó en años recientes a un grupo de especialistas a fijar un cuadro de los principales indicadores que sirve hoy de base a las tareas de las Naciones Unidas.

Lo que importa ahora es ver cómo han sido utilizados esos y otros indicadores en otros países, para resolver en principio una cuestión teórica: la de la construcción de una tipología de la situación económico-social de América Latina. La necesidad de contar con esa tipología era patente, para romper el peligro de generalizaciones referidas a toda la región; pudo realizarse de maneras diversas, pero no cabe duda que la forma en que se ha emprendido hasta ahora presenta un aspecto original, al ofrecer un puente entre las puras exigencias de la "praxis", que enfrentan de modo inmediato la política social, y la aspiración a un conocimiento interpretativo del desarrollo económico como preocupación esencial del sociólogo.

Dos ensayos valiosos de construcción de esas tipologías se encuentran ya a disposición del lector interesado. Sus autores mismos son los primeros en señalar algunos aspectos problemáticos y no es cosa de utilizar ahora sus

/propias palabras

propias palabras como trampolín de una mayor discusión metodológica, que habría de empezar por analizar la distinción hoy ya corriente entre indicadores e índices (Lazarsfeld).[2/] Baste con recordar algunos puntos. En primer lugar, el problema tanto de la "fidelidad" como el de la validez de los indicadores elegidos, y, en segundo lugar, la cuestión de su convergencia mayor o menor y de su significado. En efecto, cuando se trata de muy pocos indicadores, la convergencia parece clara, pero nó en cambio cuando esos indicadores son numerosos. En tercer lugar, el problema de la imputación causal; las convergencias o correlaciones nada nos dicen por sí solas de la conexión causal de los factores medidos, y, en definitiva, esto es lo más importante para la interpretación. La correlación casi evidente por sí entre los índices de educación y los índices de desarrollo ¿a qué se debe? El problema causal se complica aun más, evidentemente, si son muchos los indicadores utilizados.

Sin embargo, estas observaciones nada aminoran el valor de los resultados alcanzados por las tipologías mencionadas. La del Padre Roger Vekemans [3/] es singularmente aleccionadora por doble razón: porque en la ordenación de los países en ella realizada viene a mostrar en qué forma por el simple juego de los índices se llega a conclusiones muy próximas a los que daría otro tipo de experiencia, lo que significa una relativa confirmación; pero, además, porque pone de relieve muy claramente el nuevo paso que estas tipologías demandan, el de su interpretación. El caso más claro - al que luego se ha de volver - podría formularse literalmente con las mismas palabras del Padre Vekemans, y es sin duda el más difícil de cuantos presenta la realidad actual latinoamericana a la interpretación histórico-sociológica. En efecto, ¿cómo explicar las diferencias en la situación de los componentes del grupo III - México y Brasil - frente a la del grupo VI - Argentina y Chile muy en particular? ¿Cómo interpretar el hecho de que los dos países del cono sur, que ofrecen un complejo económico-social relativamente elevado, estén sin embargo sufriendo un "cierto estancamiento"? Es decir, ¿cómo explicar en

---

2/ Véase Henri Guitton "Indices e indicadores", Revista de Economía y Estadística, Universidad de Córdoba, Año IV (1, 2, 3 y 4).

3/ Véase Síntesis de la tipología socio-económica de los países latinoamericanos (UNESCO/SS/SAED:LA/A-3).

/este caso

este caso la falta de convergencia entre los indicadores socio-culturales y los índices del crecimiento económico? A partir de aquí las interpretaciones comienzan y éstas pueden ser de distinta naturaleza.

B. LAS EXIGENCIAS DEL CONOCIMIENTO

Son de tal urgencia las exigencias prácticas de la política social en América Latina que de suyo se comprende la legitimidad del punto de vista antes examinado y que encuentra en ellas su impulso y acicate. Pero tal orientación no es la única ni quizá la más adecuada ante las exigencias del conocimiento. Desde la perspectiva de éste, los "aspectos sociales" del desarrollo económico toman necesariamente muy distinto carácter. Ya no se trata de "deficiencias" sociales o de inversiones humanas, sino de ver el proceso económico en el todo social de que forma parte. En este sentido, de igual manera que el saber económico se ha visto forzado en los últimos años a elaborar, en todo o en parte, una teoría del desarrollo que - al menos en forma explícita - no era tema de preferente atención en tiempos anteriores, el saber sociológico se ha visto impelido a interrogarse también sobre si podía decir algo acerca del asunto, con ayuda o con independencia de los esfuerzos del economista. Lo elegante científicamente sería una teoría única. Pero si ésta falta, se espera al menos del sociólogo que sea capaz de elaborar una concepción sociológica del desarrollo, es decir, una teoría desde la perspectiva de la estructura social en su conjunto. Y así como el economista ofrece, o puede ofrecer, modelos de desarrollo que son por lo menos una pauta clara en las tareas de la práctica, se ha pedido al sociólogo que ofrezca igualmente modelos de los procesos estructurales que acompañan o preceden al proceso económico mismo.

Estas exigencias del conocimiento, ahora formuladas en la plenitud de su ambición, se comenzaron en forma más modesta. Es significativo que los esfuerzos iniciales por enfrentarse con el tema hayan preferido más bien preocuparse por las "condiciones" o por los "obstáculos" sociales del desarrollo económico. En este punto, el interés por señalar los obstáculos delata de nuevo la infiltración de las urgencias de la práctica y traduce sobre todo, de parte del economista, algo así como una enfadosa impaciencia ante los tropiezos de su actividad. Pero como a la postre los obstáculos

/no son

no son más que un vacío en el sistema de condiciones, la teoría volviendo por sus fueros trata de ceñirse a estas últimas simplemente.

Ahora bien, este esfuerzo teórico se ofrece o puede ofrecerse en dos planos distintos, entre los que existe, sin embargo, continua comunicación. Uno es el plano analítico de la sociología económica; otro, el histórico de la intelección o interpretación de un proceso singular.

1. El punto de vista analítico

La sociología económica, que apenas ha sido cultivada de modo sistemático, tiene ahora un poderoso estímulo con la preocupación por el desarrollo. No es de extrañar que hoy día economistas y sociólogos se interesen por perfilar el marco institucional de la acción económica pura y que se estudien las instituciones económicas por sí mismas: la propiedad, la división del trabajo, el sistema de ocupaciones, así como las formas de cambio y las condiciones sociales de los distintos mercados. Y que no menos interesen los motivos de la conducta económica, ya sea en la producción o en el consumo. Una vez analizadas las instituciones económicas es necesario ponerlas en relación con las demás instituciones y ver cómo funcionan todas ellas en la estructura social de conjunto.

Este es el esquema fundamental que, con una u otra articulación, con una u otra terminología, ofrecen las contribuciones recientes de la sociología económica, incitadas por el interés despertado por el tema del desarrollo. Cuando se trata de un análisis concreto - un país o una región, el Ecuador o América Latina -, sólo se requiere aplicar en el caso todo o parte del arsenal de instrumentos que contiene el referido cuadro de conceptos. Y el análisis será más o menos estático, más o menos dinámico, según sea mayor o menor el grado en que se ponga al descubierto el proceso funcional. Ni qué decir tiene que el mencionado esquema es el que orienta también, en forma implícita, las más de las veces, todas las propuestas de investigaciones empíricas conocidas y de alguna seriedad.

Como todo lo anterior toma su tiempo y no pasa por hoy de ser un programa, las urgencias prácticas y los afanes del día se han esforzado también aquí por ganar etapas y por unir las exigencias de la teoría y de la praxis. El razonamiento ha tomado esta forma: desde la perspectiva del

/desarrollo o

desarrollo o, si se quiere, de su aceleración, no todos los elementos institucionales que analiza la sociología económica tienen el mismo peso. Unos son seguramente más importantes que otros. Pues bien, en la necesidad de actuar selectivamente sobre algunos, ¿cuáles son los más decisivos? De aquí el tema de sabor militar: ¿cuáles son los elementos sociales "estratégicos" del desarrollo económico? ¿Qué hacer para influirles en sentido favorable?

A ese afán corresponde ya el bosquejo de algún trabajo, en que se han pretendido destacar por su valor estratégico tres elementos fundamentales: a) la disposición económica general, como repertorio base de las creencias y aptitudes económicas dominantes; b) la capacidad de organización e inovación en el hacer económico, que no encubre bien el término clásico pero equívoco del empresario, y c) la capacidad de cumplimiento o ejecución de las tareas económicas.

Sobre cada uno de esos elementos es posible actuar, tratando de acentuar su dinamismo. ¿Cuál es su situación real en América Latina y con qué instrumentos se puede influir en ellos? El estudio de estos elementos estratégicos en el desarrollo económico tiene así el mismo papel de puente, transición o enlace, que el que antes se asignó al de las tipologías, sólo que en sentido inverso. El primero se inserta como exigencia de la práctica en lo que fue en su punto de partida cuestión inminentemente teórica; el segundo deriva una construcción teórica de lo que en sus comienzos fue un planteamiento para la acción inmediata.

Tratar de delinear ahora el rico contenido de todo lo que implica el esquema fundamental del enfoque analítico de los denominados "aspectos sociales del desarrollo económico", sería incurrir en repeticiones de lo que ya se ha hecho en otros lugares y momentos. Pero menos aún corresponde en este instante, claro está, su plena y sistemática elaboración. Sin embargo, para no abandonar todavía este plano analítico y dar un poco de carne y contenido a las consideraciones abstractas precedentes, sería quizá conveniente acudir a los esquemas analíticos diferentes del economista y traducir en otro lenguaje sus implicaciones sociológicas. Un estudio reciente de las debilidades estructurales de la realidad latinoamericana, hecho como complemento

/de una

de una investigación más específica,4/ ofrece una apoyatura ideal para esos propósitos, sin que sea necesario averiguar si todos los economistas estarían de acuerdo con sus conclusiones. Por otra parte, ahora sólo se trata de dibujar los trazos más gruesos de los que - a gusto del lector - constituyen los obstáculos o condiciones sociales negativas de la situación económica latinoamericana. El esquema de este análisis se atiene a las líneas más rigurosamente tradicionales del "economista", y este término englobará en lo sucesivo, por vía de brevedad, toda referencia al contenido de ese trabajo.

Por lo que a la tierra se refiere, el economista ofrece los datos de su desigual distribución; y el simple hecho de la continuada contraposición entre latifundio y minifundio permite la primera deducción o hipótesis sociológica de importancia: la de la casi inexistencias de una clase media agrícola de alguna significación. Por lo tanto, la tendencia a la formación de un considerable proletariado rural tan pronto como en una u otra forma se modernicen los sistema de producción.

Cuando se trata del capital - cuya escasez en su estricto sentido económico es cosa conocida - el economista subraya sin embargo que las deficiencias son quizá mayores en lo que respecta al capital social. La infraestructura social es deficiente, en los servicios médicos o en la habitación desde luego, pero muy en particular en el campo de la educación.

En el ámbito del trabajo, no hay problemas de oferta global, pero sí notorias insuficiencias en la mano-de obra calificada y en las capacidades de dirección intermedia. El economista sospecha que la capacidad de los trabajadores no es tan grande como la que pretenden, y subraya que la inmovilidad del mercado de trabajo se debe en buena parte al desconocimiento general de las oportunidades de ocupación. En definitiva, el "economista"

4/ Me refiero concretamente al trabajo "Características de la economía interna y su desarrollo, 1929-59" (E/CN.12/563) elaborado por la CEPAL y en que se recogen ideas y análisis de los diversos trabajos realizados por la Secretaría en los últimos años en este campo.

/no hace

no hace sino insistir en una u otra forma en un solo y decisivo factor social: el de la ignorancia e impreparación general. Al particularizar dentro del campo del trabajo la situación de los servicios profesionales y administrativos, su queja es la misma y parejas las causas que señala. La debilidad del sistema profesional es paralelo a la del equipo de capital; es muy bajo el número de las personas tecnicamente preparadas en los sectores productivos; y los empresarios tienen escasa formación.

En tema tan complejo como el de las deficiencias de la administración pública el economista apunta a los aspectos de organización y a los de tipo fiscal que en parte las condicionan, pero destaca de nuevo como su último fundamento las debilidades del sistema educativo y, en consecuencia, el mal funcionamiento de los mecanismos de selección.

Respecto del empresario, aunque el economista reconoce que han existido y existen importantes grupos empresariales en América Latina, juzga sin embargo que no se han dado en la cantidad necesaria. Son interesantes algunas de las razones que aduce. La primera se refiere a su escasa oferta, condicionada por la estructura social; la segunda alude a las dificultades que existen para la creación de nuevas industrias, por causas sobre todo de estructura económica, es decir, de sus rasgos monopolísticos; y la tercera, de carácter psico-social, se relaciona con las expectativas de beneficios. Obsérvese que en todo caso sólo se trata del "entrepreneur" en su sentido tradicional.

Aunque los datos sobre la distribución del ingreso no son muy abundantes ni están sistemáticamente analizados, destaca sin embargo el hecho patente de su desigualdad. Hay desigualdad entre los distintos sectores económicos, en la participación de los diversos estratos sociales, y no menos, por último, entre las diferentes áreas o regiones de un mismo país. Por último, aunque tampoco se sabe mucho sobre las "propensiones" al consumo y la composición del presupuesto familiar, hay datos suficientes en estos últimos años como para sospechar su paulatina elevación y el cumplimiento de la "ley de Engel".

Esta lectura sociológica de los datos ofrecidos por el economista podría alargarse todavía, pero basta con lo recogido en tan ceñido resumen. Los datos tienen interés por sí mismos y cada uno constituye el punto de

/partida de

partida de un planteamiento sociológico. Pero no es esto lo que ahora importa, sino mostrar las convergencias en el plano analítico de las perspectivas del economista y del sociólogo. De haber seguido el hilo de algún análisis sociológico nos hubiéramos encontrado más o menos con los mismos fenómenos aunque es natural que los destacados por el economista sean aquéllos a los que se asignan aquel valor estratégico antes señalado.

2. El punto de vista histórico

El enfoque analítico de los aspectos sociales del desarrollo - lo haga el sociólogo o el economista - es un corte en un momento del tiempo y tiene por tanto una fecha. Pero es muy posible que las exigencias del conocimiento no puedan quedar satisfechas con semejante consideración sincrónica, por decirlo en el lenguaje de los modernos antropólogos. El cuerpo histórico de América Latina en 1961 es algo más que las rayas de su espectro económico-social, y eso que es sólo puede comprenderse plenamente por todo lo que ha sido. ¿Qué es lo que ha hecho de América Latina la realidad que ahora es y que quizá no pudo ser de otro modo? El desarrollo económico es uno entre los componentes de su situación actual que está condicionada por una serie de situaciones anteriores. Y todas ellas - antes y ahora - no están ahí como configuraciones herméticas, sino incluidas en el proceso total de la historia y porosamente abiertas a sus numerosas influencias.

Ahora bien, semejante consideración histórica todo es menos un complemento que los modos de ver antes descritos necesitan. Es, al contrario, su razón de ser misma, es decir, su verdadera justificación. Las técnicas de investigación más refinadas, los análisis categoriales más rigurosos, las tipologías más cuidadosas, sólo son los instrumentos de un profundo afán existencial, el de entender lo que está pasando aquí y ahora a una realidad viva, de la que además formamos parte y cuyo futuro depende en alguna medida - quizá mínima - de nosotros mismos.

El estudio de los aspectos sociales del desarrollo económico de América Latina no puede eludir en su último esfuerzo el intento de comprender cómo llegaron a ser lo que son y de entregarse por eso a un ejercicio - modesto o profundo - de sociología histórica. Y para ello no basta creer que sería suficiente la denominada historia social - en buena parte sin hacer todavía -,

/que en

que en otros sitios comienza ya a combinar los mejores elementos metodológicos de la historia y de la ciencia social. Con ser tan decisiva es insuficiente, pues el proceso social es tan sólo uno de los ingredientes de la corriente histórica total. Lo que ha hecho el hombre latinoamericano de sí mismo - su respuesta y estilo espirituales -, los acontecimientos de sus luchas políticas y las coyunturas externas en que se encontró, pesan hoy de igual manera en la constelación histórica en que está sumido y en que trata de forjar sus aspiraciones del futuro.

/II. DIAGNOSTICOS

II

LOS DIAGNOSTICOS

El conocimiento de una sociedad contemporánea - la de América Latina en este caso - es quizá el objeto verdadero de la sociología. Y la forma que ese conocimiento toma al realizarse es la de un saber de orientación, que no puede pasar en el mejor de los casos de un diagnóstico, o de un pronóstico todo lo más dentro de una serie de hipotéticas alternativas. El diagnóstico como interpretación de una situación sólo se logra si se tiene una idea de cuál sea su estructura y de las tendencias dinámicas que en ella se manifiestan, armónicas o contrapuestas. Pero estructura y tendencias vienen de una situación anterior y apuntan quizá a otra nueva cuyas posibilidades de realización dependen, entre otras, de las condiciones externas de una coyuntura. El camino por lo actual y contemporáneo nos lleva de nuevo hacia la historia, hacia sus elementos permanentes de continuidad y de coyuntura o, si se quiere, de contingencia. Ahora bien, frente al interés que hay en nuestros días por entender la situación actual de América Latina, despertado por la idea de su desarrollo económico, conviene no olvidar las notas esenciales de una historia que gravitan hasta las horas de hoy.

Sin tenerlas presentes sólo se producen irremediables malentendidos. Dos interesan ahora de modo especial y previo. La primera - se ha tenido que decir repetidas veces - es que América Latina constituye desde hace siglos un fragmento - todo lo marginal que se quiera - de la denominada cultura occidental, en la que no ha actuado por lo demás en forma pasiva, sino participando activamente en muchos campos. Es cierto que fue el producto - para bien o para mal - de un gigantezco proceso de transculturación que por sus mismas dimensiones llega hasta nuestros días sin terminar. Pero, por otra parte, fue tan precoz en sus centros vitales que el destino de la región se hizo occidental desde muy pronto. Quiere esto decir sociologicamente que existe una continuidad - o una dialéctica, si así se desea - en el despliegue de las situaciones internas de modo que los problemas actuales - los del desarrollo, por ejemplo - no son el resultado de la yuxtaposición "ahora" de una cultura ajena y no tradicional. O dicho en otra forma, que no hay ninguna ruptura de su conciencia histórica.

/No cabe

No cabe por eso trasladar al cuerpo cultural latinoamericano la preocupación de algunos pensadores 5/ que ven con certeza como problema europeo - en la era de la descolonización - la de la "europeización", sea realizada o en marcha, de otras regiones o países. En efecto, no puede sostenerse de América Latina que lo que la lleva a su futuro no tiene continuidad alguna con aquello que la hizo historicamente lo que es. La segunda nota que conviene destacar es la enorme significación que para la historia de América Latina - para el mundo hispánico en general - ha tenido la constelación externa y más de una vez con consecuencias adversas. A las ambiciones napoleónicas se debe, como es sabido, la independencia pacífica o violenta de toda la región. Pero, en cambio, las consecuencias de su antecedente inmediato - la Revolución Francesa - son más difíciles de precisar y juzgar, aunque quizá hayan sido de una importancia incalculable. Las reacciones inmediatas que provocó la Revolución impidieron la madurez del movimiento ilustrado - cuajado de promesas - y el malogro de una fase decisiva dentro de la continuidad histórica hispanoamericana. El caso de la Ilustración - de su fracaso - destaca como ejemplo claro de los efectos de una coyuntura externa. Pero a partir de aquí, otras - mayores o menores - podrían señalarse sin dificultad. Las etapas de la historia político-social de América Latina vienen a coincidir con momentos definidos de la historia europea 6/ - la única universal entonces - hasta llegar a la era de las guerras mundiales. La significación de las dos 'grandes guerras' en el desarrollo económico latinoamericano y más que nada en el planteamiento de su problema, es de sobra conocido.

5/ Joachim Ritter, "Europäisierung als europäisches problem", Europäisch-Asiatischen Dialog, Düsseldorf, 1956.

6/ Como América Latina ha sido creadora de estilos y ha vivido siempre, hasta hoy, en uno u otro, es significativo que esas etapas puedan bautizarse muy bien con calificativos artístico-literarios, que a veces representan formas enteras de vida: el barroco, el romanticismo, el modernismo y la novela social. Los paréntesis de fechas sin ser imprecisas, tendrían naturalmente un carácter difuso. He aquí un tema de sociología de la cultura - de enorme interés - que no se ha desarrollado todavía.

A. LA DENOMINADA SITUACION REVOLUCIONARIA

Las notas antes apuntadas matizan energicamente la fisonomía de la situación contemporánea de América Latina. Primero, porque sus problemas más agudos proceden de un interno despliegue que pone a prueba ante todo su capacidad de conformación cultural de querer continuar o persistir en su propio ser. Y segundo, porque la perentoriedad de su solución ha sido precipitada de nuevo por una coyuntura externa y por la casi inverosímil aceleración general del proceso histórico. Y aunque parece ser sino de la cultura hispánica en general - y de la latinoamericana en particular - la acumulación en un momento dado - por su ritmo más lento y a causa de razones que no cabe ahora examinar - de cuestiones resueltas de un modo sucesivo en otras zonas de occidente, semejantes problemas podrían encararse y vencerse dentro de su propio "tempo" peculiar sin la presencia ineludible de la aceleración en el proceso histórico total, el cual no es sólo, como a primera vista se cree, de carácter tecnológico - su índice más claro -, sino que ocurre con mayor ímpetu si cabe en la dilatación de la conciencia. La urgencia - la conciencia de esa urgencia - es así la característica esencial del actual momento latinoamericano.

De tener que expresar en apretada frase el hecho decisivo de la situación presente de América Latina, no cabe más que una, aun arrostrando los peligros del escalofrío y de la mala intelección. Y ese hecho es el de la revolución profunda por el que toda la región está pasando. Se trata, claro está, del significado nada violento de que se habla de la "Revolución industrial", como de un proceso dilatado en que se transforman al mismo tiempo las bases todas de la existencia, las ideas y los sistemas de producción, los horizontes vitales y la movilidad social, el rango de las ocupaciones y las estructuras de poder.

Ahora bien, mientras que las sociedades propiamente industriales se encuentran ya en la segunda fase de su desarrollo, América Latina, mezclando tiempos, pasa todavía por los esfuerzos de la primera sin poderse sustraer a las repercusiones - favorables y adversas - de esa segunda. Que esa radical transformación en profundidad pueda dar lugar aquí y allá a situaciones revolucionarias, en el otro de los sentidos de ese término, es cosa que quizá no esté determinada de modo necesario por el proceso mismo, pero tampoco negada o impedida. Su consideración, en todo caso, no corresponde a este momento.

1. Validez y límites del dualismo estructural

Con el fin de hacer inteligible la situación descrita es frecuente acudir hoy a la idea del dualismo estructural.7/ Pero esta interpretación, sin dejar de ser válida - pues es poderosamente plástica y descriptiva - no es por lo menos suficiente. La estructura de la sociedad latinoamericana estaría constituida en realidad por la coexistencia de dos sociedades distintas, coetáneas pero no contemporáneas, la moderna y la tradicional, la "progresiva" y la "arcaica". La distinción entre esas dos zonas humanas - compartimentos estancos las más de las veces, o influyéndose recíprocamente en otras - explicaría por sí sola el drama sociológico de la región.

La idea del dualismo es muy precisa en el campo económico, donde posiblemente tuvo su origen, incluso en los términos. Se trata de la yuxtaposición en un determinado país - por acción colonial muy en particular - de dos mundos técnico -económicos a infinita distancia uno de otro. Pero ya en lo económico la teoría no resulta clara ni unánime, en la medida en que - según algunos - en los países "subdesarrollados" la mula no va a ser sustituida en una generación por el avión, sino que mula y aeroplano siguen por mucho tiempo llenando funciones económicas esenciales.

No es éste el instante de entrar en la discusión de este problema económico, en extremo técnico y por tanto harto enrevesado. Baste consignar entre otras esta opinión al punto extraña de un economista: "aunque es verdad que el dualismo trae consigo dolorosas tensiones económicas y sociales, no por eso deja de tener ventajas compensatorias y en cierto sentido representa para la economía de un país subdesarrollado el intento de utilizar sus recursos del mejor modo posible en una fase de transición".8/

La concepción del dualismo estructural tampoco es sociologicamente imprecisa si se parte de una imagen-típico ideal de los países sociologicamente más avanzados. En efecto, estos se caracterizan porque en todos sus aspectos sociales no ofrecen rupturas bruscas, perfiles lineales muy destacados, sino diferenciaciones continuas, y transiciones difuminadas. Esos "continuos" se

---

7/ El mejor libro desde esta perspectiva: J. Lambert, Le Brésil, 1953.

8/ A.O. Hirschmann, The Strategy of Economic Development, Yale University Press, 1958, p. 132.

/dan entre

dan entre la ciudad y el campo,[9] entre los niveles de ingresos, entre las distintas clases o estratos, entre los grados de educación, etc. Parece, sin embargo, que esa imagen encarna a plenitud en muy contados países - hay un "continuo" en realidad de la imagen misma -, de suerte que todos los demás son dualistas en un grado mayor o menor.

No se apresaría así con la idea del dualismo estructural, sin ser inexacta, una característica peculiar de América Latina. Y esto aun dejando de lado dos cosas ya insinuadas. Primero, que las distancias entre lo tradicional y lo moderno están dadas en América Latina por su propio proceso interno de desarrollo y no por la brusca yuxtaposición en un pueblo primitivo de organizaciones económicas de potencias externas. Y segundo, que no importan tanto las diferencias y tensiones entre dos modos de vida diferentes, sino el hilo de su continuidad, es decir, su penetración recíproca, las reacciones de las partes retardadas y los esfuerzos expansivos de las partes más avanzadas. De esta manera, en bastantes de los países latinoamericanos el dualismo se atenúa y disuelve en buena medida por la difusión generalizada de las aspiraciones "modernas" por todas sus zonas.

2. La triple mudanza

Sin pretender negar tampoco que algo semejante está ocurriendo en otras partes del mundo - aunque no naturalmente con iguales peculiaridades históricas - la transformación en profundidad por que está pasando América Latina es el resultado de un triple proceso de mudanza soportado por movimientos que en parte coinciden y en parte son independientes.

a) Transformación económica

En primer lugar, su transformación económica misma. Es un hecho que desde 1929 a 1959 el crecimiento de su producto total sigue una curva ascendente, a tenor de una tasa que el economista calcula en un 4 por ciento por año. Es cierto que la impresión favorable se atenúa cuando el producto se calcula por habitante y que hay diferencias muy notables de país a país. Pero en conjunto y en ese período el desarrollo latinoamericano fue lo suficientemente rápido como para superar el aumento de la población. Cierto también que el cuadro empieza a mostrar algunas sombras a partir de 1953.

9/ Herbert Kötter, Landbevölkerung im sozialen Wandel, 1958 (con la bibliografía pertinente).

/Ahora bien,

Ahora bien, no se trata de replantear ahora, con incompetencia, los trazos característicos del panorama económico. Sociologicamente, el hecho decisivo es que ese movimiento económico ha existido y existe, y que ha provocado, confusa o clara, una conciencia generalizada de sus problemas. Un paso más allá consistiría en averiguar cómo han ido cristalizando algunos de los componentes de esa nueva conciencia. Y aunque los índices económicos son aparentemente opacos y no declaran por sí mismos los supuestos socioculturales del fenómeno, una paciente interpretación de algunos de ellos pondría al descubierto algo de su significado sociológico. He aquí algunas indicaciones a título de ilustración. Parece ser que hay una transformación en la composición de la demanda que insinúa al lado del peso menos absorbente en ella de las exportaciones, un cambio desde luego en la composición de las mismas. La cuestión es económica y discutible tanto en la interpretación como en la orientación que pide. Pero no cabe duda que tras el fenómeno no sólo existen contingencias de coyuntura, sino variaciones de actitud y decisiones de voluntad que presuponen cambios en la conciencia económica colectiva, así como la aparición de capas dirigentes de nuevo estilo. Un índice económico como el del crecimiento a largo plazo de los gastos corrientes del estado en buen número de países, tiene al lado de su significación económica estricta otro amplio significado social, al que más tarde habrá que volver. Y, por último, sobra toda insistencia sobre el valor social de los índices, sobre los cambios en la propensión al consumo y en su composición, pues los mismos pertenecen indistintamente a las dos disciplinas de que ahora se trata. Si fueran más completos nos permitirían llegar a través de los cambios en los "hábitos" del consumo a la capa psicológica de la personalidad, cuyas variaciones están siempre en estrecha correlación - de fundamento a veces - con otras de carácter institucional.

b) Integración nacional

El segundo momento de la triple mudanza que aquí se analiza es el del término o conclusión de la integración nacional de la mayoría de los países. El hecho de que todos ellos lleven centuria y media de existencia

/pudiera hacer

pudiera hacer pensar como incomprensible o exagerada la afirmación anterior. Pero si se entiende por integración nacional el hecho de que una proporción considerable de los ciudadanos de un país sea capaz de participar de alguna forma en sus actividades colectivas, comulgando - en un mínimo si se quiere - de sus valores y aspiraciones comunes, es evidente que algunos países latinoamericanos no habrían alcanzado todavía esa condición y por causas muy diferentes. En unos por razón del considerable volumen de sus masas de inmigrantes. En otros por razón de aquella parte de sus poblaciones originarias, que habría resistido, o mejor, que habría quedado al margen, del proceso de transculturación a que antes se aludió.

En este sentido ha podido hablarse para este último tipo de países de una división cultural en tres mundos o porciones (el mundo indio, el mundo en transición y el mundo moderno) y se ha tratado de medir lo que significan en volumen y porcentajes. Sin embargo, en lo que va de siglo, y en las últimas décadas en particular, el proceso de integración nacional ha sido muy rápido y ha llegado a veces a través de acontecimientos provocados con otros fines. La Revolución Mexicana - nadie lo discute - trajo consigo un movimiento acelerado de homogenización nacional; según los cálculos antes mencionados, el mundo puramente indígena representaba tan sólo en 1940 un 15 por ciento de la población. Y aunque en otros países el movimiento ha sido más lento, la tendencia es la misma. Dentro de no muchos años a la nostalgia por lo pintoresco sólo habrá de quedarle el recurso de un tema literario. Dentro de este marco, otros acontecimientos y figuras muy discutidas todavía desde otros puntos de vista - como el nombre de Vargas o el fenómeno del peronismo - tienen un significado irreversible. Ahora bien, no puede olvidarse que la plenitud de este proceso está ligado al éxito y rapidez del proceso económico, en recíproca relación de condición y efecto.

/c) <u>Integración</u>

c) Integración supranacional

El tercer momento en este encadenado proceso de transformación de América Latina es el de su propia integración supranacional. El movimiento es mucho menos claro y sostenido que los anteriores, pero no puede negarse su presencia como una permanente aspiración, quizá imprecisa, que se siente sin embargo como ineludible. Ello se debe a complejas razones que no es posible examinar a fondo, pero que en su trabazón muestran un caso muy claro de cómo pueden confluir en cierto instante lo que es producto de una herencia, de un pasado, y lo que es impulso hacia un futuro provocado por los estímulos de una coyuntura.

No obstante, lo primero que es preciso no olvidar cuando se considera este tema es la relativa heterogeneidad histórico-cultural de los dos grandes fragmentos de América Latina. Sin que el mundo luso quede del todo aparte de este proceso, es sin embargo en el hispánico donde cobra mayor significación. Las naciones hispánicas están unidas en el "sobreentendido" de su conformación común dentro de su fase moderna, guardan quizá en su subconsciente colectivo el trauma doloroso de una separación, y todavía responden en cada momento a los ideales de sus héroes de la independencia, cristalizados sobre todo en las visiones generosas de Bolívar. Pero en el tiempo transcurrido han tenido que hacerse a sí mismas como naciones, en un sostenido esfuerzo aún inconcluso, que les llevó en ocasiones a entrar en conflictos recíprocos, y las más de las veces a actuar de espaldas las unas respecto de las otras. Sin embargo, nunca dejó de apagarse del todo el ideal de integración, que recogieron, según momentos, éstos o los otros grupos de intelectuales, éstos o los otros grupos de políticos nacionales, complicándolo en este caso con afanes si nó de hegemonía, sí al menos de liderazgo.

Los detalles y las alternativas de todo este movimiento merecen, claro está, una atención en este instante inoportuna. Ahora, frente a los cambiantes horizontes que abre la liquidación de la segunda gran guerra y ante las nuevas dimensiones de los problemas del mundo, la aspiración a integraciones supranacionales en América Latina responde en buena parte a exigencias de la coyuntura. La contracción de la tierra por obra de la técnica

/de las

de las comunicaciones, la aparición de configuraciones políticas de enorme tamaño, la crisis en los postulados decimonónicos de la idea nacional, la necesidad, dentro de un mundo que tiende a la uniformización, de mantener sin embargo la riqueza y variedad de las distintas fisonomías culturales, impulsa a los países latinoamericanos a contemplarse de nuevo como una unidad a fin de defender sus intereses, de que se oiga su voz y de que se destaque y valore su propia personalidad. No obstante, son considerables las dificultades que en América Latina, como en otros lugares del mundo, crean a la unión política las separaciones seculares y ciertos conceptos muy arraigados. Y toda integración sería imposible si no existiera hace algún tiempo la concepción de las uniones limitadas de carácter funcional. Unas u otras áreas de problemas comunes - técnicos, culturales, económicos, etc. - permiten contraer compromisos que por su naturaleza técnica no despiertan recelos ni hieren viejas predisposiciones emocionales. Una red de esas vinculaciones funcionales es el instrumento eficaz de una integración de otra suerte imposible. Para lo que en estas páginas interesa especialmente, es significativo que hayan sido los problemas del desarrollo económico los que despertaran la iniciativa de poner en marcha mecanismos de integración de ese tipo, haciendo viable lo que antes flotaba como pompa retórica. Los callados y duraderos trabajos por la integración económica de Centroamérica y la creación por el Tratado de Montevideo de la Zona de Libre Comercio, primeras etapas de la marcha hacia un Mercado Común, muestran ya en qué medida América Latina está pasando del ensueño a la realidad.

B. EL OCASO DE LA VIEJA ESTRUCTURA

Este examen de los componentes de la triple mudanza de fondo a que está sometida hoy América Latina, es desde luego insuficiente por lo rápido, pero manifiesta bien a las claras dos cosas. Cómo se reitera lo que parece un sino que se complace en acumular en un momento problemas que otros pudieron resolver en tiempos distintos. Y cuál es la magnitud de una tarea que demanda energías excepcionales. ¿Dónde existen esas energías? ¿Qué clase de "dirigentes" es hoy capaz de encauzarlas y dirigirlas?

/1. De

1. De la hacienda a la empresa

Toda estructura social suele ofrecer en sus partes más diversas, en sus lugares más inesperados, la huella y el influjo de un determinado prototipo. Las actuales sociedades industriales reciben la impronta del establecimiento fabril en relaciones y modos de vida muy alejados y sin conexión aparente con ese centro de producción. La estructura social de América Latina mostró por largo tiempo en todos sus entresijos la capacidad modeladora de una institución fundamental: la de la hacienda. Toda la historia económica, social y política de América Latina es en buena parte la historia de la consolidación y transformaciones de esa unidad económica-social. Y el relato del ocaso de la estructura tradicional se confunde por consiguiente con la del lento declinar de esa vieja organización. Ocaso y no extinción, desde luego, pues todavía persisten tanto su presencia como sus influjos.

La hacienda, ni qué decir tiene, no constituye la única unidad económico-social de significación. En la economía comparte su importancia con el real de minas y con los centros mercantiles de exportación, y desde muy pronto (siglo XVI) integra con ellos esa peculiar configuración económica que se extiende por centurias casi sin modificación sustancial hasta las últimas décadas. Y en el campo cultural y político tiene que contar con la acción del Estado y de la Iglesia, y aceptar o sufrir la irradiación permanente de la fundación urbana. Cabalmente, las diferencias entre las partes lusa e hispana de América Latina se encuentran en el distinto peso que han ejercido en su historia uno u otro de esos ingredientes. Pero tanto su precisa caracterización como su peculiar trayectoria no es cosa que interesa examinar aquí.

De ser posible, interesaría más tratar desde la perspectiva de la hacienda la evolución del derecho de propiedad desde su primera consolidación en el siglo XVII, pasando por el fracaso de las reformas del siglo XVIII, hasta las tendencias desamortizadoras de inspiración liberal del siglo XIX, fatales para los residuos de la propiedad comunal indígena, y que fijan con mayor rigidez que en tiempos anteriores la concentración latifundaria. Y de interés mayor todavía, en el contexto de estas páginas,

/habría de

habría de ser quizá la historia económica de las haciendas, es decir, las de la sucesiva variación de sus principales productos, desde el añil de los primeros tiempos y la caña de azúcar hasta los que hoy día constituyen el fundamento de las exportaciones latinoamericanas. Pero todos esos intereses son en verdad tangenciales al tema principal.

Baste recordar, sin embargo, el hecho decisivo. La configuración plena de la hacienda, con todos los caracteres que luego mantiene, ocurre en el siglo XVII. Es decir, con ella comienza a articularse desde dentro el inmenso cuerpo geográfico de América Latina, sólo tocado hasta entonces por fuera por la voluntad que se encerraba en unos pocos y distantes núcleos urbanos. Nos dice una excelente exposición histórica "... en torno a las haciendas comienza a adquirir cuerpo y vigor la vida rural, todavía tan poco conocida", y añade en un párrafo cuajado de significación para quién quiera entender toda la historia posterior: "frente a la gran ciudad, punto de apoyo de un Estado en progresiva debilitación, la hacienda significa el poder de los grandes propietarios, cuya autoridad se mide de hecho por el número de dependientes y trabajadores que les rodean y por la cantidad de tierras que poseen. A fines del siglo XVII, la hacienda simboliza la importancia y extensión de la vida rural en un grado que permite sin riesgo compararla a la villa romana durante la decadencia del Gran Imperio".10/

Desde el punto de vista económico, la hacienda hizo pues a América Latina, todavía hoy predominantemente agraria. Y la hizo quizá en la única forma posible, dada la realidad geográfica con que se enfrentó una expansión colonizadora, que no marchó compacta en sucesivos avances, sino que configuró en muy poco tiempo las formas dispersas de asentamiento humano aún persistentes.

Pero todavía la hizo en un plano más profundo: en el de su sustancia social o, si se quiere, humana. En el Brasil la obra de Freyre es un relato de esa conformación - perdido a veces en la riqueza de la petite histoire -

---

10/ Véase G. Céspedes del Castillo, "La Sociedad Colonial Americana en los siglos XVI y XVII" en el tomo III de la Historia Económica de España y América, editada por J. Vicens Vives, Barcelona, Teide, 1958.

/que, aceptado

que, aceptado o criticado según temperamentos y puntos de vista, abre sin embargo el continuado análisis de esa gran tarea. En Hispanoamérica no hay nada semejante, si bien fragmentos dispersos esperan ya la mano que los trate en una visión de conjunto. En lo que sigue sólo se trata de dar un extremado esquema sociológico que pueda ayudarnos a comprender la realidad de hoy.

¿Cuál ha sido, en efecto, la significación sociológica de la hacienda en la vida toda latinoamericana? Superfluo parecería declarar, si no fuera por el temor de lectores recalcitrantes, que no se trata aquí en modo alguno de una apología. La pureza de los rasgos es como se sabe una exigencia metodológica en la construcción del tipo, que no se encuentra por desgracia en la realidad. Y el término mismo de hacienda es, para comenzar, un compuesto abstracto de una rica diversidad - según regiones, tiempos y modos de actividad - conocida por añadidura con distintos nombres (ingenio, rancho, fundo, etc.).

Pues bien, hecha la advertencia, los rasgos sociológicos de la hacienda que ahora interesan son los siguientes, enumerados de antemano por afanes de claridad: a) el haber sido una célula de poder político-militar al lado del económico; b) el haber constituido el núcleo de una dilatada estructura "familística"; c) el haber constituido el modelo circunstancial de la autoridad, y d) el haber sido la creadora de un tipo humano, de un "carácter" singular.

Sólo muy a la ligera puede decirse algo en estas páginas sobre cada uno de esos rasgos. La hacienda desde su cristalización originaria es algo más que una unidad de producción económica. Es el instrumento de la instalación de un orden en el dilatado espacio vacío del agro, y por tanto significa de hecho un núcleo de poder político, tolerado o utilizado según circunstancias por las autoridades estatales, y al que se otorga a veces o toma por sí mismo una significación militar. En las zonas fronterizas esa significación militar es inevitable y, desde muy pronto, diversos títulos honoríficos representan en el mundo hispano el reconocimiento de semejante función: capitanes, maestres de campo o el famoso de adelantados. Ahora bien, esa significación político-militar desde luego ya existente en el Reino de

/Indias, perdura

Indias, perdura muy avanzada la vida independiente. Carranza era todavía un poderoso hacendado. Las formas degradadas que toma el fenómeno en el momento del caudillismo han sido objeto, como todo lo espectacular, de una atención preferente. Pero pocos han analizado lo que significó como elemento de estabilización y continuidad este núcleo político-militar cuando se derrumbó el aparato estatal y burocrático del imperio, y fue necesario mantener el cuerpo social durante los largos años de anarquía y de fluctuación constituyente. Por eso, merecen consignarse aquí las agudas 'sugestiones' de un observador extranjero - Frank Tannenbaum - que esperan todavía un desarrollo sistemático, sin duda dificultado por las persistentes tradiciones académicas de la historia política.

La hacienda es también algo más que una forma de propiedad. Es el soporte de una familia y el símbolo de un apellido. Desde el reducto de su terruño, el hacendado busca y realiza alianzas con otros jefes de familia y esas federaciones familísticas con jefaturas reconocidas se extienden por regiones enteras "organizándolas" de alguna manera. Pero, como es sabido, el hacendado no permanece siempre en su propiedad y tanto en el mundo luso como en el hispano se avecina en una ciudad, desde la más próxima a la capital a veces lejana. Por tanto, las relaciones familiares, las federaciones de parentesco, no quedan reducidas al agro, sino que se extienden a través de la urbe por todo el país.

La hacienda ha sido por eso el soporte de esa estructura familística de los países iberoamericanos que llega más o menos atenuada hasta hoy y que tanto extraña y desconcierta al observador foráneo. Esta estructura familística, que no comprende tan sólo estrictas vinculaciones de parentesco, sino complejas relaciones de amistad, podría estudiarse en los términos de la teoría funcional tan cara a nuestros días. Podría quizá sostenerse que si el nepotismo fue así uno de los elementos disfuncionales de la misma, el plexo de relaciones "personales" y de amistad que también llevaba consigo ha sido en cambio un elemento funcional, o al menos una estructura latente que hizo posible en más de una ocasión la supresión o atenuación de la violencia en una política casi siempre apasionada. Esto sin introducir en la gravedad de la consideración sociológica el ingrediente estético de la "charme", del encanto de ese modo de convivencia "personal".

/Pero que

Pero que la hacienda fuera unidad económica, núcleo político y soporte material de una familia y sus clientes, significa que estamos ante un todo social cerrado cuando se completa el cuadro con la numerosa base de sus servidores. Y como cualquiera otra totalidad social, puede descomponerse su contenido en una textura de relaciones humanas continuamente reiteradas, en un conjunto de funciones y papeles que demarcan para cada quién determinados derechos y obligaciones. Quede para la descripción histórica el detalle de semejantes funciones y papeles. El que en este instante interesa es unicamente el supremo o principal de la autoridad. "Desde el mayor de sus hijos al último de sus esclavos, el hacendado ejerce su autoridad, siempre opresora y protectora a la vez, en dosis que varían según complejos factores y circunstancias".[11/] "Protectora y opresora" a la vez, es decir, autoritaria y paternal. Y esa imagen de las relaciones de subordinación - protección y obediencia, arbitrariedad y gracia, fidelidad y resentimiento, violencia y caridad - que calca en sus orígenes los caracteres de la lejana dominación monárquica, es mantenida intacta por mucho tiempo cuando al rey sucede el presidente de la república. El modelo de autoridad creado por la hacienda se extiende y penetra por todas las relaciones de mando y encarna en el patrón la persistente representación popular.

Nadie pretende señalar con esto particularidad alguna de América Latina. Las formas concretas de dominación - para decirlo en lenguaje weberiano - siempre han sido una mezcla de la legal, la tradicional y la carismática. La dominación legal apenas comienza ahora a realizarse plenamente en el conjunto de los "sistemas secundarios" de las sociedades industriales avanzadas. Y es un problema universal, para unos y otros, adaptarse por completo al vacío sentimental que dejara la extinción de la autoridad paterna. Pero en Europa - por no hablar del caso de excepción de los Estados Unidos - la transición ha sido despaciosa y se vio atenuada, entre otras causas, por la lenta interposición del aparato de las burocracias estatales, que fue acostumbrando poco a poco a la presencia de regulaciones impersonales y objetivas. La mayor velocidad del proceso en América Latina deja flotante en muchas partes la nostalgia por el padre perdido y puede manifestarse todavía, sin que pueda sorprender, en el cariz de algunos de

---

11/ Céspedes, op.cit.

sus movimientos políticos. El cambio ha sido tan brusco a veces que ha sucedido como en Bolivia casi de un instante a otro. Y uno de los enigmas sociológicos más apasionantes que están todavía por explorar es saber lo ocurrido en el alma de los buenos quechuas y aymarás que pasaron de la noche a la mañana de la arraigada obediencia a su patrón al cumplimiento inteligente de las regulaciones del sindicato.

Por último, a la hacienda como totalidad social - como sistema social en lenguaje de hoy - corresponde un carácter. Pero la parquedad se impone en este punto si se quieren sortear como es ahora debido los campos ilimitados de la sociología cultural y de la antropología filosófica. El tema va unido de modo evidente al de la jerarquía de valores en el mundo tradicional latinoamericano y es natural que fascine a los observadores extranjeros. Se habla con frecuencia del sistema de la hacienda como de un orden feudal, lo cual es tecnicamente un disparate. No lo sería tanto si se prefiriera el término mucho más amplio de señorial. En este caso la figura de carácter que modela es la del señor (señor de hacienda, señor de rancho ganadero, "senhor de ingenho", etc.) y a él pertenecen las características peculiares que se han dado por todas partes a ese tipo de hombre: religiosidad de destino aun dentro de la piedad católica; magnanimidad y prestancia; diletantismo en sus escasas individualidades cultivadas. Y con el arrojo personal, el desdén de la muerte y la capacidad de jugarse la vida, impasible, a una sola carta, frente a las exigencias de un deber tenido por incondicionado. Ante los demás, el cumplimiento según su condición de los mandatos indefinidos del "noblesse oblige". Esto, claro es, en sus figuras ejemplares, pues cuando esas cualidades se deforman o degradan, alimentan una plaga viciosa en la sociedad latinoamericana. La magnanimidad se convierte en el derroche ostensorio del "señorito" y la indiferencia viril ante la muerte noble se trasmuta en la obsesión del "machismo" moralmente vacía.

Ahora bien, supuestas precisamente en sus formas más elevadas esas notas de la existencia señorial - estéticas, morales y religiosas - no parecen desde luego las más adecuadas a las exigencias de la economía moderna. Pero habría que investigar más a fondo el peso que han tenido en la conformación de la ética económica del hombre iberoamericano. Como también es tierra incógnita la prolongación del tema weberiano hacia la

/realidad latinoamericana,

realidad latinoamericana, es decir, la investigación con la debida objetividad, imparcialidad y rigor de la influencia de la Iglesia católica lo mismo en la conformación de esas actitudes económicas fundamentales que en el propio desarrollo de la economía latinoamericana. El talante señorial se ha extinguido ya sin remedio y con él algunas de sus virtudes y cualidades. Alguien puede deplorarlo y pensar que con lo señorial se apaga una faja brillante en el espectro de los colores de la vida. Pero no se trata de eso, pues lo que no está dicho es que los valores que fueron la matriz de una forma de vida y que no sirven ya para crear la estructura de otra distinta, no sean capaces sin embargo de modelarla con originalidad. En la expresión de Alfredo Weber, una cultura sólo muere si no es capaz de reaccionar creadoramente en la continuidad de su estilo al "agregado vital" que le presenta inexorable la marcha general del proceso histórico.

La disolución del sistema de la hacienda, o en términos más exactos, su transformación hacia otros tipos de explotación económica y de relaciones sociales, tiene una historia imposible de trazar aquí detenidamente. Saltando por encima de los detalles, puede sostenerse que sus causas son económicas y proceden tanto del mercado externo como de los mercados internos. Podrían rastrearse al hilo de índices económicos ya conocidos, bien de las exportaciones, bien de los cambios de la demanda total. Sin embargo, hay que contentarse en este momento con una afirmación y con el ejemplo de algunos casos significativos.

La afirmación general es que la hacienda se disuelve en el grado y medida que se intensifica el proceso de su "comercialización", o, dicho en otra forma, en la medida en que la hacienda se convierte en empresa. En fecha ya lejana (1876) la aparición del frigorífico en la Argentina significó - visto desde hoy - el primer impulso moderno en la transformación de la hacienda pampera. Poco más tarde la formación de los "invernadores" no sólo impulsa el progreso técnico en los procedimientos ganaderos, sino que crea un nuevo grupo social orientado hacia la ciudad y al contacto comercial directo con Europa, que adquiere en poco tiempo riqueza y poderoso influjo político.

No sería adecuado tratar de perseguir ahora todas las repercusiones de este fenómeno. En otro lugar de América Latina, bien distante del anterior

/y en

y en tiempos muy posteriores, lo que ha significado la aparición de los "cultivos especulativos" (cash-crop farming) por causas de la coyuntura tanto económica como política, ha sido analizado con precisión por R.N. Adams en su excelente estudio sobre Guatemala.[12/] En este caso, el principal efecto social ha sido inmediato: el desarraigo en las haciendas de su mano de obra permanente, que pasa a integrar el proletariado móvil tanto del campo como de la ciudad.

Por último, la tradición de este tipo de estudios en el Brasil ha dado recientemente un ensayo "ejemplar" - como modelo - de los cambios en la estructura del tradicional ingenio azucarero.[13/] En riguroso esquematismo sociológico se hace inteligible un hecho de coyuntura y es el paso del viejo "ingenio" familiar, que su "senhor" manejaba, a la moderna "usina", que controla una compañía anónima. El momento clave fue una crisis en el clásico cultivo de exportación de la caña de azúcar y las medidas de protección estatal mediante la creación del Instituto del Azúcar y del Alcohol. Lo esencial es que la nueva empresa ya no tiene la libertad omnímoda del viejo ingenio y que ha de contar en adelante con las regulaciones del estado (volumen de producción y relaciones con los ornecedores, precios y técnicas de mercado, etc.), con las leyes obreras y con la acción de los sindicatos. El tránsito es por completo el de una a otra era. Estos casos podrían multiplicarse y estarían todos bajo el signo del mercado exterior.

Pero también influye el mercado interior en la transformación de la hacienda al mostrar por todas partes su insuficiencia. Los rendimientos agrícolas del sistema tradicional están en muchas partes por debajo de lo que requiere el mantenimiento alimenticio en continuo aumento. Las reformas estructurales de que se habla - aunque sólo sea desde el punto de vista económico - responden sobre todo a la conciencia de este problema. Los tiempos de fácil holgura han pasado definitivamente. A veces para percibir algo de lo dicho basta sólo la mirada atenta de la realidad. Sin pedir por eso excusa alguna, he aquí lo que viera - sin necesidad de estadísticas -

---

12/ Véase "Social change in Guatemala and U.S. policy" en Social Change in Latin America Today, Nueva York, Harper and Brothers, 1961.

13/ H.W. Hutchinson, "The Transformation of Brazilian Plantation Society," - Journal of Inter-American Studies, abril 1961.

/la clara

la clara pupila amorosa y penetrante del filósofo y que consignó de pasada - con gesto muy suyo - al final de un ensayo radial filosófico literario: "Porque hay que apurarse, argentinos. El tiempo corre y la vida colonial, probablemente, termine ahora, aún en sus formas más avanzadas, para América. Como está en agonía la economía colonial así el resto de esta forma de vida. Y con la vida colonial termina el vivir ex abundantia - las glebas se van llenando de hombres. La población se densifica, ya no hay tanta buena tierra libre, ya se ha averiguado que gran parte de esa tierra libre no es buena. Mientras había tierra de sobra la historia no podía empezar .... Pero ahora ya a empezar la historia de América en todo el vigor de la palabra..." 14/

2. Paternalismo, angustia y organización impersonal

La palabra alemana "sachlichkeit" se vierte con dificultad al castellano y a otros idiomas europeos. Objetividad resuena con matices abundantes lógicos o gnoseológicos; "coseidad" es definitivamente un término metafísico. Y sin embargo es imprescindible, para apresar de un solo golpe la esencia de la cultura y de la sociabilidad en las sociedades industriales más avanzadas: el imperio simplemente de la cosa. Las tareas están ahí precisas en sus contornos materiales dentro de un plan de conjunto, basado en datos objetivos y "científicos" en lo posible. Y el trabajo - aún el más fragmentario y parcial - está sujeto a regulaciones exactas cuyo incumplimiento derrumbaría la cadena entera en que se inserta. Las relaciones humanas se funcionalizan y dependen también de la "cosa" que cada persona hace o representa. La vida en su conjunto marcha como sobre carriles (Freyer) que regulan guarda-agujas casi automáticos. El hombre de las sociedades industriales acepta - se ha acostumbrado - esa claridad de líneas que provienen de la "cosa" misma y, si no "disfruta" de su trabajo, cumple con pulcritud lo que su job exige. Amparado en las seguridades de una ramificada legislación social, pone todo su interés en el "goce" de las horas libres cada vez más abundantes. Que esto sea la plenitud de los tiempos es problemático y la crítica cultural se afana por señalar y superar sus lados de sombra.

14/ Véase José Ortega y Gasset, Meditación del pueblo joven, Buenos Aires, 1958, p.80.

/Sin embargo,

Sin embargo, nada de esto nos importa aquí. América Latina está lejos de ser una affluent society o, si se quiere, una "sociedad de consumidores". Sus problemas son todavía los de una sociedad de productores que persigue la meta de una mayor productividad. Pero esos problemas de transición no son menos graves y a veces - ¿por qué no decirlo? - socialmente peligrosísimos.

La transición se ha dibujado antes en el esquema del paso de la hacienda a la empresa. Interesa ahora señalar, aunque sea en forma somera, algunos de los problemas humanos esenciales que encierra semejante cambio. Todos se resumen en definitiva en uno solo: en el vacío creado por la extinción o deterioro del paternalismo tradicional, en el hueco doloroso que se produce cuando una institución se derrumba sin que esté en pie todavía la que viene a sustituirla. Los usos del viejo paternalismo otorgaban un apoyo - menguado si se quiere, pero sostén al fin - a la ansiedad psicológica; las organizaciones públicas o casi públicas de hoy - del estado, del municipio, de los sindicatos, etc. - conceden de nuevo una ayuda sentimentalmente fría e impersonal, pero más eficaz materialmente, por calculable y previsible. En el camino intermedio, que no es siempre corto, sólo existe la angustia y la desesperanza.

Los usos de la estructura paternalista se cristalizaban sobre todo en tres creencias: a) la creencia en el valor cordial de las relaciones personales; b) la creencia del amparo que no podía faltar en un momento de crisis, y c) la creencia en el poder desconocido, y por eso ilimitado, del jefe. Cuando esas vigencias se derrumban hay que construir afanosamente por la propia experiencia las ideas - las orientaciones intelectuales - sustitutas. ¿Dónde encontrar la confianza del compadre o la benevolencia del vecino? ¿A quién acudir en los trances de enfermedad, en las estrecheces de una temporada sin empleo o en los tropiezos con autoridades y ordenanzas ininteligibles? Y sobre todo, ¿a quién seguir, dónde encontrar el consejo que orienta en el caos descorazonador de un mundo confuso? Los mejores observadores de unos y otros países en el momento actual de América Latina hacen hincapié en este fenómeno, y coinciden en una sola palabra - desarraigo - para indicar el estado psicosocial de fuertes aglomeraciones, lo mismo urbanas que rurales.

/Basta como

Basta como muestra un solo país, singularmente importante. Charles Wagley, en su admirable panorama de la "revolución" brasileña desde 1930,[15] subraya con razón que las bajas capas urbanas, que en su enorme hinchado volumen trabajan en Río y São Paulo en la industria y en la construcción - de coyuntura en alza -, no son propiamente un "proletariado urbano" en el sentido europeo, es decir, empapado de pies a cabeza por los valores urbanos, y que los obreros de las grandes plantaciones están no menos desarraigados que los asalariados urbanos, o sea, ya por completo separados de sus modos tradicionales de vida. Sin embargo, tiene interés consignar en el contexto de este capítulo, un hecho decisivo - por su capacidad de generalización - que formula así literalmente el propio Wagley: "Por el momento parece ser, sin embargo, que los efectos de la revolución brasileña vienen filtrándose de la ciudad a las zonas rurales a través sobre todo del canal de los obreros de las grandes plantaciones".[16]

Sobre la significación que tiene todavía la vieja figura del mando señorial, y a la que luego habrá de volverse, y pues que antes se mencionó a Bolivia, recojamos el juicio de un buen conocedor de ese país, y a quién sin duda se debe el mejor estudio hasta ahora de su reforma agraria: "Todavía hoy la estructura del paternalismo subsiste en las relaciones entre los campesinos y el gobierno. Creen los campesinos que sus problemas podrán resolverse sin demora con sólo visitar personalmente a Don Hernán o a Don Victor".[17] Y para nadie es un secreto que el Presidente de México es una figura casi sagrada e intocable.

La teoría del dualismo estructural no deja de ser una buena lente con que aproximarse a una primera interpretación de la realidad latinoamericana. Sin embargo, se ha preferido destacar con un poco más de detalle los tres grandes componentes de la transformación en que se encuentra. Pero sobre todo se ha cedido a la tentación de considerar - quizá morosamente dada la brevedad de este escrito - lo sucedido a una estructura de situación privilegiada, para decirlo por esta vez a la francesa.

15/ Véase "The Brazilian Revolution: social changes since 1930", en Social Change in Latin America Today, op.cit., pp.179-230.

16/ Op.cit., p.217.

17/ Véase Richard W. Patch, "Bolivia: U.S. Assistance in a Revolutionary Setting", op.cit., p.141.

3. "Urbanización acelerada" y "explosión demográfica"

Alguien pudiera objetar que con todo eso han quedado silenciados hechos de mayor bulto y que ahora merecen singular atención: la denominada explosión demográfica y el fenómeno del "urbanismo". Da sin embargo la casualidad que ninguno de los dos pueden entenderse cabalmente sin ponerlos en relación con las características y peripecias del sistema de la hacienda antes reseñadas.

El notable aumento de la población latinoamericana es un hecho reconocido, sus tasas principales generalmente aceptadas - no es cosa de reproducirlas aquí - y su examen completo, con todas sus diversas proyecciones, es un problema técnico que no nos incumbe. Su relación con el desarrollo económico es cosa no menos sabida, y consiste en que la tasa del crecimiento económico se mantenga superior a la tasa del aumento de población. Hasta ahora y a largo plazo ha sucedido así, pero nada garantiza que también ocurra en lo sucesivo por modo necesario en el abandono a un clásico "laissez-passer".

Con todo, América Latina no es en modo alguno y por hoy un continente sobrepoblado, con la excepción de contados países y regiones. El aumento de la población en muchas de sus partes puede ser todavía un estímulo a la expansión de su economía, supuesto claro está que esa economía guarde un ritmo creciente. No es obligado, por tanto, el humor o malhumor malthusiano. Cabe sin embargo la discusión, fuera del caso en este momento. Sí importa, al contrario - dado el contexto de estas páginas centradas en el sistema tradicional de la hacienda -, recordar lo que fue en Europa la marcha paralela de industrialización y expansión demográfica. Y es que, al menos en algunos de sus países, los comienzos de esa industrialización se encuentran en relación recíproca con la "liberación" de sus poblaciones campesinas por virtud de las reformas agrarias emprendidas.

El rápido incremento actual de la población urbana en América Latina, para iniciar el famoso tema de la urbanización, no se debe tanto a su crecimiento natural como a la emigración de las masas campesinas, que es a veces casi imposible absorber. Es decir, esas masas son expelidas por las deficiencias de las estructuras agrarias más que por la atracción

/- que existe

- que existe a no dudarlo - del sistema industrial incipiente de las ciudades. Por eso el problema de la urbanización puede estudiarse desde una pura perspectiva económica, que exige precipitar la creación de las ocupaciones industriales capaces de absorber los excedentes de la masa agrícola y que a partir de esta sencilla proposición se complica con numerosas cuestiones de carácter técnico. O puede ser estudiado - lo que no es infrecuente - como un problema social, en la medida en que se manifiesta a través de numerosos cambios estructurales. Pero si es más que nada el resultado de una "expulsión" de campesinos empobrecidos - como sucede en América Latina -, existe, para decirlo en términos del economista, una simple transferencia de los problemas de la miseria del campo a la ciudad, creando las diversas y dolorosas situaciones a que ha de hacer frente la asistencia social.

Sin embargo, los índices universales de urbanización y el supuesto de una correlación - que no está probada - entre urbanización y desarrollo económico, nada nos dicen sobre lo que ha sido, y todavía es en América Latina, la relación entre ciudad y campo, entre urbe y hacienda. La ciudad indiana no fue en principio, y exclusivamente, un centro económico (a tenor de la tipología weberiana). Fue, sobre todo en el lado hispano, una fundación política y, sin que faltara en alguna de ellas el aspecto mercantil, un centro de irradiación cultural. Y si la hacienda hizo materialmente a América Latina al organizar como pudo - bien o mal - su dilatado espacio geográfico, la ciudad hizo a América Latina como la sede de su "poder espiritual". Y así hasta el día de hoy.

El libro genial de Sarmiento dio en su subtítulo "Civilización y Barbarie" - con la exageración de toda fórmula expresiva - con el tema más apasionante y decisivo de toda la historia política y social de Iberoamérica. Reactualizarlo con menos pasión y con las técnicas de la investigación moderna - aunque se pierda en ello la fuerza literaria - es una tarea de los futuros cultivadores de la historia social que habrá de arrojar, es lo probable, inmensas claridades. Aquí sólo puede servirnos como punto de enlace. La ciudad indiana, siendo muy en particular entidad

/administrativa, tuvo

administrativa, tuvo desde el principio al lado de los avecindados de la aristrocacia rural, sus funcionarios y sus "doctores", pero no menos sus comerciantes, desde los poderosos de los Consulados a los de más baja consideración, organizadores del importante contrabando, y por último también la gente menuda de la artesanía y de los mercaderes al por menor. A lo largo de la historia una configuración es decisiva: la que formaron hacendados, doctores y comerciantes. Y si algo más se aprieta y por sus efectos políticos, la contraposición fundamental es la que va a existir entre los "licenciados" cultivados y modernos y los "jefes" rurales menos cultos y tradicionales. La historia de esa contraposición es la historia de las ideologías dominantes hasta bien entrado nuestro siglo XX.

C. LA DISOLUCION IDEOLOGICA

La pausada declinación de la estructura social de América Latina esquematizada en las páginas anteriores en torno de la hacienda, como su prototipo y símbolo a la par, se acompaña de un cambio no menos significativo en el mundo ideal del pensamiento. Es decir, la mudanza de una configuración social marcha paralela con la disolución de una ideología. Y por tanto en el momento culminante del ocaso de aquélla, no puede menos de germinar y extenderse una intrincada confusión intelectual.

1. Liberalismo e independencia

La constelación originaria de la Independencia está bajo el signo de la libertad, y por eso el liberalismo se confunde desde los primeros instantes con la sustancia y razón de ser de los nuevos estados. Se esgrimen ante todo las ideas libertarias y constitucionales que llegan en particular de Francia o Norteamérica y toman cuerpo de esa manera fórmulas tan extrañas - dada la realidad y los orígenes de los nuevos cuerpos históricos - como las concepciones federales que tanto habían de pesar a veces tragicamente en años posteriores.

Como no se está ahora en trance de perseguir la historia de las ideas, se excusa aceptar la anterior simplificación pasando por alto lo que muchos

/saben: el

saben: el término liberalismo es al fin y al cabo de cuño español y en su formación, como en la fraterna del constitucionalismo, corren vetas hispanas que pasando por la Ilustración se remontan a los grandes escolásticos y a los usos seculares de algunos reinos de la Península. Pero en el momento de la Independencia, "la libertad", de viejo o nuevo cuño, constituye la fisonomía misma de las nuevas personalidades políticas y el lema unánime que oponer a la "opresión" del absolutismo metropolitano. La fuerza conformadora de esa contraposición inicial fue decisiva hasta hoy para el destino de nuestra América. Habrán existido cuartelazos y numerosos golpes de estado, los cambios constitucionales han sido abundantes, todo eso es verdad; pero no lo es menos que nunca se ha renegado abiertamente de los ideales de la independencia y que con los más caracterizados "espadones" continuaba en la letra de la constitución el tributo respetuoso a los principios del liberalismo.

La historia real de Iberoamérica es en el siglo XIX, y aun hasta aquí, mucho más próxima de lo que se cree por unos u otros a la historia peninsular, y sin embargo el peso de la constelación originaria de la América independiente es la única diferencia decisiva. Al fin y al cabo, para el que entiende de mitos nacionales - ¿y cómo prescindir de ese mito? -, es la distancia que va de la batalla de Lepanto a la batalla de Ayacucho. Y sin embargo, como los mitos están muy lejos de ser retórica inocente, la América hispana, a pesar de todos sus avatares de violencia, ha podido evitar hasta ahora la trágica ruptura entre las dos Españas que divulgó en esos términos el libro famoso del portugués Fidelino de Figueiredo, bajo la inspiración quizá de otro lusitano ilustre, Oliveira Martins.

Ahora bien, el hecho de que la libertad - la aspiración democrática y constitucional - sea uno de los elementos esenciales de la constelación originaria de América Latina, arrastra también consigo la primera gran paradoja de su historia: haber mantenido por mucho tiempo en pleno desacuerdo las fórmulas de una ideología con las "creencias" y conductas efectivas de la existencia cotidiana. Sobre un cuerpo de estructura agraria y vida tradicional se extendió la débil capa de una doctrina predominantemente liberal

/y urbana.

y urbana. Los hacendados, ocupados en mantener el orden de sus territorios, seguían por lo general los viejos modos; por su parte, los doctores de la ciudad se esforzaban en implantar las visiones grandiosas de sus libros y, sin hacer asco desde luego al empleo de las armas, preferían la imprenta y el discurso.

La contraposición fue mucho menor en el Brasil, donde una constante continuidad histórica permitió atenuar las distancias entre las doctrinas de la corte y la vida real de los "facenderos". Pero en la parte hispánica llena - con tremenda violencia muchas veces - todo el transcurso de la época romántica, abandonada a sí misma en el casi absoluto aislamiento que trajeron para las Américas los arreglos de Viena y las declaraciones de Monroe. La contradicción tuvo en muchas partes sus atenuaciones y compromisos; y allá donde así ocurrió - como en el caso de Chile - comienza temprano la auténtica organización del estado. Pero en principio la fecha de Monte Caseros vale como el símbolo general del comienzo de un nuevo período.

Ahora bien, la significación de ese compromiso allí donde va ocurriendo - por los mismos años aproximadamente - es la fórmula política en que se expresa. La distinción entre los partidos liberales y conservadores.

En torno de 1860 el panorama empieza a modificarse y América Latina entra en su conjunto en una fase de mayor estabilidad. Su estructura originaria persiste, sin embargo, casi intacta. El aislamiento se rompe definitivamente, comienza el comercio regular y sostenido con el mundo exterior y, con la importancia de las exportaciones en la balanza comercial, la influencia sobre las economías internas de las alteraciones en los precios de los mercados externos - esa alternancia contingente entre los años de vacas gordas y vacas flacas, que tanto influye, según Siegfried, en las inclinaciones de la mentalidad latinoamericana por su afición entre fatalista y esperanzada, por los juegos de azar. (El tema lo ha tratado también con ingenio otro francés: R. Caillois.) La ganancia de las exportaciones transforma la mentalidad del hacendado y cada vez mayor número de ellos van aplicando una porción mayor o menor de su suelo a los cultivos y rendimientos ganaderos exportables. La mayoría de las veces, no cabe duda, en condiciones de explotación deficientes, económicamente hablando.

2. La "clase política tradicional"

Ahora bien, lo que aquí nos importa es recordar cómo durante este tiempo va formándose una nueva "clase política" y a su lado una nueva élite intelectual. Las influencias del liberalismo fueron, sobre todo en los primeros tiempos, políticas y doctrinarias, estimularon las controversias religiosas - clericalismo y anti-clericalismo, peculiar sobre todo en el lado hispano -, y dividieron sobre cuestiones que a la distancia de hoy parecen futiles y sin importancia. Pero sin que faltaran en el lado económico, la ortodoxia manchesteriana se difunde mucho mejor, atenuada ya la virulencia de otras oposiciones doctrinales, y se propagan asimismo, con el paso de los años, otros matices del liberalismo europeo - del radicalismo filosófico inglés especialmente y Bentham muy en particular - para acabar en las postrimerías del siglo XIX con el imperio del positivismo - fuese o no de pureza comtiana -, que tanto influjo tuvo en la "modernización" del Brasil, México y Chile.

Lo decisivo sin embargo fue el carácter de vigencia que tomó la "escuela clásica" en la ciencia económica de suerte y manera que unos y otros - conservadores y liberales - rigieron su política obedeciendo a los mandatos de esa única ortodoxia. Por eso parece injusto olvidar que esa nueva clase política - nacida del maridaje o convivencia de liberales y conservadores - no sólo montó las piezas de un estado - que había perecido, malo o bueno, en el ocaso del imperio -, sino que en unas cuantas décadas, construyó la infraestructura económica - puertos, carreteras, ferrocarriles, etc. - de que casi ha vivido América Latina hasta la actualidad. Lo hizo naturalmente de acuerdo con las ideas de la época y a prueba de concesiones que hoy parecen entregas y errores económicos. Cierto también que cundió el desorden o hubo privilegio de determinados intereses. En algunas partes los ferrocarriles, entregados a los Estados (Brasil), son todavía un problema por falta de enlace y por la increíble diversidad en la anchura de sus vías, y en otros, como en la Argentina, sirvieron con preferencia los intereses particulares de los exportadores.

/Con todo,

Con todo, esa deficiente estructura fue obra de la "oligarquía" - empleamos el término en su riguroso y neutral significado sociológico - y ella es la base todavía de las tareas de hoy. Nadie sospeche apologías. Pues lo que importaba era destacar más que nada el hecho de que por largo tiempo la gente pensó y actuó dentro de una doctrina - nos guste o no - de claros y rigurosos perfiles. Y así la "izquierda" lo mismo que la "derecha". No en vano García Moreno, el símbolo visible de la más extremada derecha, fue también el que unió por carretera Quito y Guayaquil, maravilla de la ingeniería de su tiempo.

3. Las élites cosmopolitas y la formación de las nuevas capas dirigentes

La apertura al mundo que significa este momento airea también ideas y conciencias. Los hacendados viajan, nurses y fraulein educan a sus hijos, y si muchos de ellos malgastan en París la riqueza amasada por sus peones, buena parte inicia o fomenta la existencia de una minoría cultivada de médicos e ingenieros, de profesores y literatos. Al lado de esa clase política o confundida a veces con ellas, surge la gran élite cosmopolita que ha tenido América Latina y que si algunas veces fue snob - el francés sobre el castellano - y de escaso "nacionalismo", tiene en su haber una obra considerable.

Hoy es fácil reprochar a los "pensadores" de ese momento su incapacidad para la tarea especializada - no publicaron el libro de física, o de lógica, o de historia a lo tudesco, limitado y riguroso que pudieron escribir -, pero su misión fue otra y la cumplieron ciertamente a cabalidad. Los observadores extranjeros quedan perplejos ante el ditelantismo estetizante de estos pensadores. Pero hoy pueden enterarse por la obra de José Gaos que no pudieron actuar de otro modo y que aceptaron su destino a plena conciencia. Es la larga serie de los magistri nationes, de los forjadores y educadores de sus pueblos, que culmina - en el tiempo al menos - en la figura hispánica de Ortega y Gasset y sin los cuales no cabe hoy el esfuerzo paciente de especialización de las nuevas generaciones.

/En las

En las postrimerías de esa época la élite cosmopolita, tocada ya de cavilaciones, encuentra en la "literatura consular" del modernismo las vías de una evasión. Pero todavía los "cosmopolitas" no olvidan en sus mejores ejemplares las angustias y problemas del suelo materno. Cosmopolita fue la figura de Alfonso Reyes, abierto a todos los rumbos de la rosa de los vientos de la vida universal y, sin embargo, mexicano hasta las cachas.

Poco a poco esa élite "cosmopolita" de origen oligárquico va a ser complementada primero, sustituida por completo o casi por completo en los últimos años del pasado inmediato, por un nuevo grupo de elementos dirigentes. En buena medida por la acción misma de los primeros y no sólo por la irradiación de sus personalidades, sino por obra de las universidades que desde el principio se esfuerzan por reformar o crear de nueva planta. Pero esos nuevos grupos intelectuales y profesionales se distinguían de los anteriores por una doble causalidad, en virtud primero de sus muy distintos orígenes, y en segundo lugar por la naturaleza y el nivel mismo de su formación. Los miembros de esa nueva capa directora provenían ya de la nueva clase media emergente - hijos de otros profesionales de origen quizá aún más humilde -, o de familias de alguna prosperidad en el campo de la industria y del comercio, más tarde incluso de los estratos proletarios más afortunados. Pero además su educación, sin ayas e institutrices en su niñez y adolescencia, se hacía por completo en las instituciones educativas nacionales desde las secundarias hasta las de carácter superior. Esa doble distinción no deja de tener significativas influencias. Por lo pronto atenúan las tendencias cosmopolitas de los que la fortuna pudo hacer desde el principio plurilingües y que se reafirmaban con la frecuencia y facilidad de los viajes al exterior. El crecimiento espiritual se hacía así "desde dentro" - si cabe decirlo en esa forma por el contagio inescapable de la terminología económica dominante -, lo cual significa por su lado contrario una acentuación - concentración exclusiva a veces - en la realidad nacional única conocida y vivida de modo directo. Pero tampoco cabe duda que la formación desde dentro tenía que ser ya un poco de segunda mano,[18] es decir, sin contactos directos con las fuentes

18/ Nadie se ofenda por esta frase: toda cultura es, en su "extremo", de segunda mano, y cada día más.

originales. Y esto no puede menos de llevar consigo - salvo en los casos de excepción y máxima energía - un descenso en el nivel de esa formación. Dicho en términos más concretos pero más expresivos: no se trataba ya de hombres más de una vez hechos en Oxford, París, Berlín o Harvard, sino de esforzados estudiosos, - en los casos mejores; los otros, claro es, no importan y se dan por todas partes - de las Universidades de San Andrés o de San Carlos, para no herir susceptibilidad alguna gracias a las posibilidades "neutrales" de selección que otorga ese santoral y por no nombrar más oscuras instituciones provincianas. Este pequeño análisis sociológico ofrece pues elementos compensatorios de innegable significación. En efecto, lo que por una parte podía perderse en nivel, se ganaba por otra en interés y proximidad a las realidades nacionales.

La nueva clase dirigente, más "provinciana" pero quizá más auténtica que la anterior, trató desde luego en sus comienzos de asimilarse a esta última por completo: en los gustos, en los modos de pensar y sentir, así como en los modos de comportarse. Con el tiempo, es decir, gracias al superior bienestar económico general, pero también por virtud de las mayores facilidades educativas - sobre todo en los últimos años - otorgadas por los numerosos sistemas de becas nacionales e internacionales, esta nueva clase se asoma de nuevo directamente y de visu al mundo exterior, sin ser sin embargo "cosmopolita" en el mismo sentido que la anterior. Su interpretación - muy atractiva por cierto - no nos importa ahora. En cambio, sí nos interesa cosa muy distinta. Y es que lo que al principio supone casi voluntad general de asimilación, cede el paso al estímulo de la diferenciación. Las cosas empiezan a verse de distinta manera. Ese mismo vuelco hacia la realidad interior induce a descubrir insuficiencias. El tranquilo consenso se rompe, el statu quo no se acepta, y comienza la crítica, el disgusto, la rebelión al fin en algunos casos. En una palabra, en el teatro social e intelectual de toda Iberoamérica van a comenzar a desempeñar su papel las generaciones "protestatarias".

/Todo ese

Todo ese movimiento de protesta, de corriente más ancha o más estrecha según países y circunstancias, parece alcanzar singular dilatación hacia los años precedentes a la primera guerra mundial, y todo el mundo piensa naturalmente en 1910, fecha en que comienza la Revolución Mexicana. En realidad, culmina y tiene su plenitud seguramente años más tarde, en los coletazos de aquella guerra, y se extiende por toda América Latina como los tiempos del predominio de la novela social. En este sentido, para los aficionados a la sociología de la cultura, el período de la novela social se equipara en su significación profunda a la que antes pudieron tener los del modernismo, los del romanticismo o los del barroco. Cierto - y no es cosa de entrar en polémicas con inteligentes historiadores de la literatura hispanoamericana - que hay también por esos días dadaismos, creacionismos, ultraísmos, como años más tarde, existencialismos de varia catadura, superrealismos o reacciones neoclásicas. Pero quizá el sociólogo - aún no siendo marxista - trataría de explicar esos mismos fenómenos - en la parte sociologicamente explicable, claro está - por las mismas causas generales y profundas. En todo caso - para aceptar los términos al uso - es la literatura "comprometida" más que la puramente "gratuita" la que sirve para designar todo un período, decisivamente importante, de la historia social de América Latina.

Esa literatura comprometida, la denominada novela social, abarca sin excepción toda esta región americana, pero no deja de ser significativo que florezca sobre todo entre las llamadas banana republics. Puede tomarse por eso como ejemplo muy típico el Ecuador, una de las más bellas y desconocidas repúblicas, sea dicho de paso, del continente. Angel A. Rojas, en su Historia de la novela ecuatoriana,[19] cuyos méritos literarios y estrictamente críticos escapan a nuestra competencia, suele presentar antes del relato de las distintas etapas del género unos breves cuadros - aceptándolos por el momento como buenos - de la situación político-social, de interés evidente para el sociólogo. Por consiguiente, al enfrentarse con el período de la novela social aporta bastantes datos - sujetos a confirmación y crítica, como es natural - de la confusa situación política,

19/ México, Fondo de Cultura Económica, 1948.

económica, y singularmente cultural, de tales años, que puede encontrarse sin dificultad en otros países latinoamericanos por las mismas fechas. No parece permisible - por varias razones - seguirlos paso a paso. Pero conviene recordar, por lo que luego veremos, que junto con los acontecimientos internos y exteriores que trastornaron o repercutieron - los segundos - sobre la vida ecuatoriana, nunca se dio tampoco en la historia intelectual de esa república mayor número de las más divergentes influencias espirituales y literarias.

El resultado de toda esa abigarrada experiencia fue un espléndido florecimiento de la novela social, de méritos estilísticos quizá no demasiado de nuestro gusto, pero de indudable fuerza humana. Los principales nombres, de la escuela de Guayaquil especialmente, - Aguilera Malta, Gil Gilbert, Gallegos Lara, Alfredo Pareja, etc. - son de todos conocidos y tuvieron en toda nuestra América una gran influencia y no sólo entre sus afines políticos. El título de Guasipungo se convirtió en un símbolo de toda esa generación inconformista empeñada en transformar a su América desde sus mismas entrañas. Se ha tomado al Ecuador - se reitera - como una singular muestra representativa, pero lo que significó la generación aludida puede encontrarse sin dificultad - aunque con menos concentración - en otras partes.

4. Digresión acerca de la Universidad y de los "intelectuales"

Las nuevas generaciones dirigentes no fueron todas - ni qué decir tiene - igualmente protestatarias. Y algo habría que decir de las "constructivas" si no fuera tan fea esa palabra. Pero, por otra parte, nos interesaba adelantar también algo sobre la sociología de los intelectuales, tema que habrá de considerarse más tarde con otro talante. Se hizo antes una mención inevitable de la Universidad, que por su tenor venía a ser también una mínima defensa ante una de tantas injustificadas acusaciones de las que suele ser víctima fácil la vieja oligarquía. Pero semejante institución hubiera tenido que aparecer de una u otra manera en estas páginas, dictadas por el generalizado interés en los denominados aspectos del desarrollo económico. En efecto, nada preocupa tanto hoy - y con razón - como el nexo que existe entre el deseado crecimiento económico y las instituciones de la enseñanza superior.

/Por lo

Por lo pronto ¿para qué insistir en el famoso círculo vicioso entre el estado de la enseñanza y el estado de la prosperidad económica? El crecimiento económico es deficiente porque no cuenta con el necesario apoyo técnico e intelectual de la Universidad, como al contrario la Universidad es deficiente porque el país que la sostiene no cuenta con la suficiente riqueza. Por muchas razones - y sin citar ahora a Galbraith y su affluent society -, el círculo no es tan vicioso como parece y alguna vez hay que cortar los nudos gordianos al modo más clásico y expeditivo. Innegable es, sin embargo, que aunque existen ejemplos - bien reconocidos - de desarrollos históricos que poco han necesitado en sus más enérgicos soportes personales de la Universidad, lo cierto es que tal cosa apenas se da hoy en parte alguna. Todo el enorme aparato que constituyen hoy, con las capacidades de gerencia y de administración, las múltiples variedades de saber técnico y científico de la empresa moderna, es cosa fuera ya por completo de la improvisación y ni el más genial entrepreneur del viejo estilo se atrevería a confiar en su capacidad para ponerlo en marcha por sí solo.

Hay una serie de problemas facilmente dominables en este punto, pues - como en el campo general de la educación - no es imposible calcular con la debida antelación el tipo y número de especialistas - "generalistas" incluidos - que exige un determinado programa de desarrollo dados los supuestos en que se basen sus proyecciones. Por lo tanto, tampoco es imposible señalar en líneas generales el tipo de profesiones que merecen una mayor preferencia, aunque fuera bueno evitar precipitaciones dictadas por algunos preconceptos vulgares de nuestros días, que obligaran alguna vez a cambiar el título del famoso libro de P. Calamandrei, y en vez de declarar "Demasiados abogados" hubiera que confesar con igual exactitud "Demasiados ingenieros". Hay por último cuestiones universitarias de tipo organizatorio que algo tienen que ver con la economía. Sobre esto y otras cosas semejantes se trabaja y debe trabajarse en la actualidad. Pero en lo esencial no es infrecuente tropezar con muchos dislates y es de temer que algunas de las consideraciones que a seguida se exponen vengan a contrapelo de más de algunas de las opiniones que hoy se sustentan y escriben.

/La Universidad

La Universidad es una venerable institución en la América hispana. Como las fechas son controvertidas y hay alguna pequeña rivalidad nacional de por medio, es conveniente descargar la responsabilidad sobre ajenas autoridades. "Cuando los colegios se desarrollaban y crecían, aspiraban a convertirse en universidades. Antes de cumplirse medio siglo del descubrimiento, en 1538, el colegio de los frailes domínicos en la ciudad de Santo Domingo quedó autorizado a llamarse Universidad de Santo Tomás de Aquino; en 1540, se autorizó la creación de otra Universidad allí, la de Santiago de la Paz ... En 1551, la corona de España decidió fundar universidades en las capitales de los dos virreinatos entonces existentes: una en México, otra en Lima; se inauguraron en 1553."[20/] Dejemos de lado todo lo controversial, que ahora no nos interesa. Basta con el hecho bruto - año más, año menos - de las fechas aproximadas. Estas universidades "tradicionales" permanecen intactas hasta la Independencia, momento en que se intenta su transformación aún en medio de las circunstancias de lucha y conflicto prevalecientes. La tarea iniciada entonces, sólo más tarde, en décadas más tranquilas, puede completarse con mayor eficacia. Los detalles no son del caso. Lo fundamental es que esa nueva universidad de corte europeo trató de servir con los ideales educativos de esos tiempos - y los de un Bello, por ejemplo, están muy lejos de haber envejecido demasiado - el ejercicio de las profesiones consideradas de mayor importancia en la época. Que beneficiaran al mismo tiempo a las clases políticas y dirigentes no es cosa que deba extrañar a sociólogo alguno.

Como no hay institución que no envejezca, también en este caso la universidad del añejo sistema social comenzó a mostrar síntomas de estereosclerosis. Hacia la segunda década del siglo XX nadie los percibió mejor que los propios estudiantes. Ocurre entonces la famosa revolución de Córdoba, y el movimiento de Reforma Universitaria, después de abarcar la Argentina, comienza a extenderse como reguero de pólvora por casi toda la América hispana. Ahora bien, si es fácil acabar con una institución, no lo es tanto ponerla de nuevo en pie en forma estable y duradera. El viejo

---

20/ Pedro Henríquez Ureña, Historia de la Cultura en la América Hispánica, México, 1955, p. 41.

mastodonte caía definitivamente por los suelos, pero no por eso se impone silenciar que los resultados de la Reforma han sido y siguen siendo problemáticos y que la universidad latinoamericana - caben excepciones - anda desde entonces remecida por numerosos bamboleos.

Apenas tienen por qué ofenderse los latinoamericanos de esta afirmación. Los malos pasos de la universidad en nuestros azarosos días son generales y lo anunció el filósofo hace bastantes años en una de sus profecías más cabalmente cumplidas.[21/] La generación a que pertenecemos apenas ha conocido alguna universidad en sus momentos saludables y quien esto escribe vio malogradas sus más caras ilusiones en los días en que al intentar laborar en la vieja universidad alemana - tan prestigiosa para el hispano - la encontró media deshecha en la pugna cotidiana entre los puños cerrados y los erguidos brazos a la romana. Así pues, las dificultades en que anda la universidad - y la situación ha mejorado por algunas partes - no se curan con facilidad con meros esquemas organizatorios ni se salvan por la acumulación precipitada - en el papel sobre todo - de numerosos centros de investigación fuera por completo del alcance de lo posible. Ni menos se disipan por la frecuente pronunciación con mayúscula del vocablo Ciencia y del término investigador.[22/] Ni se atenúan con la insistente declaración de reuniones declaradas de antemano como de alto nivel, cuando el nivel como la personalidad sólo se juzgan a tiempo pasado y a tenor de la tarea cumplida. Todo menos su previo anuncio como en la propaganda de un cosmético. La universidad es lo contrario del fraude: es la expresión dolorosa de la autenticidad.

21/ En el centenario de una Universidad. Conferencia pronunciada por José Ortega y Gasset en 1932. La universidad en cuestión era la española de Granada.

22/ "Cualquier pelafustán que ha estado seis meses en un laboratorio o seminario alemán o norteamericano, cualquier sinsonte que ha hecho un descubrimientillo científico se repatria /pensaba Ortega en España, claro está/ convertido en un 'nuevo rico' de la ciencia, en un parvenu de la investigación; y sin pensar un cuarto de hora en la misión de la Universidad, propone las reformas más ridículas y pedantes. En cambio, es incapaz de enseñar 'su asignatura' porque ni siquiera conoce íntegra la disciplina". Ortega y Gasset, Misión de la Universidad, Colección popular El Arquero, p.42. Duras palabras, y sin embargo tan actuales. Convendría en lo sucesivo desgastar lo menos posible por su mal uso el término gravísimo de "investigador".

/Pero estamos

Pero estamos en tiempos de "expertos" y estos, bienvenidos más de una vez, son en más de otra perturbadores. Nada me impresionó más que una extensa memoria acerca de las reformas de administración, urgentes sin duda en el modesto país que entonces visitaba. No sólo el gran Federico sino las mejores administraciones modernas de los países más avanzados hubieran juzgado utópica ensoñación las recomendaciones del mencionado "memorandum". Procure evitarse que tal cosa suceda asimismo con la universidad, puesta hoy en relación demasiado "funcional" con las necesidades del desarrollo económico. El problema de la universidad es sin duda muy sencillo de resolver en la fórmula, aunque no tanto de realizar en la práctica. Se trata simplemente de ponerla "en forma", de que deje de vivir en estado deficiente, haciendo como que hace (expresiones de aquí o allá orteguianas).23/

Para terminar esta breve **digresión** sobre tan gravísimo tema no importa sino que conviene declarar el pleno acuerdo del que ahora escribe con las opiniones de otro profesor in partibus, y no por identidad de influencias, sino por la semejanza indudable de experiencias. Hagamos todo lo posible por elevar el nivel de la universidad, para que ésta sea instrumento eficaz del crecimiento económico y social, pero muy en particular para que no deje de ser el pouvoir spirituel que todavía puede encarnar.

No olvidemos que la docencia es "el torso general de la Universidad" y los dos problemas que esa su natural consistencia plantea, el del nivel de semejante docencia y el de la enseñanza de las ciencias que son en sí mismas puro problema (y hay algunas más de las citadas por Marías): "Lo que más urge a la universidad es penetrarse de su condición problemática"24/ y sólo es posible a la universidad dejar de vivir en estado deficiente y alcanzar plena forma "mediante un complicado sistema de renuncias: a su existencia en muchos casos, a grandes trozos de sí misma en otros, a todas las funciones que en rigor no puede ejercitar, a todas las ventajas - por ejemplo, sociales, políticas y económicas - que le vienen de existir en hueco o de su conformismo

---

23/ No se pide perdón por las citas, pues da la casualidad que los mejores libros sobre la sustancia de la universidad son todavía los siguientes: el del hispano José Ortega y Gasset, Misión de la Universidad, tantas veces utilizado como silenciado; el del germano Karl Jaspers, Die Idee der Universität, 1946; y el del inglés Sir Walter Moberley, The Crisis in the University, 1949.

24/ Julián Marías, La Universidad, realidad problemática, Santiago, Cruz del Sur, 1953.

/con el

con el Estado o con la oposición". Estas últimas palabras de resonancia weberiana, nos son singularmente caras.

Pero se había anunciado, con apoyatura ahora en palabras ajenas, algunas actitudes heterodoxas frente a las modas del día. Una relativa heterodoxia emparentada con la anterior se refiere al problema de la relación en general de educación y desarrollo económico. Economistas y pedagogos, demógrafos y sociólogos, se enfrentan hoy conjuntamente con el tema en todos los países desarrollados por completo o en escala menor. Y hasta se ha perfilado, a consecuencia de tales esfuerzos, una como nueva disciplina titulada Economics of Education.

Punto de partida común es, naturalmente, la convicción de que grados de desarrollo y grados de educación se corresponden estrechamente. Las diferencias empiezan cuando se trata de determinar los distintos tipos y niveles entre las divisiones generalmente admitidas - primaria, secundaria, vocacional, superior, etc. - que pueden ser más decisivas en el más rápido logro de las metas del aspirado desarrollo económico. Demógrafos y economistas pueden también aquí ofrecernos las proyecciones de la estructura ocupacional requerida para una determinada y futura situación económica. Por lo que a la mencionada economía de la educación se refiere, tampoco son difíciles de formular sus principales temas en sus grandes líneas, pero ya no tan fáciles de resolver no sólo en la práctica, sino en la teoría misma. Por un lado, la educación es - en términos económicos - un "insumo" de capital [25/] pero, por otro, con no menor evidencia, un "producto", o gasto de determinados rendimientos, rendimientos que se quieren apreciar en su más estricto sentido económico. Ahora bien, esa conexión de "insumo" y "producto" no sólo se da en la relación de la educación en su conjunto con la riqueza de un país, sino dentro del aparato educativo mismo. Por lo tanto, existe el problema a que se ha hecho mención desde el principio, del cálculo y acoplamiento de tales inversiones en el conjunto que supone todo programa o planeación económicos.

25/ Véase la rigurosa exposición técnica de Mary Jean Bowman, "Human Capital: Concepts and measures", separata de la obra colectiva Money, Growth and Methodology en honor de Johan Akerman, 1961.

/Desde el

Desde el punto de vista sociológico, no se ha dicho en lo anterior una sola palabra. Las que ahora continúan no significan discrepancia sobre la significación de todo lo indicado, pero sí, en cambio, atenuaciones o advertencias que precisa indicar en forma sumaria sin mayores justificaciones:

a) el sociólogo está de pleno acuerdo con el pedagogo en considerar que, no obstante la fundamental importancia de la educación para el desarrollo económico, no es lícito convertir a la primera en simple función del segundo, o si se quiere de otro modo, en puro cálculo de "inversiones". Es más, el sociólogo se inclina a declarar [26] ante el pedagogo que lo que él puede sugerir en este punto deja incólume lo que ha sido siempre privativa misión, clásica por decirlo así, o permanente, del segundo aún frente a los más radicales historicistas;

b) el sociólogo, aún en sus pretensiones funcionales y estrictamente técnicas, advierte que nada puede decir con sentido sobre el mencionado tema "educación y desarrollo económico" si no tiene de antemano una idea precisa - o al menos relativamente clara - de cuál sea la naturaleza de la "sociedad industrial" que se pretende conseguir o que quizá ya esté al alcance de la mano. Pudiera incluso mostrar algunas disidencias - seguramente aceptables para el pedagogo -, pues dado el carácter de las sociedades industriales ya conocidas o próximas en el horizonte - las sociedades ricas y de consumidores - quizá conviniera acentuar todo lo posible los esfuerzos pedagógicos encaminados a lograr dentro de ellas la mayor cantidad posible de individuos capaces de independencia intelectual y espiritual, y de defenderse, dentro de los límites posibles, de las avasalladoras tendencias al más extremado "conformismo" social. Esto sin mencionar el tema, como no sea por tan breve insinuación, del problema de la formación de las grandes cabezas dirigentes, nunca de limitada y estrecha especialización;

c) el sociólogo, dejando ahora de ser experto para recuperar, aunque sea por un momento, su viejo - y hoy desdeñado - papel crítico cultural, reconocería también la existencia de dos peligros que pueden presentarse conjuntamente: uno, encerrado en las opiniones más en uso en materia de educación,

---

26/ Véase Helmut Shelsky, Schule und Erziehung in der Industriellen Gesellschaft, 1959.

/y que

y que consiste en que se produzca en virtud de tales consejos una educación a medias - Halbbildung, para decirlo a lo germánico - y otro, que puede darse en la 'recepción' precipitada y de segunda mano de sistemas y procedimientos educativos que están en crisis - crisis de superación se entiende - en el país de origen.[27/]

En algún momento anterior de estas páginas surgió la figura humana del intelectual. Y en calidad por otra parte de inconforme o protestatario, que no es por necesidad la única posible - ni mucho menos - de este tipo de hombres. Lo que allí pudo insinuarse es mota insignificante en comparación con lo que deberíamos conocer sobre esto en el mundo latinoamericano. Hace ya algunos años en el estudio programático de la CEPAL titulado "Las condiciones sociales del desarrollo económico,"[28/] se insinuó la conveniencia de estudiar el tema. El autor de estas líneas repitió el consejo en otras publicaciones y en algunas de sus actividades académicas. Pero poco o casi nada se había hecho, hasta que volvió a declarar la conveniencia de una investigación semejante la lista redactada por la reunión de especialistas habida en México a fines de 1960.[29/]

Mientras tanto, el tema no sólo ha tenido un gran desarrollo por otras partes, sino que incluso ha sido formulado alguna vez con cierta originalidad, que por eso importa recoger. En efecto, en un artículo de John Friedman, nada menos que se busca, en el papel desempeñado por el intelectual en los países subdesarrollados, algo así como la contrafigura de la significación del "empresario" por todos reconocida.[30/] Y sólo porque cree que los intelectuales

---

27/ Sería inoportuno todo alarde bibliográfico. El primer problema se encuentra expuesto numerosas veces y de diversas maneras, que van, para limitarnos a los extremos de ese continuum, desde las claridades cartesianas de un J. Barzum (The House of Intelect) hasta el hegelianismo críptico de un Th. Adorno ("Theorie der Halbbildung", en Soziologie und Moderne Gesellschaft. Comunicaciones del catorceavo Congreso de Sociólogos Alemanes, 1959). Sobre el segundo punto ilustra con buen estilo Francisco Ayala, en su libro La crisis de la Educación.

28/ Documento E/CN.12/374. Véase el capítulo II de Aspectos Sociales del Desarrollo Económico, Santiago, Andrés Bello, 1959.

29/ Véase el punto 11 de esa lista: "Estudio sobre la "intelligentsia" latinoamericana en relación con el desarrollo económico y social (actitudes, oportunidades de liderato, etc." en "Informe del Grupo de Trabajo sobre los Aspectos Sociales del Desarrollo Económico en América Latina" Boletín Económico de América Latina, vol. VI, N° 1, marzo de 1961, p. 65.

30/ Véase "Intellectuals in developing societies", Kyklos, vol. XIII, fasc. 4, p. 513.

/son poco

son poco inclinados a hablar de sí mismos - cierto que insiste en particular sobre los norteamericanos [31] - no se reconoce por lo general lo que ha significado su participación en los esfuerzos del progreso económico. Es verdad que también influye lo que ingeniosamente ha denominado alguna vez W.E. Moore "determinismo empresarial".

Cabalmente, frente a ese determinismo "materialista" o económico aparece ahora Friedman con este otro nuevo determinismo de carácter "idealista" o intelectual. Según este autor, el intelectual ha realizado - y realiza - en los países en trance de desarrollo una triple y significativa función: a) difundir nuevos valores sociales; b) desarrollar una nueva ideología de la evolución económica; y c) participar en la creación de una imagen de la nación, capaz de estimular el mantenimiento vivaz de la conciencia nacional, y de promover a lo largo del cuerpo social - por todas sus capas - el entusiasmo imprescindible. Desde luego, la experiencia del autor determina su preferente interés por los países que se encuentran ahora en el tránsito hacia una asimilación - más o menos original, más o menos completa - de la cultura occidental, y de sus especies económicas muy en particular. No todo sirve para los pueblos latinoamericanos. Insistamos una vez más en que no se encuentran en modo alguno en ese tipo de "tránsito" cultural.

31/ En el mundo hispánico el autoanálisis de los intelectuales, desde la perspectiva de las circunstancias nacionales, casi parece un mal endémico por su abundancia. En España no hay sólo que pensar en la obsedida generación del 98; viene de muy lejos como ha mostrado Américo Castro en su gran libro La realidad histórica de España, 1956. En nuestros países - aunque reniegen a veces de la tradición hispana - sigue la racha para demostrar al contrario su integral participación en ella. En las últimas décadas, el tema sobre "lo mexicano" iniciado por Samuel Ramos y estimulado luego por la acción académica de José Gaos, ha producido una amplia bibliografía, con algunos libros valiosísimos, inspirados en las más varias tendencias: circunstancialismo orteguiano, existencialismos diversos, psicoanálisis y otras corrientes psiquiátricas. Y así por otros países. Recordemos uno, al parecer el más alejado de esa tradición de cavilosas disecciones, el Brasil, y a algunos autores, bien conocidos por lo demás: Gilberto Freyre, Casa Grande o Senzala, así como el resto de su obra; Paulo Prado, Retrato do Brasil, 1944; Jorge Amado - el famoso novelista - O pais do Carnaval; por último, el libro de tipo comparativo (obsesión ibérica, sea dicho de paso) de Vianna Moog, Bandeirantes e Pioneros, 1955.

/Sin embargo,

Sin embargo, sus planteamientos valen también para nosotros, así como algunos de sus esquemas de investigación.32/

Ahora bien, antes y después de este artículo de Friedman, que se ha recogido en vista de ser novedoso en su planteamiento - y exagerado sin duda para algunos - se ha realizado en muy diversos lugares una fecunda tarea sobre el tema del intelectual, en sus relaciones sobre todo con el

---

32/ Vale la pena por esa razón trasladar en esta nota el esquema de investigación que propone (op.cit., p. 540-41). Helo aquí, para quien quiera y pueda utilizarlo:

1) Clasificación de los tipos de intelectuales y análisis cuantitativos de su cantidad, ocupación, lugares de residencia, etc.
2) Orígenes sociales y regionales de los intelectuales.
3) Actitudes de los intelectuales tanto frente a las tradiciones populares como a las de alta cultura de su país.
4) Cambios en la posición social de los intelectuales dentro de condiciones de mudanza cultural acelarada: prestigio, movilidad, "enajenación", reacciones a esa "alienación".
5) Los intelectuales frente al mundo externo: contactos, viajes, actitudes, orientación fundamental.
6) Los intelectuales frente a la política y al gobierno; grado de su participación, orientaciones políticas, soluciones propuestas frente a los problemas nacionales, maneras características de su acción.
7) Modos de la vida intelectual dentro de la oposición entre lo moderno y lo tradicional: arte, literatura, música, filosofía, ciencia.
8) Graduación de la reacción de los intelectuales frente al influjo occidental: actitudes, estimación de sí mismos, esfuerzos por definir en nueva forma los valores tradicionales, arcaísmo, crítica social, recomendaciones.
9) El "intelectual desocupado" como fuente potencial de intranquilidad y de movimientos sociales de carácter radical.
10) Cambios en la propia imagen de los intelectuales.
11) Estimativa de los intelectuales; fuentes potenciales de conflicto intelectual, influencia en la actividad política práctica (public policy), receptividad de las ideas occidentales.
12) Ideologías sobre la transformación social; desarrollo económico, nacionalismo y otras; grado de su aceptación; influencia sobre la política práctica.
13) Expresiones acerca de la propia imagen de su nación.
14) Radicalismo en el pensamiento intelectual.
15) Orígenes y fuentes del "tradicionalismo" en el pensamiento intelectual.

/desarrollo económico.33/

desarrollo económico.33/

5. La transformación del liberalismo

Ha llegado el momento en que se impone un enlace entre la historia real y la historia de las ideas, para mostrar en qué forma, paralelamente a los cambios que acontecen en la estructura social, van surgiendo variaciones de igual significado en la estructura mental. La historia de la disolución del viejo sistema social de la hacienda en la vida latinoamericana significa al mismo tiempo la disolución de una ideología. La pluma nos ha sido infiel, sin embargo, una vez más, pues en manera alguna se podrá mostrar nada de lo prometido, y habremos de darnos por satisfechos, tal como se ha hecho hasta aquí, con un boceto apresurado de sugestiones, de cuestiones problemáticas.

33/ Los loci clasici sobre la sociología de los intelectuales son en Europa las obras de Max Weber, Karl Mannheim, T.H. Geiger, Ortega y Gasset - todo el contenido por añadidura de la llamada sociología del conocimiento - y otros más, que no es necesario citar en la medida en que se recogen casi exhaustivamente en el libro de Heinrich Stieglitz, Der Soziale Auftrag der freien Berufe, 1960. En la actualidad trabaja activamente sobre el tema el sociólogo norteamericano Edward A. Shils, con la calidad que es de esperar corresponda al autor del excelente libro The torment of secrecy, 1956. No lo desmienten por el momento ni la obra Intellectuals between tradition and modernity, The Indian situation, ni otros artículos dispersos en distintas revistas, fragmentos posiblemente todos de un libro de conjunto que habrá de ser considerable. En la revista Comparative Studies in Society and History suelen aparecer documentados artículos sobre los intelectuales en Oriente, por ejemplo, Y.C. Wang, "Intellectuals and Society in China 1860-1949", vol. III,4; Chanti S. Tangri: "Intellectuals and Society in nineteenth century India", vol. III,4; Serif Mardin: "Some roles on an early phase in the modernization of communications in Turkey", vol. III,3, etc. Sobre la Francia actual véase el número especial de la Revue Française de Science Politique, 9, 1959, titulado "Les intellectuels dans la société française contemporaine". Para América Latina no hay nada comparable desde esta elaborada perspectiva sociológica, pero los materiales andan dispersos naturalmente por los capítulos usuales de la historia general y literaria. Por eso se citó antes, sin entrar en valoraciones, el libro de Angel A. Rojas, La Novela Ecuatoriana. Vale la pena mencionar un artículo que se aproxima a este tipo de estudios, si bien para un breve período de tiempo y referente a la "imagen nacional": el de Ezequiel Martínez Estrada, "La literatura y la formación de la conciencia nacional", aparecido en la revista venezolana Política, No. 6 (febrero 1960).
Habrá, es de creer, otros trabajos semejantes que se nos escapan.

/Entre las

Entre las hasta ahora consideradas se ha planteado lo que fue el origen, desarrollo y crisis posterior de una íntegra e integrada configuración de vida social, económica y espiritual, se ha rozado el sentido histórico de la sucesión de distintas generaciones y de diferentes clases dirigentes, hasta se ha llegado a plantear el tema - como tarea futura e inmediata - del papel cumplido y del que hoy pueden jugar diversos grupos de intelectuales. Y sólo en forma tangencial ha podido hacerse una minúscula referencia a la misión esencial de nuestras universidades, como los últimos - o casi los últimos - reductos de poder espiritual en nuestro mundo de hoy.

Más tarde - pero sin abandonar idéntico contexto de problemas - habremos de ocuparnos de la forma política en que tuvo que encarnar la vieja estructura y la crisis subsiguiente - hoy todavía sin colmar - de la histórica contraposición bipartidista entre liberales y conservadores. Una crisis que había de plantearse tarde o temprano aunque sólo fuera por causas puramente demográficas.

Corresponde ahora - quizá por tanto con la significación de un útil paréntesis - enfrentarnos directamente, aunque sea en forma esquemática, con el largo proceso de disolución ideológica, que alcanza sus momentos culminantes a partir de la segunda década de nuestro siglo.

La víctima de todo ese proceso de disolución tiene un nombre bien conocido. Apenas hace falta nombrarlo. Como todos saben, se trata de la crisis del liberalismo. Lo sucedido con esta forma de vivir y pensar no se ciñe en modo alguno al ámbito de América Latina, sino que sucede por todas partes, y sobre todo, en su suelo matriz, la vieja Europa. Algunos grandes historiadores de la historia universal - confundida hasta hace bien poco por lo que al mayor interés se refiere con la europea - han intentado reducir su sentido al impreso por las breves encarnaciones - demasiado breves a lo largo del tiempo - de la idea de Libertad. Toda erudición es ahora inoportuna, pero ¿por qué no recordar una de las últimas y más apasionantes manifestaciones de esa voluntad de interpretación?

a) <u>Las experiencias europea y latinoamericana</u>

Sólo en tres altas culturas se ha abierto la costra de la vida a la libertad del espíritu: en la china, en la india y en la occidental. Pero para nosotros los occidentales, son los griegos - el pueblo, héroe Arkegetes

/de esa

de esa cultura - los que por primera vez, de modo prototípico, ejemplar y clásico, dieron de una vez por todas, ese salto impetuoso hacia la trascendencia. Hay sin duda otros momentos posteriores en que se cumplió de nuevo - por corto tiempo también - esa excelsa realización. He aquí el punto propiamente decisivo de la historia: el humanista. "Si se prescinde de él, no cabe duda que la historia de los botocudos, de los zulúes, o de otro pueblo cualquiera, es igualmente interesante y de la misma importancia, en idéntica 'relación de inmediatez con Dios', pero en ese caso nos encontramos en medio del más desmesurado relativismo histórico. Lo que en esta obra se intenta es ofrecer el cuadro de la historia universal del humanismo de Occidente".34/

En América Latina el liberalismo forma parte integrante de su constelación originaria desde los días de la Independencia - y perdura por eso con constancia singular -, pero también desde los primeros momentos su situación no pudo menos de ser en extremo precaria, en cuanto, como ideología, se encontraba en contradicción con la estructura social fundamentalmente agraria y los usos y creencias efectivas en que la misma se apoyaba. Por eso se ha podido decir que esa contradicción constituye la primera, y quizá más importante, paradoja de los países iberoamericanos.

La fragilidad del liberalismo en la América hispana deriva de los hechos, de la distancia real entre las aspiraciones y las fuerzas efectivas. Pero la fragilidad del liberalismo como tal, es puro resultado por todas partes de su carácter utópico. Sin embargo, ese utopismo de la idea liberal constituye al mismo tiempo su máxima atracción y su gracia suprema "El liberalismo - volvamos de nuevo a nuestro Ortega - es el principio de derecho político según el cual el poder público, no obstante ser omnipotente, se limita a sí mismo y procura, aún a su costa, dejar un hueco en el estado en que él impera para que puedan vivir los que no piensan y

34/ Véase Alexander Rüstow, "Ortsbestimmung der Gegenwart", tomo II, titulado "El camino de la libertad", 1952. En el mismo espíritu los grandes últimos libros de Alfredo Weber: Abschied von der bisherigen Geschichte y Der Dritte oder der vierte Mensch, por no hablar de la interpretación filosófica de K. Jaspers en su Origen y meta de la Historia (Revista de Occidente).

/sienten como

sienten como él, es decir como los más fuertes, como la mayoría. El liberalismo - conviene hoy recordar esto - es la suprema generosidad: es el derecho que la mayoría otorga a la minoría y es, por lo tanto, el más noble grito que ha sonado en el planeta. Proclama la decisión de convivir con el enemigo; más aún, con el enemigo débil. Era inverosímil que la especie humana hubiera llegado a una cosa tan bonita, tan paradógica, tan elegante, tan acrobática, tan antinatural. Por eso no debe sorprender que prontamente parezca esa misma especie resuelta a abandonarla."35/

Por diversas razones ocurre en algún momento el "miedo a la libertad", pero no es cosa de repetir ahora conocidas interpretaciones de la historia contemporánea. No se olvide sin embargo que si el liberalismo es, por su mayor encanto, una utopía, tiene al mismo tiempo graves pecados de origen y errores casi inevitables en su despliegue histórico. Su pecado original es el carácter casi angélico que atribuyó a la naturaleza humana y que es herencia de la Ilustración. O dicho de otra forma - a la manera de Alfredo Weber -, de sus dos supuestos de optimismo, uno es fecudno e inmortal, la creencia - igualmente "cristiana" - en la perfectibilidad del hombre, su capacidad de salir por medio de la Ilustración (Kant) de "su minoridad culpable" y de alcanzar el estado adulto de una mayoría de edad espiritual. Pero el otro optimismo era peligroso y fue en definitiva fatal: el olvido de los aspectos perversos y "demoníacos" de la naturaleza humana, de los "poderes oscuros" del mal. "Quizá el rasgo más débil del siglo XVIII es que nunca pudiera salvar conceptualmente el abismo entre sus ideales humanitarios relativos a la mejora de la vida y la sociedad y el brutal individualismo de potencia de sus estados".36/

Pero además de este pecado originario del liberalismo o humanismo, en calidad de talante filosófico universal, fue inevitable que, a lo largo del siglo XIX, estos sus postulados fundamentales tuvieran que articularse en una doctrina, abarcando aspectos políticos, económicos, educativos, etc., condenados a envejecer o anquilosarse con el cambio de los tiempos, problemas y circunstancias.

35/ Ortega y Gasset, La rebelión de las masas, edic. popular, El Arquero, p. 124.

36/ Alfred Weber, Farewell to European History, 1947, p. 49, según la versión inglesa que tenemos a la vista del libro antes citado en su título alemán.

/El caso

El caso típico es el del liberalismo económico y las formas ortodoxas y a veces demasiado rígidas que tomó. Lo mismo quizá en lo político. Se trata - si así se quiere - de una particularización del viejo problema del derecho natural en sus cristalizaciones históricas de los derechos positivos.

El hecho es que desde muy pronto comienza a ser atacado el liberalismo tanto en sus postulados fundamentales como en sus diversas expresiones doctrinarias.37/ Narrar la historia de esas oposiciones cae fuera por completo de nuestros propósitos y, claro es, de nuestras fuerzas. Importa sin embargo desde la perspectiva latinoamericana, recordar el momento más grave de esa oposición, ese instante entre las últimas décadas en que no se ataca al liberalismo en esta u otra de sus fórmulas - realizaciones y fracasos -, sino en su esencia misma irreductible. Se trata en una palabra del gran ataque irracionalista, que se inicia ya desde la primera guerra mundial. De ese ataque elegimos también tan sólo dos de sus ingredientes más decisivos, por ser disolventes ambos de sus dos aspectos más nobles. Por un lado el ataque a la "creencia" - "ilustrada" - en la racionalidad del hombre, por otro a la "idea de la política" como diálogo y convivencia pacífica.

La racionalidad del hombre, su capacidad para salir por sí mismo de su minoridad culpable, es una mera ilusión. Las fórmulas de esa negación son muy diversas y conocidas, pero culminan quizá en la grandiosa exaltación del engaño que es el Mito (Sorel y los sorelianos). Menos divulgada es sin embargo su expresión más extrema, que sólo conocieran reducidos círculos de intelectuales: el Nihilismo Heroico de Ernst Jünger: "Uno de los mejores medios para la preparación de una nueva vida, más audaz, consiste en la aniquilación de los valores de un Espíritu que ha terminado por estar completamente desvinculado y sin más interés que el de su propio dominio; en la aniquilación de la tarea educativa de los hombres emprendida en la

---

37/ Es cierto que esa disolución del liberalismo no ha tenido todavía - como ha dicho Ortega - el libro condigno que la narre. Mientras surge, alguna idea puede obtenerse de algunas obras standards: quizá entre las mejores es la de J.H. Halowell, "The decline of liberalism as an Ideology", Routledge, Londres. Suma pedantería sería intentar alguna selección bibliográfica sobre el tema, que se confunde en definitiva con la historia toda euro-americana de los últimos cien años.

/época burguesa ...

época burguesa ... La mejor respuesta a la alta traición del Espíritu contra la Vida es la alta traición del Espíritu contra el Espíritu; participar en esta tarea de hacer saltar en pedazos todas esas cosas sería quizá uno de los supremos y crueles goces de nuestro tiempo".38/

Como es natural, de semejantes pretensiones supra-nietzschianas poco llegó al común de las gentes. Sí, en cambio, algo de sus formas aguadas y vulgarizables.

Recordemos ahora la frase orteguiana: el liberalismo es la decisión de convivir con el enemigo; es decir, la capacidad del diálogo y del compromiso. Pues bien, hacia 1927 se formula una doctrina, que también tiene inmediatamente una profunda repercusión, y que todavía sigue por algunas partes con la distinción entre vencedores y vencidos. Es la teoría de inspiración paretiana de un famoso jurista alemán que define la esencia de la política como la contraposición de amigo y enemigo: "La auténtica distinción política es la distinción entre amigo y enemigo. Es la que otorga a las acciones humanas su sentido político ... La distinción entre amigo y enemigo señala la máxima intensidad de una unión o de una separación. Puede existir teórica y practicamente, sin que para nada tengan que aplicarse al mismo tiempo distinciones de otro tipo: morales, estéticas, económicas u otras. El enemigo político no es necesario que sea moralmente malo, ni tampoco competidor económico, pues incluso pudiera ser provechoso entrar en negocios con él. Lo esencial, sin embargo, es que es siempre el Otro, un Extraño."39/

Así pues, frente a la convivencia con el débil la declaración de oposición radical al enemigo, y por tanto frente a la posibilidad del diálogo, del compromiso - actos todos dilatorios -, la enérgica afirmación de la decisión irrevocable. A la deliberación como nota esencial de la democracia y garantía típica del liberalismo, se opone ahora el brutal decisionismo de las minorías audaces creadoras del destino histórico. Las consecuencias de semejante irracionalismo político constituyen una de las experiencias más dolorosas, uno de los espectáculos más innobles, que vivió poco después la humanidad.

38/ Ernst Jünger, Der Arbeiter, 1932, p.40.-v.Alfred von Martin, Der Heroische Nihilismus und seine Uberwindung, 1948.

39/ Véase Carl Schmitt, Der Begriff des Politischen, 1927, p.7.

/En Europa,

En Europa, pasada la catástrofe, no se ha vuelto a vivir la vieja utopía con los entusiasmos y esperanzas de otrora. Se ha vuelto a vivir simplemente - como no podía ser menos - de las cenizas del liberalismo o, como ha dicho uno de sus pensadores, de los residuos de una vieja cultura centenaria, que, salvados a duras penas del terremoto, han dado de nuevo al hombre algo en qué aferrarse y el sentido de valores elementales sin los cuales es imposible emprender la construcción del futuro.

Durante esos años - varias décadas dificultosas - América Latina, por la necesidad de enfrentarse con sus nuevos e insoslayables problemas, y por contagio de las ideas extranjeras - la influencia de Europa siguió y seguirá siendo permanente -, vive los días más confusos de su historia ideológica. La última doctrina final en que se apoyó y con fecundos resultados - no hay más que consultar la obra de Leopoldo Zea - sea en el Brasil, Chile, la Argentina o México, fue la del positivismo. Es decir, fue la última doctrina de "ortodoxia" general, en magnitud suficiente, se entiende. A partir de ahí - la situación casi llega hasta nosotros - comienza el aquelarre de las más diversas, contradictorias y extravagantes ideologías e influencias. Cuando haya tiempo - y distancia conveniente - el análisis de esa tremenda confusión intelectual constituirá uno de los temas más interesantes y difíciles que sea dable investigar. En un estudio sobre la Bolivia de nuestros días, al indicar algunas de las dificultades con que había de tropezar el éxito de su revolución, se decía también lo siguiente: "La magnitud de la obra es, por lo pronto, disculpa atendible en la demora. Mas también hubo de contribuir a ella en buena medida, más que las diferencias internas del partido, como es común reconocer, la flotación ideológica de unos y otros. Vehemencias implícitas en todo nacionalismo joven, residuos de ciertas influencias alemanas, aseveraciones marxistas de toda clase y matiz, más elementos liberales, y metas tecnológicas comunes a todos los pueblos de esta época, formaban una trama mental difícil de ordenar en decisiones claras, sostenidas y factibles."[40/]

40/ "El problema social en el desarrollo económico de Bolivia", parte del Capítulo V del estudio El Desarrollo Económico de Bolivia (E/CN.12/430 y Add.1/Rev.1), Publicación de las Naciones Unidas, No. de venta: 58.II.G.2. Puede encontrarse también en Aspectos sociales del Desarrollo Económico, Santiago, Editorial Andres Bello, 1959, p. 100.

/Todo trabajo

Todo trabajo intelectual acaba - como es sabido - por ser apasionante. El autor de las anteriores líneas, tan breves en sus resultados, pasó unos meses absorbido por numerosas lecturas - libros, folletos, proclamas, etc. - que, si bien le entusiasmaron más de una vez por la gracia literaria o el dramatismo de los hechos humanos recogidos, sólo en muy contadas ocasiones le permitieron articular un repertorio de ideas claras, un precipitado cristalino de unos pocos consejos sencillos y eficaces. Es de sospechar que algo semejante ocurriría de investigar las luchas intelectuales de otros países o del conjunto de América Latina.

Pero evitemos en lo posible lamentables equívocos. Aun la pluma más serena no puede eludir, por exigencias de expresión literaria, el empleo de términos y planteamientos que pueden parecer extremados. No hay pues la menor intención de evocar impresiones de caos y derrumbes cuando se hable de disoluciones y confusiones. Como tampoco la más mínima tendencia romántica a "restauraciones" imposibles. Entendámonos bien. No es cosa cuando se habla de la crisis del liberalismo en América Latina, aparte de afirmar sus postulados fundamentales, esencia en fin de cuentas de la cultura occidental, sino del esfuerzo de reelaboración y reconstrucción que aquel necesita - en lo político y en lo económico - en circunstancias completamente distintas - nos guste poco o mucho - de las decimonónicas. Reconstrucción que puede llevar en más de algún punto doctrinario y de problemas prácticos muy concretos a soluciones de completa heterodoxia. Tesis semejante pudiera encontrarse en muchos estudiosos de nuestra realidad. Quizá por eso sea suficiente una única referencia. En un estudio de un observador foráneo se intenta ordenar el carácter de los más recientes acontecimientos políticos de América Latina, como desviaciones en una u otra dirección del liberalismo tradicional: de derecha, teorías de la posición equidistante o tercera fuerza, sinarquismo, peronismo, etc.; de la izquierda, aprismo o marxismo.[41/]

41/ William S. Stokes, "Democracy, Freedom and Reform in Latin America" en la obra colectiva Freedom and Reform in Latin America, 1959. El estudio en sí bastante discreto - no hay que olvidar el carácter extranjero de su autor - tiene el mérito de haber reunido y ordenado una excelente bibliografía, sin pretender desde luego que no haya alguna que otra laguna. Tiene además el interés de sostener una opinión que - correcta o falsa - coincide con la que luego se verá de R. Aron.

/b) La

b) La gran paradoja. Del Fondo de Cultura Económica a la obra de la CEPAL

Ahora bien, aceptando el movimiento descrito - la disolución ideológica - como correcto, importa destacar de inmediato una de las más interesantes paradojas de la vida latinoamericana en la actualidad. Y es la siguiente: que por los años en que se produce esta debilitación y dispersión de creencias - en las últimas décadas muy en particular - ocurre en sentido contrario, y con no menos energía, un notable fortalecimiento del saber, es decir, de los conocimientos, reales y potenciales.

Dado el contexto y la finalidad del presente trabajo, no necesita justificación alguna el que nos limitemos a una sola disciplina, o si se quiere a un solo tipo de saber: el económico. Quizá además porque lo ocurrido con la ciencia económica no se ha dado en grado semejante con otras disciplinas sociales, si se exceptúa tal vez la antropología, particularmente en México. O sea, que por lo menos tiene una mayor generalidad.

Y el caso es éste: que el estado del saber económico que hoy día está al alcance de las nuevas generaciones difiere como del día a la noche en su magnitud del que fue patrimonio de generaciones anteriores no "demasiado" lejanas en edad. Por lo general, la Economía se estudiaba antes en los países latinos - Francia, España, Italia y uno que otro de los países iberoamericanos - como una disciplina más o menos "extravagante", incluida en los currícula de la Facultad de Derecho. Quien esto escribe recuerda todavía su iniciación con el manual venerable de Carlos Gide. No es fácil declarar de si entonces a acá ha aprendido mucho más; sin embargo, es obligado confesar la atracción apasionante, la insuperable gracia expositiva de aquel viejo manual, que no parece darse en igual medida (¡ay!) entre los más actuales. Hecho este homenaje, reconozcamos empero la distancia que va de ayer a hoy. Y las causas de esa transformación en América Latina conviene recordarlas someramente, echando por delante la afirmación de que quien hoy entre nosotros no aprende en serio Economía es simplemente - la capacidad supuesta - porque no le da la gana.

/En primer

En primer lugar, se trata del considerable esfuerzo editorial habido en estos años. Colecciones enteras de clásicos y modernísimos pueden hoy ser manejadas en castellano - a veces no tan bueno como debiera - y varias revistas especializadas mantienen al lector más exigente en contacto con los problemas y novedades de la hora. En un humilde despacho de una casa de la calle Madero un grupo de mexicanos - en torno de alguien de excepcional calibre - comenzó hace casi una treintena de años editando pequeños "opúsculos" económicos, hasta convertirse en el considerable Fondo de Cultura Económica, que en sus años más decisivos pudo superar energicamente el aislamiento cultural impuesto por la guerra. Su iniciativa había de ser continuada empero en unos y otros países, hasta en el increíble contagio de su título editorial, incomprensible para quien no esté en el secreto de las instituciones fideicomisarias mexicanas. Claro es que el Fondo dejó de ser pronto puramente económico y emprendió otras tareas cuya valoración no es ya del caso, como no sean algunas colecciones - por alguna razón más o menos malogradas - que tanto se esforzaron por avivar la conciencia de la unidad latinoamericana, tales los volúmenes de "Tierra firme" o los más modestos cuadernos de las Jornadas del Centro de Estudios Sociales del Colegio de México.[42/]

En segundo lugar, la Economía deja de ser una disciplina "solitaria" dentro de las Facultades de Derecho y se dilata hasta constituirse, en un país tras otro, en escuelas independientes, concebidas para perseguir su estudio en todas sus ramificaciones y tendencias. Desde luego, la condición de esas escuelas es muy distinta según los países y las circunstancias, pero su sola presencia - mejor o peor - denota la conciencia de un problema y la voluntad de formar los requeridos especialistas.[43/]

42/ Sobre esas Jornadas, se lee por ejemplo en la bibliografía del libro después citado de J.J.Johnson: "los artículos de Jornadas constituyen una considerable colección de ideas sobre los problemas externos e internos de América Latina durante los años de la segunda guerra mundial" (p. 206).

43/ Véase el informe La enseñanza de la economía en América Latina (E/CN.12/546/Rev.1) por Howard S. Ellis, Benjamín Cornejo y Luis Escobar Cerda, de la Misión Conjunta CEPAL/UNESCO/OEA. (Este estudio ha sido impreso posteriormente por la Unión Panamericana en su serie Estudios y monografías con el N° III.)

/En tercer

En tercer lugar, está la obra cumplida por la CEPAL. En este punto es facilmente comprensible que el autor de estas líneas tenga que descargar sobre los doctores de la secta económica el juicio técnico que esa tarea merece.44/

Sin embargo, nuestra ingnorancia no es tanta que no nos permita distinguir cinco aspectos, algunos de los cuales apenas es económico:

a) un aspecto teórico, en él entran sobre todo los juicios de los aludidos expertos,45/ sin que por ello deje de ser posible afirmar con independencia de toda especialidad que por primera vez un grupo de hombres consiguió liberarse de nuestro tradicional "papanatismo" y sin el menor temor al gesto magisterial de ajenos índices admonitorios, trató de pensar por cuenta propia sobre los propios problemas y de construir los conceptos que se creían más adecuados para entenderlos e interpretarlos.

b) un aspecto que denominaré monográfico, y que consiste en un imponente acopio de datos y materiales sobre la realidad económica latinoamericana, antes inexistentes o difíciles de contemplar reunidos en forma conjunta, y que ofrecen los Estudios Económicos anuales o bianuales, las investigaciones sobre la estructura económica de distintos países, y los artículos de diversa naturaleza - estadística, demográfica, o social incluso - de su Boletín periódico.

c) un aspecto práctico, que ha consistido en una continuada labor de formación e información, es decir, de preparación de especialistas en las tareas de la programación y análisis económico, y de asesoría técnica - cuando así ha sido requerida - en los estudios de desarrollo emprendidos por los distintos gobiernos.

44/ En las memorias que todos pensamos escribir a la edad de Mesonero Romanos - un modo quizá inconsciente de dilatar las expectativas de vida de acuerdo o no con los demógrafos - algo se intentará contar sobre un solo punto: las razones de la singular actividad de la CEPAL, sobre todo en sus años heroicos, no obstante ser una "organización" y como todas burocrática. Esperemos hasta entonces.

45/ Un relato técnico de esas tareas, así como algunas de las críticas mencionadas, se encuentra - sin entrar en juicio alguno - en la obra editada por A.O. Hirschman, Latin American Studies, 1961, con indicaciones bibliográficas. Hay que acudir también a la obra colectiva editada por H.S. Ellis, El desarrollo económico y América Latina, ya en castellano (Fondo de Cultura Económica) en donde importa mucho seguir, a través de José A. Mayobre, una de las facetas técnicas de la CEPAL: las técnicas de programación.

/d) un

d) un aspecto político, pues así deben titularse, sin que a nadie asuste, las iniciativas de integración sugeridas, ya sea en la región centroamericana o en el campo más amplio de un futuro mercado común.

e) last but not least, un aspecto educativo. Para un profesor in partibus este aspecto - perdón por la herejía - es quizá el de mayor importancia. Lo que quiere decir - y allá los mentados doctores - que cualquiera que sea el valor, el triunfo o el fracaso de los anteriores aspectos, el éxito de este último es definitivamente irreversible. El público se ha dado cuenta de un problema - de un problema esencial - y los más inteligentes se han enterado de en qué consistía. De ahora en adelante nadie puede abandonarse al apacible sueño de la sancta simplicitas.

Ahora bien, no todo debe ser alabanzas en esta apología, que no es en modo alguno para este autor pro domo sua. Conviene también algún tirón de orejas. El saber económico ha aumentado considerablemente en estos últimos años, pero a costa de un tremebundo carácter esotérico. Decía hace poco un ilustre economista (Adolph Löwe) que al abrir muchas veces algunas páginas sobre esta especialidad no se sabía al pronto y a ciencia cierta si no se estaba en realidad ante un hermético trabajo de física o de matemáticas. Esa tendencia al esoterismo no es hoy privativa de la Economía - corresponde al trabajo científico en general - y también se extiende en lo social a la nueva sociología y a otras ciencias humanas.

El hecho hay que aceptarlo en principio como una fatalidad del progreso científico. Pero cabe plantear dos problemas. En primer término, precisar dónde está la frontera entre lo estricta y rigurosamente necesario, y lo que puede ser afán de pedantería, falsa exhibición de originalidad o puro fraude asi mismo. Aún incluso en las viejas y tradicionales disciplinas humanistas se quejaba Alfredo Weber en un bello ensayo sobre la actual universidad, del pecado de bizantinismo que la aqueja, malográndola a la larga. En segundo lugar, por lo que a las ciencias sociales se refiere, existe también otro problema. No consiste meramente en que el "imperativo de claridad"no ha de ser unicamente misión exclusiva del filósofo, sino en que el contenido de tales disciplinas interesa por igual a todos los hombres, deseosos de saber que es lo que nos pasa, y muy en particular a los políticos y grupos dirigentes de un

país, que necesitan trasladar en idearios concretos y pasablemente comprensibles las enseñanzas y consejos de la ciencia más estricta. Bien está que ésta se cultive de un modo riguroso, pero de cuando en cuando debe hacerse por los mismos hombres de ciencia - mientras más de primera mano mejor - un esfuerzo por traducir en expresiones "inteligibles" el contenido de sus averiguaciones.[46/] Y en materia económica - y sociológica - esa tarea es esencialmente imprescindible.

6. El ocaso de las ideologías

Y es imprescindible en materia económica y social porque cada día es más necesario separar el consejo objetivo de la ciencia - sobre cuestiones cada vez más universales y comunes - de las ilusiones y buenos deseos de las "ideologías", en su sentido estrictamente sociológico. Cuestión ésta que nos lleva de la mano a una ligera digresión imprescindible todavía en nuestro mundo latinoamericano.

En estos últimos años se ha reiterado por unos y por otros - Bell o Lipset, Aron o Landshut, Schelsky y otros más - que nos encontramos de lleno en una era antiideológica, que vivimos en el ocaso de las ideologías. ¿Dónde se da empero ese anunciado ocaso? Obsérvese que los nombres citados corresponden a europeos o norteamericanos. Es posible que exista pues esa actitud ideológica en Europa o en Estados Unidos. Pero ¿ocurre lo mismo en otras partes, muy en particular en esta América Latina objeto de nuestro inmediato interés?

Se anunció una breve digresión. Atengámonos pues a lo dicho, sin entrar en los detalles de un tema que exigiría por sí solo largas páginas. El ocaso de las ideologías es, en efecto, muy probable que ocurra allí donde se dan una u otra de estas circunstancias:

1) Experiencias de tipo intelectual, entre las que destacan: a) cancelación recíproca de las ideologías como resultado de un largo y sostenido proceso de "desenmascaramiento" también recíproco; b) atenuación de las ilusiones ideológicas nacidas de una crisis - o de una

---

46/ Celebremos así un libro como el de Jorge Ahumada, En vez de la miseria, que puede ser entendido por toda persona medianamente culta.

nueva concepción - de la idea de progreso; c) desengaños aportados por un conocimiento real, de visu, de los modos efectivos de vida y existencia de supuestos mundos antagonistas.

2) Experiencias nacidas del disfrute de un relativo bienestar, que pone en el primer plano de las expectativas individuales metas fácilmente asequibles de "confort" y satisfacción personal. Dicho en términos marxistas: experiencias que dan por resultado la generalización de una cultura uniforme - "petite bourgeoise" - que indignaba al viejo socialdemócrata K. Bednarik ante la actitud y aspiraciones de los jóvenes obreros de su país.

3) Experiencias traumáticas de una catástrofe internacional o nacional (casos de Alemania o España).

Si débiles a la tentación, fuésemos infieles a la anterior promesa, nada más sugestivo que comparar convergencias o diferencias en las ideas de los autores citados y algunos más. Pero de querer resumir en una sola frase cual es la explicación de la denominada fase post- ideológica en Europa y Norteamérica, diríamos que en la primera proviene - sobre todo - de tener que vivir en lo espiritual de las cenizas del pasado, y en la segunda, de tener que vivir en lo material de la affluency del presente. Sin negar, claro está, su posible conjugación. Pero pasemos por alto una sospecha que recuerda la de los viejos planteamientos de "la filosofía de la filosofía" o de "la sociología de la sociología", es decir, de si no se tratará con todo esto de una ideología de la post-ideología.

Dándolo todo como cierto, lo que nos importa subrayar - para evitar fáciles contagios académicos - es que América Latina no se encuentra en todo caso en semejante situación post-ideológica. Por un lado, estamos aún en los momentos finales de su "colonialismo" (perdón: en los momentos postreros de su primera juventud). Anda todavía ansiosa de ensayar todas las qué piensa nuevas posturas y vive plenamente la vieja fe en el progreso. Por otro lado, y por ventura, no ha pasado por experiencias catastróficas y se encuentra lejana, para vivirlos comparativamente, de los centros antagonistas. Y sobre todo, y por último, no ha alcanzado todavía esa fase de bienestar, que atenúa de por sí tantos conflictos, y por la que precisamente ansía su

/crecimiento económico.

crecimiento económico. Por lo tanto, apenas puede señalarse algo parecido allí donde se ha producido ya, o está a punto de producirse, el famoso "despegue". Magnífico ejemplo que añadir - sea dicho de paso - a los analizados por H. Freyer, cuando trata del influjo cada vez mayor de la técnica sobre el lenguaje corriente.

7. Digresión final sobre la juventud

¿Dónde podría encontrarse una prueba de esa perduración de la fase ideológica en nuestra América? No cabe duda: en cualquier investigación medianamente en serio sobre la situación de la juventud latinoamericana. El tema lo reclamó ya hace algún tiempo Raúl Prebisch, y otros hemos insistido en la necesidad de su realización, entre ellos los especialistas reunidos en la varias veces citada reunión en México del Grupo de Trabajo sobre los aspectos sociales del desarrollo.[47/]

Ante la juventud no nos mueven hoy ni exaltaciones, ni rebajamientos, ni adulación, ni deseos de "ponerla en su sitio". Nos interesa simplemente saber lo que es y lo que quiere. La juventud, "esa transición entre dos horizontes sociales", interesa a la investigación en el espacio comprendido entre los 14 y los 21 años para averiguar, según sus capas y procedencias - urbana o rural, burguesa o proletaria - qué es lo que piensa ante ciertos temas capitales - trabajo y ocio, familia y profesión, política, religión y cultura - y cómo ve el horizonte de sus expectativas. La cuidadosa investigación de un Helmut Schelsky[48/] dio para su país, como resultado de un libro tan valioso como discutido, lo expresado gráficamente en su título: "La generación escéptica - Una sociología de la juventud alemana".

¿Qué daría una encuesta semejante en América Latina? Seguramente, no podría hablarse de una generación escéptica pero buscando la inspiración en Maimónides - un ibero al fin y al cabo - tendría quizá que hablarse de una generación "perpleja" o descarriada. Todo no pasa en fin de cuentas de una suposición, o si se quiere - por fidelidad a la ciencia - de una hipótesis. Valdría la pena sin embargo intentar confirmarla, o rechazarla - ¡ojalá! - si así resultara de la experiencia.

47/ Véase en op.cit. la lista de investigaciones, N° 12: "Estudio sobre el estado de la juventud latinoamericana (de los 16 a los 25 años). Su representación del cambio económico-social y su actitud ante el mismo"

48/ Véase Die Skeptische Generation, 1958.

III

HACIA LA NUEVA SOCIEDAD

Las dos preguntas fundamentales

La "consistencia" tradicional de América Latina se extingue hoy sin remedio a la vista de todos. Por eso en las páginas anteriores se ha tratado de abocetar en sus gruesas pinceladas los elementos determinantes de esa grave mudanza. Grave como lo es toda crisis, aunque en este caso sea - es de esperar - una crisis de crecimiento. Ante ella son, en consecuencia, ineludibles dos interrogantes fundamentales. Primero, ¿cuáles son hoy los soportes de la nueva estructura que está sucediendo a la anterior y que ésta portaba ya en su seno desde los comienzos de su descomposición? Segundo, ¿dónde se encuentra el último fundamento de la prise de conscience que abre con el nuevo ciclo económico la fisonomía del future inmediato?

No se crea sin embargo que estas preguntas son nada más que la expresión de una pura curiosidad intelectual. De su respuesta atinada depende que se actúe con eficacia en uno u otro sentido, y no sólo por las energías internas de cada país capaces de aglutinarse en una u otra dirección, sino quizá todavía más por las ineludibles fuerzas externas, que en estos tiempos de interdependencia, pueden ser, según la dirección de su ayuda, igualmente fatales por el éxito o por el fracaso.

Allí donde el proceso de la historia manifiesta los conatos de una nueva etapa la demanda angustiosa de las mentes más claras es siempre la de averiguar cuáles son y dónde se encuentran los grupos de hombres que han de cargar sobre sus espaldas las tareas del momento. Los ejemplos de situaciones semejantes podrían sumarse sin esfuerzo.

Sobra aquí con acudir a una muestra ejemplar, no sólo por el calibre del hombre, sino porque las cuestiones a que hizo frente, siendo, por una parte, próximas al parecer a las nuestras, son en realidad algo distintas y están de hecho - cortos los años - ya muy lejanas. Cuando el Max Weber juvenil tuvo que enfrentarse (hacia 1895) con la herencia problemática del sistema bismarkiano una sola y decisiva pregunta le embargaba: ¿dónde encontrar los dirigentes políticos de la nueva Alemania que comenzaba ahora con su poderosa industrialización un incógnito destino, tanto político como económico? ¿En cuál de sus principales clases apoyarse? Su detenido

/examen - que

examen - que no es posible ahora reproducir - tiene indudable valor ejemplar. ¿La vieja clase de los Junker? Aptos en el mando, sus intereses económicos contradecían sin embargo a la Wirtschaftpolitik que los tiempos imponían al nuevo Estado. ¿La nueva clase de la burguesía? Domesticada por el viejo César, carecía por entonces de todo instinto de poder y no sobresalía por la necesaria capacidad del juicio político. ¿La novísima clase proletaria? Parecía inmatura y todavía inofensiva. Pues bien, en esa situación sin aparente salida predecía Weber ya por entonces el mayor peligro para la potencia política de Alemania. Ni que decir tiene que la situación ya no es la misma, en parte alguna, y no menos en la América Latina de la actualidad (1961). Pero en cambio sigue en pie como modelo el cuadro de las grandes interrogantes del sociólogo.

En la América Latina de hoy ¿dónde están los grupos de hombres capaces de llevar a buen término el intenso proceso de transformación que sacude su cuerpo? ¿En qué clases apoyarse? ¿La clase política brotada del sistema de la hacienda y que gobernó no sin éxitos un trecho largo de su historia? ¿La nueva clase burguesa nacida de la exportación y de la industria? ¿La novísima clase proletaria de escasas experiencias de mando y apenas organizada?

Ahora bien, la segunda pregunta que nos formulamos al principio no tiene importancia menor. ¿Donde está el fundamento de la "toma de conciencia" que, queramos o no, inaugura la nueva época, aquí y ahora, en la sexta década del novecientos?

En otro lugar, y tomando el tema con holgura académica, se hizo un intento de respuesta al inquirir "por qué hoy, en todas partes y a toda hora, se habla y se escribe sobre desarrollo económico, lo mismo en reuniones académicas internacionales, como en el artículo del periodista, en el discurso del candidato o en la charla de café".[49/] Y en obediencia a ese talante, se incluía el desarrollo económico y su carácter "necesario", como tendencia universal de nuestro tiempo dentro del proceso general "civilizador" que, junto con el "social" y el "cultural" integran los componentes de la historia

---

49/ José Medina Echavarría "El papel del sociólogo en las tareas del desarrollo económico" en Aspectos sociales del desarrollo económico (Santiago, 1959).

/De acuerdo

de acuerdo con conocida teoría. Y se definía así, con mayor precisión, como una tendencia derivada de los efectos confluyentes del poder técnico y del saber científico. Pero la teoría, con ser cierta, quizá no sea suficiente ante la humana experiencia del momento. De no temer acusaciones de discipulado impenitente - que en nada deshonran -, quizá no hubiera que vencer ahora la tentación de glosar algunas páginas orteguianas acerca del concepto de riqueza.[50] Pues no es la riqueza para el filósofo un hecho estrictamente económico, sino referido a la vida total, y es el resultado de que el hombre "se halle ante posibilidades de vida superabundantes en comparación con las que tenía antes. Enriquecimiento significa modernidad, y lo que parece indudable es que a todo pueblo le llega un momento en el cual descubre la modernidad invasora de su vida frente a la tradicionalidad legítima de la antigua". La glosa comenzaría precisamente aquí y en no escasa medida con esa idea de legitimidad. Ya veremos después lo que significan ciertos momentos de cambio social.

Pero en el contexto de estas páginas dedicadas al limitado tema del desarrollo económico, será bueno dejar al filósofo y acudir al economista. Y por eso he preferido emplear desde el principio la frase de uno de ellos, dejándola en francés y no, como es de suponer, por súbito contagio de galicismo. El concepto de "prise de conscience" tiene en André Marchal[51] la significación precisa de introducir un elemento dinámico decisivo en las variaciones de estructura. Es el fundamento de la distinción entre períodos cortos y largos. (A la corta y a la larga, en la terminología que nos es familiar.)

Lejos de la intención del momento entrar en los detalles de una teoría sujeta - no podría ser menos - a la discusión de los especialistas. Pero a ella se acoge esta consideración sociológica para expresar ahora en términos económicos una convicción. Lo que antes aparecía como mudanza profunda, como ocaso de un sistema social, toma ahora la figura más aséptica de un cambio en la longitud de un período económico. Dicho en forma

50/ Véase Ortega y Gasset, Una interpretación de la historia universal (Lecciones VII y VIII).

51/ Systemes et structures économiques Paris, 1959.

/tajante, para

tajante, para América Latina se abre hoy una "période longue". Oigamos al propio Marchal como justificación del anterior atrevimiento: "Alors que le procéssus de courte période était justiciable d'une analyse purament économique, en quelque sorte mécanique - étant donné que, seules les réactions instintives étaient retenues - le procéssus de longue période est justiciable d'une analyse psycho-sociologique, puisqu'il s'agit de rendre compte de réactions volontaires, conscientes, des individus et des groupes".[52] (El maestro francés perdonará los subrayados.) ¿Dónde existe y por dónde se extiende esa "toma de conciencia"?

A. LAS CLASES MEDIAS EMERGENTES

1. Los llamados estudios de estratificación social

Desde hace algunos años existe en América Latina un marcado interés por los estudios de estratificación social. A partir del esfuerzo "pionero" de la obra colectiva que dirigió Theo R. Crevena,[53] desigual en el valor de sus contribuciones y envejecida ya por el paso del tiempo, se han sucedido algunas otras investigaciones, pero sin que pueda afirmarse que se cuenta hoy con un panorama riguroso enteramente satisfactorio. El hecho es fácil de excusar por diversas razones. Indices e indicadores andan muy lejos de ser uniformes. Como es sabido, en materia de estratificación social alternan enfoques muy distintos, según sea el carácter "objetivo" o "subjetivo" de semejantes índices e indicadores; y la materia está teñida por añadidura con pertinaces preconceptos "ideológicos".

No menos grave es el influjo que ejercen sobre los jóvenes investigadores especialmente, los modelos de los estudios realizados en países científicamente más avanzados, sin percibir que en esas técnicas y planteamientos se infiltran, y de modo necesario, los peculiares problemas de una estructura social muy diferente. Tal ha ocurrido con el tema epidémico de la llamada movilidad social, analizado más de una vez por influjos de la moda académica en relación - ¿y cómo no? - con el desarrollo económico, sin saber propiamente qué es lo que con todo ello se buscaba.

52/ Op.cit., p. 91.

53/ Véase Materiales para el Estudio de la Clase Media en la América Latina, Washington, Unión Panamericana, 1950-51.

/Es natural,

Es natural, de otra parte, que no sólo por el culto de las cifras - del que ya todos más o menos somos sinceros beatos -, sino por la mayor facilidad de ese tipo de investigación - relativa se entiende - abunden las tablas de porcentajes y sean escasas en cambio las exploraciones político-sociales de los modos de pensar y sentir de los distintos estratos. O dicho en los términos tradicionales de los marxistas: que sepamos poco de las "conciencias de clases", es decir, de su posible existencia y de los grados de su cohesión. Aunque luego se habrá de examinar lo que esto significa en un caso "privilegiado" de nuestra realidad social, coviene reconocer por lo pronto que un cuadro cuantitativo presentado en un artículo muy reciente[54/] es una excelente apoyatura para quién quiera tener una visión de conjunto.

2. Las clases medias y la política

Las vaguedades que arrastra el concepto de clase y los fermentos polémicos que encierra - y ninguna se lleva la palma con tanta razón como la denominada clase media - inducen a tratar tan importante categoría bajo los más variados eufemismos: "clases medias", sectores medios, grupos intermediarios, etc. Asímismo la mala fama de maquiavelistas que rodea la obra de algunos grandes teóricos de la ciencia social invita a que se esquiven algunas otras categorías - élites, clase política, clase dirigente -, aunque sean más de una vez necesarias siempre que se empleen en su más riguroso - neutral y estricto - sentido científico.[55/]

54/ Véase Gino Germani y Kalman Silvert, "Politics, Social Structure and Military Intervention in Latin America", Archives Européenes de Sociologie, 1961, tomo II, No. 1.

55/ Ultimamente R. Aron ha vuelto a poner en su debido curso la utilización de los conceptos sociológicos de "clase política" y de clase dirigente". Y los italianos, herederos directos de Gaetano Mosca, trabajan en la actualidad desde diversos puntos de vista en ese tema esencial. Véase, entre otros, Giacomo Perticoni, La formazione della classe política nell 'Italia contemporanea, Firenze, 1952; Pompeo Biondi, "Potere e classe política " en Studi Políticí 1 (1952); Eugenio Pena, "La democracia e la classe política," en Occidente 12 (1956); Arturo Carlo Jemolo "La classe dirigente en Italia", Occidente 12 (1956), etc.

/Pues bien,

Pues bien, no sin cierto sonrojo para los que escribimos en castellano, hay que declarar que a la pluma bien intencionada de un profesor norteamericano, John J. Johnson, se debe hoy el primer libro importante que sobre las clases medias latinoamericanas nos es dable consultar.[56/] No se trata de entrar ahora en su examen, ni menos en su discusión. Pero no se puede silenciar que su generoso tono optimista no siempre podría ser compartido por todos. Pronto habrá de verse su enlace con el tema que llevamos entre manos. Johnson juzga que el futuro se abre lleno de promesa a la acción de esos "sectores intermedios"; que su fuerza económica les impone un importante papel político que jugar si a su voz se añade sobre todo la de la alta burocracia; y que en su experiencia política en lo que va de centuria han aprendido valiosas lecciones en el arte del compromiso. El autor sin embargo no ha sido ciego a muchos de los fracasos de ese sector y aquí y allá - como en el caso del radicalismo argentino - sus críticas son incisivas.

3. Sobre un enigma en el desarrollo actual de América Latina

Se justifica a pesar de todo su esperanzado optimismo. Desde las primeras páginas de este escrito y de la mano de las observaciones del Padre Vekemans,[57/] quedó planteado un enigma que viene ahora al caso y que obliga - sin pretender resolverlo - a examinarlo como tal problema. Resulta, en efecto, que en el conjunto de un tipología socio-económica de América Latina hay algunos países con los índices más elevados y modernos en el campo socio-cultural, que sin embargo han sufrido en estos últimos años un patente estancamiento económico frente a otros de grado más bajo en el complejo de sus "indicadores". En una palabra, hay una extraña contradicción entre los índices del crecimiento económico y las tasas - passez le mot - del progreso cultural. Concretamente, se trata de la oposición que muestran en este campo la Argentina y Chile, por una parte, frente al Brasil y México muy en particular.

a) Interpretaciones económicas

¿Cómo interpretar el fenómeno? Se podría naturalmente tratar de dar una explicación de tipo político, sobre la base de la distinta contextura de las "clases políticas" a que antes se aludió - y siempre que se

56/ Political change in Latin America - The emergence of the middle sectors, 1958.

57/ Véase op.cit. (nota 3).

/dispusiera, lo

dispusiera, lo que no es cierto, de los estudios necesarios -, y acudir a acontecimientos excepcionales que sólo valdrían en este caso para la historia argentina. La explicación económica no falta y, con el grave peso de sus análisis parece del todo convincente.[58/] Es en definitiva un problema en la política de sustitución de los bienes intermedios duraderos, de consumo y de capital, que no fue dable ni en Chile ni en la Argentina. En los finales de la guerra la Argentina tenía los caminos abiertos para "expandir las exportaciones y entrar en la sustitución de bienes intermedios y de capital"; pero,por una parte, se tropezaba con los límites de la necesaria expansión en la producción agropecuaria, y, por otra, "la escasez absoluta" de divisas no permitía una sustitución en gran escala de las importaciones de bienes intermedios que hubieran exigido considerables aportes de capital extranjero o disminuir la producción de importantes sectores - con peligro de desocupación - que utilizaban materias primas importadas. "El caso chileno presenta mucha similitud con el argentino". Por la pequeñez de su mercado no podía modificar sustancialmente su política de sustitución, y para conseguir el aumento de sus exportaciones hubiera tenido que recurrir a una transformación de los métodos de su agricultura que el país no estaba en condiciones de realizar. "Aunque se había progresado más que en la Argentina en materia de investigación agronómica, la estructura de la propiedad presentaba en cambio escollos más serios".

b) Hipótesis y problemas sociológicos

Hasta aquí la interpretación de Ahumada, sujeta claro está a la discusión de los entendidos, pero que no ofrece a los legos mayores dificultades de compresión. Démosla, pues, para el caso como correcta. ¿Estamos sin embargo, ante la última palabra? ¿O no se abre cabalmente ahora para el sociólogo el comienzo de su pesquisa? El progreso económico, obvio es decirlo, no es un regalo de los dioses que en un día llueve como maná sobre algunos países elegidos. Es obra de ciertos grupos de hombres que en un momento dado se pusieron energicamente a la tarea. La Argentina y Chile, permaturos en América Latina en la organización del Estado - el segundo quizá especialmente -, se adelantaron también muchos años en el impulso ascensional de sus economías. Y poco antes de que comenzara la

58/ Véase, Jorge Ahumada,"El desarrollo económico y los problemas del cambio social en América Latina" (ST/ECLA/CONF.6/L.A-1), y la bibliografía por él indicada.

/nueva centuria

nueva centuria el crecimiento de su economía era ya tan visible en la fisonomía externa de sus modos de vida como en la curva técnica de sus respectivas tasas.

¿Qué clase de hombres fueron el soporte de semejante esfuerzo? ¿La nueva generación que los sucede carece ya de esa fibra y denota síntomas de cansancio? ¿Vendrá quizá en nuestra ayuda una teoría de las generaciones? La indagación del tema no es cosa fácil y habría que emprenderla con sumo cuidado. En la preocupación del autor de estas líneas era esto quizá una idea confusa. Por eso se honra en declarar que con mayor claridad la encontró un buen día formulada en un estudio de Bert F. Hoselitz.[59/]

Se hablará en lo que sigue de la "hipótesis Hoselitz", sin que tema el lector que ante las tentaciones de la última palabra académica se trate de someter a dicha hipótesis a un ejercicio de axiomatización o de positivismo lógico. En plain English, Hoselitz describe directamente el hecho antes mencionado, pero introduce en seguida la incógnita sociológica que nos faltaba: "los dos países con el más amplio segmento (de clases medias) muestran un crecimiento económico menos rápido que el de otros donde ese sector es mucho más pequeño". Y he aquí su tesis formulada a continuación: "Evidentemente el factor decisivo no es el tamaño relativo de la clase media, sino (la naturaleza de) su composición y el papel que representa de modo efectivo".[60/]

Recuérdense los índices del P. Vekemans, piénsese en la descripción morosa de Johnson de la acción de los sectores medios chilenos y argentinos en la décadas a caballo de los siglos XIX y XX, o consúltese el cuadro antes indicado (Germani), y se percibirán las coincidencias sin gran dificultad. Es sabido que cuando se trata de las imprecisas clases medias, suele distinguirse entre las llamadas "viejas" y "nuevas". Hoselitz indica, como es natural ese tema, que habría que analizar en otra ocasión con algún cuidado. Por el momento basta con formular en trazos gruesos la sospecha esencial, aún atenuada en los términos, para no ser infieles a la duda metódica: pudiera en efecto ocurrir que las clases medias chilenas

59/ "Economic Growth in Latin America" en Contribution to the First International Conference of Economic History, Estocolmo, 1960.

60/ Op.cit., p. 97. Hay ligeras alteraciones en la versión.

y argentinas estuvieran (por hoy) más interesadas en un "cambio en la distribución del ingreso que en el genuino aumento del producto nacional total". Para terminar, completemos la hipótesis Hoselitz con la reproducción, ahora literal, de sus palabras: "... en una economía cuyo desarrollo económico depende en gran medida sobre la decisión privada, cuando a las clases superiores les interesa sobre todo el consumo ostensorio y a las clases medias más que el aumento del dividendo social les preocupa ante todo su redistribución en beneficio de sus miembros, tiene que fallar el logro del desarrollo económico en su máxima forma posible"[61]

¿Sería posible apoyar la hipótesis Hoselitz con algunos datos y observaciones de otro tipo? Sólo a la carrera - pues no se trata de escribir aquí una monografía sobre el tema - sean permitidos unos ligeros apuntes.

Las categorías que fletaron en su día las conocidas obras de Clark y Fourastié, son ya instrumentos del patrimonio común de economistas y sociólogos. Sin embargo, la realidad ha mostrado algunas fallas en la secuencia lógica de los distintos y conocidos sectores, y no hay ningún otro que muestre mayor problemática que el denominado sector terciario. Entran en su composición complejos elementos que no interesa analizar aquí, y sobre todo en ciertas circunstancias su porcentaje comparativo está lejos de ser inequívoco signo de progreso económico.

En el estudio económico manejado ya desde el principio de este trabajo[62] hay un momento en que se trata de dar cuenta del fenómeno de la desocupación "no obstante que en América Latina en su conjunto el alza de la producción de un 4 por ciento por año fue suficiente para permitir desde 1929 un incremento de la ocupación productiva". Resulta que en algunos países como la Argentina y Chile, de escaso cambio en la curva de sus ingresos por habitante el desempleo encubierto más que en otra forma aparece en la expansión del sector terciario. De acuerdo con algunas estimaciones relativas al período 1950-58 el volumen del sector terciario se elevó aproximadamente en el conjunto de la región en un 27 por ciento. Y se añade: "cualquiera que sea la explicación, las industrias de servicios continuaron al parecer en rápido crecimiento después de 1955, en Chile y la Argentina por lo menos". Y en páginas posteriores, que tratan del aumento de los gastos corrientes

61/ Op.cit., p. 101.

62/ Véase nota 4 en la p. 11.

/del Estado,

del Estado, se reconoce que este incremento fue también a la larga en extremo notorio en Argentina. De suerte que en momentos en que el producto nacional es estacionario - los ingresos del sector privado apenas crecen y el desempleo aumenta - es muy fuerte asimismo la presión en el sentido de expandir la ocupación del sector público.

Como en otros lugares de este mismo escrito no es de su incumbencia entrar en la criba de las aseveraciones económicas anteriores. Sin embargo, basta consignarlas para que el sociólogo - bajo el recuerdo ahora de Pareto - inicie la marcha titubeante de su reflexión. En la teoría de la circulación de las elites del insigne italiano juega un papel importante, como es de todos sabido, la alternancia entre especuladores y rentistas. Los especuladores son los arriesgados creadores de las nuevas combinaciones económicas y bajo su imperio los negocios se acumulan - florecen unos cuantos mientras otros quiebran - y la economía asciende el camino de su expansión. En cambio, los rentistas, más apacibles o apocados, se limitan a cortar sus cupones y - beneficiarios de la riqueza heredada - dejan que la economía transcurra ahora por el camino llano de la inercia adquirida.

La situación no es desde luego la misma que en los días paretianos, al menos porque el estado liberal no se ofrece en parte alguna con idéntica pureza y de ello habría que sacar algunas consecuencias. Pero es muy grande la tentación de revestir ahora con la fórmula de Pareto lo ocurrido con la sucesión de las capas burguesas - chilenas y argentinas - en la hipótesis de Hoselitz. ¿Es sin embargo verdad que existen semejantes diferencias en la mentalidad de la burguesía, perdón, de los "sectores medios" aludidos? ¿Cuál es el tipo de hombres que en nuestros días están detrás del extraordinario impulso del Brasil y de México? Wagley, en su bello estudio antes citado, al ocuparse de la más reciente "upper class" consigna que muchos de sus nuevos miembros son arribistas y acude a unas páginas de Gilberto Freire 63/ para bosquejar su humana fisonomía. Freire los denomina "figuras de transición" y luego de señalar la gran diversidad de su origen destaca los resortes psicológicos de su impetuoso dinamismo. El paso de situaciones de desamparo y pobreza a posiciones de riqueza y de poder dan siempre los mismos resultados; "en circunstancia de tal índole los controles morales se derrumban

63/ "The Brazilian Melting Pot", Atlantic Monthly, (febrero 1946).

/y la

y la influencia del viejo medio ancestral, sea de la finca italiana o la del propio Brasil, para nada influye en los sucesivo en su propia conducta." Como los "nuevos ricos" de todas partes, el grupo carece de valores tradicionales. Los enlaces políticos de estas nuevas clases son muy interesantes y a ellos habrá que volver.

¿Es esto, por ventura, fenómeno singular del nuevo Brasil? Hablando de México, Daniel Cosio Villegas, al que de cualquier cosa puede acusarse - por sus enemigos claro es - menos de que sea un reaccionario de tomo y lomo, tiene unas líneas que al pronto parecen nostálgicas de viejos tiempos "Los nuevos capitanes industriales y bancarios acaban por formar no meros grupos de presión - según los llama la jerga sociológica - sino verdaderas oligarquías, que en el panorama social latinoamericano han sustituido a la vieja oligarquía terrateniente. Entre la nueva y la vieja, hay, sin embargo, dos diferencias muy importantes, una política y otra social. La vieja oligarquía terrateniente gobernó ella misma, durante todo el siglo XIX y bien entrado el actual, en casi todos los países latinoamericanos. En estas condiciones se hizo abiertamente del poder político y lo disfrutó, sin duda, en su provecho; pero al mismo tiempo asumió la responsabilidad consiguiente. La nueva oligarquía industrial y bancaria quiere pesar y pesa en las decisiones del gobierno, pero sin afrontar las responsabilidades que por necesidad esas decisiones traen consigo. La diferencia social no es menos importante; la vieja oligarquía terrateniente llegó a reformarse con el tiempo, a ser culta y de buen gusto, capaz de comprender muchos problemas generales que nada tienen que ver con la explotación de sus tierras y por eso pudo darse el lujo de ser mecenas de las letras y las artes. La nueva oligarquía es todavía demasiado cruda y grosera, despide un tufo inconfundible a dinero, porque no piensa sino en el dinero, y no parece entender nada que no se relacione directamente con sus negocios".[64/]

64/ Véase Daniel Cosio Villegas, El crecimiento económico programado y la organización política (ST/ECLA/CONF.6/L.C.2A), p. 10.

/Esta transcripción

Esta transcripción de tan largo párrafo del eminente historiador mexicano no se debe ni mucho menos al encanto de su incisiva prosa, sino a las sugestiones de su sabroso contenido. Compáresele con lo antes dicho para el caso brasileño y, para quien tenga un mínimo de olfato profesional, un grave problema sociológico se plantea en seguida. Estos fuertes grupos agresivos, estos creadores arribistas que parecen la sustancia de la tremenda energía brasileña y mexicana contemporánea, han desarrollado su actuación, sin embargo al amparo de situaciones revolucionarias o al menos de intensas conmociones sociales. ¿No reiteran la figura conocida de los adventurer capitalists, de los empresarios de coyuntura política, deseosos de amontonar en poco tiempo desproporcionados beneficios? "La escasez de "entrepreneurs" significa que la expectativa de los beneficios tiene que ser muy grande para que puedan establecerse nuevos fines. Esto explica en buena parte los retardos en el desarrollo de algunos sectores, así como los amplios márgenes de ganancia, en la industria manufacturera muy en particular".65/

Es muy posible que el impasible cinismo de Pareto tenga la razón, y que el crecimiento económico no sea posible sin una dosis mayor o menor de audaces especuladores, pero es muy posible también que un desarrollo sano y duradero dé existencia a otro tipo de hombres. Parecería en algún momento que la clase media latinoamericana sólo ha contado hasta el momento no ya con la alternancia entre "arribistas" y "distribuidores", sino a veces en algún país con la trágica molicie de una burguesía a la deriva, desmoralizada en el disfrute de una "blanca" prosperidad, ante la angustia de sus mejores intelectuales. Por fortuna quizá no sea así. ¿Pero dónde está la actitud ascética y disciplinada de los verdaderos creadores del capitalismo moderno? ¿Dónde la energía y la austeridad de los jóvenes samurais constructores del moderno Japón?

Las imágenes que de la pequeña burguesía dan algunos de sus observadores, no son alentadoras. Volvamos de nuevo al Brasil, con notas que sirven para otras partes (Wagley). Esa pequeña burguesía - trozos de la vieja y más que nada de la nueva - se encuentra en una difícil situación; sus aspiraciones se frustran día a día por diversas causas, miran demasiado

65/ "Características de la economía interna y su desarrollo, 1929-59" en Inflación y Crecimiento, Op.cit. (Véase nota 4.)

/hacia el

hacia el pasado y no han "desarrollado todavía una ideología de clase media" que sea equivalente a la que motivó su acción en Europa o en Norteamérica. "En una palabra, no constituyen ideológicamente una /auténtica/ clase media".

Sin embargo, que la clase media brasileña sea todavía el segmento más conservador de su sociedad, no es por sí mismo un grave defecto. Lucio Mendieta Núñez refiriéndose a la clase media mexicana,[66] considera favorablemente, y no sin razón, esa su veta conservadora, su interés por la educación y por la ciencia y su respeto de los más elevados valores morales y religiosos. Se perfila así el doble papel que en todo desarrollo económico saludable incumbe a la burguesía: ha de ser, por una parte, el motor de la innovación, el audaz adelantado de lo nuevo, pero ha de ser, por otra - en méritos de su cultura y de su formación -, la depositaria de la continuidad y de la tradición, es decir, de los elementos de esa tradición que merezcan conservarse.

La formación de las modernas sociedades industriales se ha visto acompañada en todas partes de un gravísimo problema de erosión moral (Freyer). En los viejos países los efectos de esa erosión han podido ser atenuados entre otras causas por la lentitud misma del proceso. En cambio, en los países más jóvenes la tenue capa de su humus fecundo está en peligro de disolverse en catástrofes irreparables. La destrucción de las "capas protectoras" de que hablara Schumpeter - quizá poco realista para los Estados Unidos - puede tener sin embargo, para América Latina la misma significación que para Europa, de cuyas instituciones ha vivido hasta hoy mucho más próxima. Pero sea o no cierta esta teoría, algo parece evidente. Y es que si hay un elemento estratégico que la sociedad latinoamericana debe cuidar no es otro que el de esa capa social a que asignó Max Weber las siguientes notas fundamentales: la conciencia racional, la racionalización de las formas de vida, y el ethos económico racional.[67]

66/ "La clase media en México", Revista Mexicana de Sociología, Nos.2, 3 de 1955.

67/ Max Weber, Wirtschaftgeschichte, 1958, p.302.

/Ahora bien,

Ahora bien, ¿sólo existe ese grupo social disponible? En modo alguno. Todo lo que se ha dicho pone bien a las claras, que lo que los sectores medios sean capaces de realizar, depende de cual sea la calidad y la firmeza de propósitos de la "clase política", y de cual sea además el papel orientador del "pouvoir spirituel" de la "clase dirigente". De ellas depende que el esfuerzo espasmódico del arribista - quizá necesario - se dilate en la tarea sostenida de otras capas sociales no por menos ambiciosas menos imprecindibles a la larga.

La enorme masa proletaria - urbana y rural - es, ni qué decir tiene, otro grupo disponible, pero del que no encaja hablar en este capítulo. Pero si volvemos de nuevo a los sectores medios - a la vieja burguesía tradicional - hay algo que por encima de todas las cosas parece evidente en estos momentos del desarrollo económico y es que éste ya no puede realizarse sólo con el famoso lema de Luis Felipe: enrichisez-vous.

B. LA POLITICA COMO IMPULSO Y CANALIZACION

1. Tecnología y política

¿Dónde se encuentra - hubo antes de preguntarse - el último fundamento de la prise de conscience (Marchal) que inaugura en estos momentos en América Latina un nuevo período "a la larga" de su vida económica, o, si se prefieren términos más generales o menos técnicos, una nueva época de su vida toda? La teoría algún tiempo en boga del rezagamiento cultural, generalizó la creencia en el valor decisivo del factor "tecnológico" y no dejó de influir con ese su relativo simplismo esperanzadas decisiones de la política práctica. Se ha sostenido con razón y en planos más profundos que nadie puede comprender en su más último sentido la naturalesa de las modernas sociedades industriales que no medite en serio sobre estos dos fenómenos al parecer muy disparejos: la técnica y la pintura. Sobre la técnica [68/] no tanto porque se adelanta en sus avances a otros sectores de la cultura - en modo alguno exacto, como está la ciencia para demostrarlo -, sino porque impone su impronta a las maneras, usos y lenguajes de la edad, porque modifica por completo el decimonónico concepto del progreso, y porque en la factura de su propio hacerse constituye un modelo de cómo empieza a trabajarse en otros campos, comprendido incluso el de las más recalcitrantes disciplinas humanas. Sobre la pintura el hecho es más sutil y complicado, pero pudiera tener razón un Arnold Gehlen [69/] - y no está solo entre los actuales pensadores - cuando sostiene que algunos secretos de la edad pueden describirse a través de Picasso o de Miró, de Klee, de Max Ernst o de Mattia Moram.

Cuando la atención se vuelca sobre la realidad actual de América Latina nadie ha intentado introducirse en los vericuetos de su pintura con ánimos de una interpretación sociológica (Orozco, Tamayo o Siqueiros, Portinari, Matta, o aún si se quiere Jusep Torres Campalans). Pero en cambio se ha insistido hasta la saciedad en lo que ha significado para la conmoción de los modos de pensar y sentir, la introducción de los últimos adelantos técnicos. Hay pues lo que pudiera denominarse una "interpretación tecnológica"

68/ Excelente resumen de Hans Freyer, "Gessellschaft und Kultur" en Propyläen Weltgeschichte. Tomo X.pp.532 s.s.

69/ Arnold Gehlen,"Zeit Bilder", Bonn, 1960, o la amplia obra de H. Read.

/de la

de la toma de conciencia del moderno latinoamericano. Que existe una dosis de verdad es evidente, pero no es ni mucho menos toda la verdad.

En su estudio sobre Guatemala,[70] que ahora merece citarse por segunda vez, Richard N. Adams ha tenido el honroso y doble coraje - intelectual y político - de enfrentarse con la imperiosa boga del determinismo tecnológico. Los guatemaltecos no desdeñan, claro está, nada de lo que pueda mejorar su condición por la vía de la ayuda técnica. Pero el fermento de su inquietud ante el futuro - en pasados años y sin duda en los actuales - es el afán de una reforma de conjunto de su estructura social tradicional, y no es de extrañar - e importa subrayarlo energicamente - que ese fermento y esa inquietud anidara sobre todo en los sectores de la baja burguesía: maestros y estudiantes, oficiales y empleados, pequeños industriales y terratenientes. Dos párrafos de Adams merecen por eso citarse por entero: "Cuando se examina el proceso de cambio de la sociedad guatemalteca en su conjunto, dos rasgos sobresalientes se imponen a la mirada. En primer lugar, se encuentra en los umbrales dolorosos del tránsito de una sociedad constituida por una serie discontinua de culturas regionales a otra sociedad de desarrollo sin discontinuidad y centrada en torno a una cultura nacional. En segundo lugar, semejante mudanza ha sido iniciada con innovaciones políticas y sociales más que por la creación espontánea de determinados cambios en la producción y la tecnología".[71]

Y añade más tarde de modo concluyente: "... hemos de darnos cuenta de que en un país como Guatemala la gente no ve unicamente sus problemas en términos de desarrollo económico y de ayuda técnica. Están más bien comprometidos con toda su alma en la dolorosa formación de una nueva sociedad con sus nuevas fuentes de poder".[72]

Pues bien, lo que Adams percibió con clara inteligencia para Guatemala, vale mutatis mutandis para más de algún otro país de América Latina, si

---

70/ "Social change in Guatemala and U.S.policy" en Social change in Latin America today op.cit.

71/ Op.cit., p.257. Traducción "liberal" y subrayado nuestro.

72/ Ibid., p.283. De nuevo subrayados ajenos y paráfrasis más que traducción.

/es que

es que no la abarca sin excepción alguna. Quiere esto decir, para volver al lenguaje de otro economista, que, cuando se examina en la región el papel histórico de sus "fuerzas autónomas", tiene sin duda importancia el problema técnico, pesan no menos los movimientos de la población, pero se impone sobre todo el "movimiento de las ideas". Es decir, en respuesta precisa a la pregunta fundamental - y segunda en el orden de nuestras preocupaciones -, la toma de conciencia que abre la nueva edad es sobre todo de naturaleza psicológico-social o para retornar a las palabras del propio Marchal antes citado: "C'est, en effet, la 'prise de conscience' d'un désajustement dans les structures sociales qui peut conduire - au besoin en faisant intervenir la contrainte dont disposent l'Etat et les groupes - a une modification des structures économiques et vice-versa".73/

2. El problema del cambio social

A pesar de la tinta gastada en el intento de poner en claro el denominado problema del cambio social se está muy lejos de un acuerdo tanto en el trazo de sus componentes como en las líneas generales de su solución. Las escuelas clásicas de la sociología - como herederas directas de la filosofía de la historia - no fueron en el fondo otra cosa que intentos sucesivos de una respuesta a esa magna cuestión. Posteriormente los sociólogos eludieron por lo común enfrentarse con el tema, sea por timidez o por escrúpulos de una actitud más modesta, bien por obedecer a los mandatos de una supuesta conciencia científica que en su terrorismo de tabú suele expresarse entre comillas o con impresionantes mayúsculas.

Por otra parte, la escuela funcionalista tan de moda en estos años - al menos en Norteamérica o entre sus receptores foráneos más papistas en este caso que el propio Papa -, no obstante unos méritos que nadie discute, apenas puede decir nada sobre este punto porque más que las mudanzas de un sistema social a otro distinto - momento clave de todo auténtico cambio - le interesan las tensiones y conflictos dentro de un sistema destinados a plegarse en definitiva al equilibrio que lo constituye y justifica. No faltan, claro es, maneras distintas de enfocar el problema y planteamiento

---

73/ Op.cit., p.103.

de secuencias que pueden ser muy útiles para la investigación empírica de estos o los otros fenómenos de cambio.74/

El estado de la cuestión es tanto más penoso pues si hay problema que por naturaleza pertenece al gran tema de la mudanza social no es otro que el del denominado desarrollo económico y a él tienen que referirse velis nolis tanto los economistas como los sociólogos y los historiadores.

a) Una nueva estructura de poder

Huelga por ventura declarar que no entra en la intención de este instante enfrentarse de lleno con tan tremenda cuestión. Pero siguiendo el hilo de pensamiento que enlaza estas líneas, es necesario considerarlo en alguno de sus puntos que, no por casualidad, quizá sea el más decisivo y fundamental. En definitiva acontece que cuando se trata de cambios totales, es decir, del paso de un "sistema a otro distinto", aquello que con mayor evidencia salta a la vista es una alteración en la estructura de poder. Entiéndase que ese cambio de estructura no ha de ser siempre de carácter radical y revolucionario - una élite eliminada por completo por la "contra-élite" (Lasswell) sustituta -, sino que basta que la modificada composición de la "clase política" y de la "clase dirigente" - alguna combinación entre los viejos y los nuevos - sea lo suficientemente nueva y vigorosa para que se modifique a fondo la orientación política y social de un país. Hay, pues, en todo caso una modificación sustantiva en la estructura de poder anterior.

Una y otra vez, como un "ritornello" más insinuado que formulado de modo expreso, en las páginas anteriores ha aparecido el tema de la estructura de poder. Se ha tratado del tránsito de un sistema histórico

---

74/ Quizá la presentación más útil por el momento sea el capítulo de Alvin Boskoff: "Social change; major problems in the emergence of theoretical and research foci", en Howard Becker y Alvin Boskoff, Modern Sociological Theory in Continuity and Change, 1957. Dos artículos recientes de interés son: Wilbert E. Moore, "A Reconstruction of Theories of Social Change", American Sociological Review, 25, 1960, y E. R. Francis, "Prolegomena to a Theory of Social Change", Kyklos, 1961, p.2. Debe añadirse el brillante estudio de Ralph Dahrendorf, "Out of Utopia", American Journal of Sociology, 1958.

/- el de

- el de la hacienda - a otro absorbente de futuro que es el sistema industrial. Bueno será que, aunque sea a la ligera, no se eludan los problemas de los cambios en la estructura de poder.

b) Las formas de gobierno y los sistemas electorales

El viejo sistema de la hacienda creó al fin y al cabo un estado en la mayoría de los países y en algunos funcionó por varios años no sólo con la mayor eficacia, sino con indiscutible legitimidad, lo que, dicho en otra forma, significa que el "sistema" encontró y mantuvo "su propia fórmula política" (Mosca). Las instituciones políticas que articularon esos Estados procedían como era natural de los mejores modelos que en su tiempo brindaban Europa y los Estados Unidos. Sistemas presidenciales o parlamentarios; procedimientos electorales del más vario tipo, desde los de escrutinio mayoritario a los de representación proporcional; organización de los tribunales de justicia a tenor de los cánones reinantes más severos y, en alguna ocasión, con garantías jurídicas tan originales como el juicio de amparo mexicano; y ordenación de la administración, las más de las veces bajo el influjo de la inspiración francesa (de equivalente significación a la española en esos días). Y los códigos fundamentales - civiles, mercantiles, penal y de procedimientos - se promulgan uno tras otro dentro por lo común de las directivas del "derecho continental".

Para los estudiosos de los regímenes políticos latinoamericanos algunas de esas instituciones presentan un haz de cuestiones de suma importancia. Y ante el problema tan reiterado de su "famosa inestabilidad" - las más de las veces puramente de superficie - es natural que se interesen muy en particular por el influjo que en todo ello hayan podido tener sistemas de gobiernos y procedimientos electorales.[75/]

Pero estas apresuradas líneas estarían en peligro de engrosarse en un tratado de querer rozar tan siquiera esas cuestiones. Se impone el

---

75/ Una interesante presentación de conjunto puede verse en Ferdinand A. Hermens, "Constitutionalism, Freedom and Reform in Latin America" en el libro colectivo editado por F.B. Pike, bajo el título Freedom and Reform in Latin America, 1959, descontando, claro está, en el caso de Hermens, su tendencia - justificada o no - a alimentar el molino de su fobia a la representación proporcional.

/retorno a

retorno a nuestra cuestión esencial y de formularla incluso con todos sus inconvenientes de la manera más tajante posible. Es decir advirtiendo otra vez con enojosa pedantería que sólo se trata de una construcción típico-ideal.

c) Liberales y conservadores

Y lo esencial, sin darle ya más vueltas, es que el viejo sistema encontró su mecanismo en la existencia de dos partidos políticos fundamentales y su "fórmula política" en la contraposición de las dos únicas ideologías de "conservadores" y "liberales". (Huelga insistir en que por el momento no interesa cómo se dio la "alternancia" efectiva entre esos partidos e idearios, ni menos los distintos nombres con que en unos y otros fueron conocidos.) Como en todo estudio de partidos habría que investigar, por una parte, su contenido doctrinal y, por otra, su propia estructura. Sin embargo, bastan por el instante unas breves notas a título de recuerdo.

Los partidos conservadores mantuvieron por lo general, como es de suyo evidente, los intereses de los grandes terratenientes; defendieron los principios tradicionales de la educación; apoyaron el mantenimiento de los viejos usos y maneras, y fueron por lo común partidarios del papel predominante de la Iglesia y no sólo en su aspecto espiritual. Por lo tanto, las más de las veces fueron partidarios decididos de la unión de la Iglesia y del Estado. En sus reformas - y no podían menos de intentarlas y proponerlas - propugnaron la cautela y prefirieron sobre todo las de carácter formal jurídico-administrativo.

Los liberales - casi huelga la contraposición - si no en todas partes declarados "anticlericales", luchaban por recortar las prerrogativas de la Iglesia, espirituales desde luego, pero no menos territoriales y de propiedad - el famoso movimiento "desamortizador" como el más claro ejemplo -; eran partidarios de renovar la educación "modernizándola en todos sus grados; mantenían timidamente proposiciones de reforma de la estructura agraria, y alimentaban - con mayor o menor vaguedad - ideales federalistas en lo político y de self-government en las administraciones locales.

Aunque las contraposiciones ante ciertos problemas de intereses y otras cuestiones fuesen técnicas - objetivas como hoy se diría -, no eran

/muchas veces

muchas veces tan hondas como para no permitir honorables "compromisos" y, con el tiempo, apenas llegaron a diferir las orientaciones fiscales y económicas, guiadas por un común manchesterismo doctrinal. Sin embargo, las divergencias confesionales fueron siempre muy agudas - aun en cuestiones que hoy parecen periféricas - y emparentan la dicotomía liberal-conservadora de los hispanoamericanos a las peculiares y semejantes tradiciones de los países latinos mediterráneos: Francia, Italia y España.

Por lo que a la estructura de esos partidos se refiere, pertenecen sin lugar a dudas al tipo que hoy se denomina de "notables" o de "caucus" en la terminología anglosajona. Tradicionales jefes locales, vinculados entre sí, se apoyaban en la ocasión debida - el momento de las elecciones - en organizaciones flotantes de interesados secundarios, que ponían en marcha los parafernalia acostumbrados de asambleas, reuniones y declaraciones orales o escritas de propósitos y promesas, sin que la participación de los miembros de semejantes partidos llegara más allá de la emisión del voto, o de la asistencia más o menos entusiasta y temporal a unos de aquellos actos. Los partidos tradicionales de "notables" han existido y existen por todas partes con igual cariz, y no es por ello motivo de sonrojo - de comprensión histórica nada más - su presencia en América Latina. Lo decisivo, sin embargo, son estas tres cosas.

Primero, la simbiosis que hubo por muchas partes entre los soportes personales-familiares de esos partidos. Nadie dudará para quien tenga presente la fundamental contraposición sociológica entre el campo y la ciudad - entre el "sistema de la hacienda" y el "complejo mercantil-cultural de la urbe" - cuál tuvo que ser desde el principio el reclutamiento habitual de tales partidos. Pero desde los lejanos tiempos - dentro de nuestra historia - de la expansión ultramarina la nobleza andaluza se mezcló gustosa en los negocios de comenda y los enriquecidos mercaderes, nacionales o extranjeros - genoveses, venecianos, de Pisa o de Florencia - buscaron en la propiedad territorial la consagración social de su nuevo status. Esta constelación originaria se repitió hasta la saciedad lo mismo aquí que por otras partes. (¿No es el primer capitalismo italiano el modelo ejemplar?) El señor de hacienda era también vecino de la urbe y

/el comerciante

el comerciante urbano - del interior o porteño - ansiaba con su recién comprada estancia la vecindad consagratoria de la vieja aristocracia rural. La realidad, como siempre, se resiste a las categorías académicas y está cruzada de transiciones y matices. Y si a esta simbiosis naturalmente producida se añade otra de carácter pragmático - el hecho de que muchas familias contaran con una "dispersión estratégica" de sus miembros entre ambos partidos para no perder así nunca posibilidades de influjo y poder -, se comprenderá que el sistema funcionase en muchas partes sin tropiezos y dentro de una relativa uniformidad social y política.

Porque, en efecto, el innegable hecho decisivo - nos guste o no, y la historia sólo quisiera comprender - es que el sistema funcionó y que lo hizo por largo tiempo con todos los requisitos que los más severos "funcionalistas" contemporáneos exigen: integración, realización de fines, adaptación al exterior, y mantenimiento de un manejo continuado de las tensiones y conflictos internos. A veces después de prolongadas décadas de anarquía fue en sus propias "ficciones" una estructura latente creadora de paz y de estabilidad a pesar del "engaño". No faltan ejemplos americanos, pero quizá la configuración más ilustre de este tipo fue la solución canovista de la Restauración española que - a pesar de las "merecidas críticas" de la última generación de maestros españoles - puso las bases materiales de la "edad de plata" que ellos mismos habían más tarde de crear. Sin embargo, algunos entre los beneficiarios del sistema empezaron a darse cuenta de que había llegado un momento en que todo ese artilugio había dejado de funcionar. Y honra decir - por citar sólo un ejemplo - que un conservador como Roque Sáenz Peña pretendiera en su día, tarde quizá y frente a muchos de los suyos, abrir las compuertas a las impetuosas corrientes de los nuevos tiempos.

El tercer hecho decisivo - y ahora tan grave que de la secuela de sus problemas sufre todavía hoy América Latina - es que ese sistema dejó un buen día de funcionar de un modo definitivo, creando con la carencia de una sucesión un gravísimo vacío político, o dicho de otra forma la total carencia de una adecuada estructura de poder a la altura de los tiempos. O si se quiere, el problema de la formación de la nueva clase dirigente - heredera directa de la anterior - que requería la situación totalmente nueva de América Latina.

/El caso

El caso colombiano es quizá el más espinoso - por no decir trágico - de lo que ha producido en el cuerpo latinoamericano una evolución ineluctable, para decirlo a lo Tocqueville. Y si la misión de estas páginas no fuera otra habría que detenerse morosamente - y con amor, bien entendido - en la consideración, por su carácter ejemplar, de ese "resultado" histórico. Pero no hay que engañarse: el problema es común, aún en condiciones más atenuadas y menos peligrosas.

d) La quiebra del sistema

La quiebra de la combinación bipartidista tradicional que acompaña al ocaso del sistema tradicional de la hacienda es el resultado de la transformación profunda antes reseñada, es la consecuencia de la aparición de las nuevas clases medias - urbanas y en parte rurales -, es el derivado de la confusa descomposición ideológica que acompaña o se mezcla con esos mismos fenómenos. Es el producto de la incapacidad de llenar un hueco político con los partidos de masas que demanda la edad, imposible ya de controlar por los partidos de notables, no obstante su experiencia y - para qué dudarlo - a pesar de sus mejores intenciones. Es el fruto de las condiciones que se han dado - voluntarias o fatales - para la formación de una nueva clase política y de la clase dirigente que requiere - lo desee o no - como su apoyo y guía.

Sería injusto en el plano de un riguroso análisis intelectual no reconocer las dificultades que opone la realidad. No es cosa de examinarlas todas. Ceñidos tan sólo a los problemas de adaptación de todos los sistemas bipartidistas tradicionales, será bueno recordar lo que nos enseña uno de los mejores conocedores del problema: Maurice Durverger. Sólo hay un caso ejemplar de la transformación oportuna, a su tiempo, de la oposición tradicional - naturalmente europea también - entre liberales y conservadores. Se trata de Inglaterra, siempre en lo político - las más de las veces - de igual ejemplaridad. En ella se cumple de manera cabal el paso necesario de un "bipartisme du XIXeme siècle" ya caduco al "bipartisme du XXeme siècle".

/Pero el

Pero el mecanismo 76/ social que produjo ese resultado no dejó de influir también por otras partes, aunque no con iguales resultados. Ahora bien, ese es el mecanismo que, sin necesidad de reproducir punto por punto todos sus caracteres, no pudo darse en América Latina, por la indisciplina y confusión ideológica de sus movimientos llamados de izquierda - arriba aludidos -, por la multiplicidad de partidos a que dio lugar y por el peso de algunas personalidades de campanario ciertamente entusiastas, pero con "certa confusione nella testa". El sociólogo - mientras trata de explicar - no pretende dar recetas salvadoras para el futuro. Algunos, como R. Aron entre otros, han visto en las consecuencias de esta tardía situación algunas dificultades de la democracia latinoamericana y que pueden llevarle a emparejarla con la democracia constitucional francesa o italiana - no de la española por el momento -, que en su estructura parlamentaria tiene el peligro de ver flanqueados, por extremismos inconformes con el "régimen", el centro mantenedor del proceso democrático tradicional. La situación parece lejana todavía, pero no sobra la advertencia.

76/ ¿Cómo no transcribir, en méritos de su precisión conceptual, las palabras del propio Duverger? "Au XIX siècle, en Europe Occidentale, l'opposition des partis conservateurs et des partis libéraux a reflété un conflit de classe entre l'aristocratie et la bourgeoisie, dont l'analyse marxiste a donné une description convenable. Une tendance au bipartisme s'est ainsi manifestée clairement. Dans la deuxième moitié du siècle, le developpement industriel et la croissance du prolétariat engendrent une troisième force politico-sociale, qui s'incarne dans les partis socialistes. Le bipartisme précédent tend alors à se transformer en tripartisme. Ce phénomène est observable à l'état pur en Grande Bretagne, en Belgique, en Australie, en Nouvelle Zelande. Ailleurs, d'autres éléments interfèrent avec lui, mais sa trace demeure nettement perceptible" (Maurice Duverger "Sociologie des partis politiques" Gurtbitch (Ed.); en Traité de Sociologie, Paris, 1960, p.38). Y añade luego, sin que pueda insistir en todas las nuances: "Mais au fur et à mesure que la démocratie politique s'établit, qu'elle devient un régime installé, qu'un retour offensif du système aristocratique apparait de moins en moins possible, l'opposition des conservateurs et des libéraux perd progressivement sa signification ..." (Ibid., p.39). Estas u otras ideas del profesor francés pueden ser discutibles; impertinencia sería intentarlo aquí. Pero no parece que nadie dude que son excelente punto de apoyo para el examen que llevamos entre manos: el de la declinación de la vieja estructura bipartidista en América Latina.

/e) El

e) El vacío político y la crisis de legitimidad

El hueco de la estructura de poder que mantiene todavía la inadecuada transformación de los partidos políticos históricos que forjó en su momento - y con acierto - el sistema de la hacienda es un vacío gravísimo porque deja en el aire - sin sustancia - las raíces de la legitimidad. Un regimen para ser creador - no para mantenerse más o menos tiempo - ha de ser, se ha dicho repetidamente (desde Aristóteles a Max Weber y por todos los "maquiavelistas" sin excepción), a la par legítimo y eficaz. Pero si mucho se aprieta es más importante lo primero que lo segundo. No es imposible que las viejas clases - las oligarquías de otrora - sean capaces de ganar una nueva legalidad si se esfuerzan por modificar a la altura de los tiempos "su fórmula" política. Un viejo liberal no puede nunca desear - sin negarse a sí mismo - la liquidación de nadie; y un aprendiz de sociólogo sabe por añadidura el importante papel que las "capas protectoras" en el sentido shumpeteriano,[77/] desempeñaron en momentos de transformación histórica. Pero si esa voluntad de transformación no existe, no hay lamento posible sino la resignación religiosa de que a veces Dios, en sus designios inescrutables, puede cegar precisamente a aquellos a quienes quiere perder.

El vacío de poder dejado por el declive de la oligarquía secular - menos, claro es, allí donde se llenó de repente por un hecho revolucionario - tratan de colmarlo con esfuerzo pacífico las nuevas organizaciones - quizá con excesivos tropiezos y tanteos - de las fuerzas productivas más importantes (no sobran unas gotas de saintsimonismo) de las modernas sociedades industriales.

f) Digresión sobre los militares

Pero a contrapelo precisamente de saintsimonianos y spencerianos, un hecho contemporáneo en América Latina y otras partes pone a dura prueba la exactitud de sus profecías: el predominio de los militares. El hecho, muy delicado, es por añadidura en extremo complejo, y nacional e internacional al mismo tiempo. Las tensiones de la era atómica - aunque sólo sea y ojalá para siempre pura guerra fría de nervios no por cierto congelados -

---

77/ J.A. Shumpeter, Capitalism, Socialism and Democracy, 1947, p.134. Véase asimismo Carl Brinkman,"Die Aristokratie in Kapitalistichen Zeitalter" en Wirtschaftformen und Lebensformen 1950, p.33.

justifican el problema en todo lo que se deriva del campo internacional. En la esfera nacional dos hechos contrapuestos hacen asimismo comprensible la aparición del fenómeno, pues se trata de viejas potencias que no pueden humanamente, de la noche a la mañana, adaptarse a las nuevas circunstancias y modificar dentro de ellas el papel de sus fuerzas armadas cargadas de viejas glorias, o de nuevos países que - en la dificilmente improvisable gestación de su nacionalidad - tienen que acudir al ejército como su más elemental fundamento de aglutinación. Nada tiene por eso de particular que ese sistema haya podido concentrar - más allá de toda pasión política - el interés más vivo de abundantes cultivadores de las ciencias humanas y sociales.[78/]

Casi sobra declarar que de ese tema sólo nos interesa lo que a América Latina se refiere, y por cierto en un aspecto muy limitado, tal como lo exige nuestro problema principal. Dicho en otra forma, esta digresión sobre los militares en la política latinoamericana sólo pretende un mínimo de comprensión sobre ciertos puntos esenciales.[79/]

Alguien pudiera decirnos que desde 1960 el libro bien intencionado de Edwin Lieuwen [80/] da suficiente pasto para extensos comentarios. Se presta sin embargo a que los mismos no resulten concordantes [81/] y aunque desde luego añadió más de una brasa al "dolorido sentir" de los progresistas latinoamericanos, aconteceres recientes de estos últimos tiempos no dejan

---

78/ Basta consignar la casi simultánea aparición de dos números extraordinarios dedicados a esta materia por parte de dos competentes revistas sociológicas. En los Archives Européennes de Sociologie (tomo II, No.1, 1961) se han publicado con el título "Le sabre et la loi". Por su parte, la Revue Française de Sociologie (Vol.II, abril-junio 1961) aparece con el título igualmente especial de "Guerre - Armée - Société". Ambas revistas ofrecen una copiosa literatura universal sobre el tema, incluyendo la más reciente e interesantísima norteamericana.

79/ No hago uso por eso del artículo antes citado de Germani y Silvert, u otros trabajos semejantes, casi todos coetáneos, de nacionales o extranjeros.

80/ Arms and Politics in Latin America, 1960. Otro libro en proyecto, editado por John J. Johnson, expresa en su anunciado título una muy justa ampliación del mismo tema: The role of the military in underdeveloped countries.

81/ Un ejemplo de algunas diferencias de matices en su apreciación es la doble reseña de su publicación aparecida en el No.1 de la importante revista mexicana Foro Internacional, julio-septiembre de 1960.

/de atenuar

de atenuar esos sonrojos aunque sólo sea con el pobre argumento de que en todas partes cuecen habas.

Ahora bien ese intento de comprensión programáticamente anunciado parte de la base del hecho - repetido, por necesidad, casi ad nauseam - del vacío de poder originado en el ocaso de la secular estructura social de América Latina. Todo vacío de poder invita automática y energicamente a una toma de posesión y sería muy comprensible desde el punto de vista humano que si los químicos, los arquitectos o los apacibles helenistas dispusieran de obedientes seguidores entendidos en el uso de las ametralladoras no dudaran, con la implantación de su gobierno, de forzar la aquiescencia general en sus interesantes disciplinas. Pero no se trata de esto, aunque contenga algo más que la apariencia de una broma inocente. No siempre estamos frente a frente a un desnudo afán de poder.

En nuestra fase romántica el caudillo de las luchas civiles o internacionales era en realidad un hacendado con jarreteras y bien empuñado sable, seguido por improvisadas huestas, que como en el caso de Paez acabaron por constituir un aguerrido cuerpo de lanceros. Pero hoy estamos en una época menos heróica de supuesta apacibilidad económica, y los militares que aquí o allá se apoderan del poder o influyen en sus decisiones no son improvisados guerreros de la montaña o el llano, sino por lo comun "oficiales" profesionales que entregaron algunos años a estudios de riguroso carácter técnico. Por añadidura - y apenas existen excepciones - ya no proceden de la aristocracia hacendaria, sino que son hijos modestos de laboriosas familias de clase media.

¿Qué es lo ocurrido, al menos en un buen número de casos? Sin entrar a fondo en la cuestión - y nadie sospeche tampoco excusas o apologías -, importa declarar que el militar profesional - y se sobreentiende en el caso su calidad - se distingue por dos notas muy precisas de su educación. Es por lo pronto el único profesional que ha sido educado dentro de una visión patriótica. Geografía e historia, mitos heróicos y virtudes de sacrificio y disciplina convergen en formar una idea de la patria como un todo. Intereses particulares existen, claro está, como en cualquier otro grupo humano. Pero, sentimental o realista, su visión de conjunto del estado es la de una entidad que no sólo hay que mantener y engrandecer cuanto sea

posible con el esfuerzo de todos, sino que exige el sacrificio de la vida a tenor de una vieja tradición milenaria.

Por otra parte, el militar profesional de nuestros días recibe - mejor o peor - una formación de carácter técnico que lo contagia facilmente con las tendencias tecnocráticas de nuestra edad. Pero si en los países dominantes esas probabilidades tecnocráticas tienen empleo inmediato en las exigencias de su propia profesión, en los países marginales - en que por fortuna ningún conflicto mortal amenaza entre vecinos y así sea por muchos años - esas apetencias quedan, por decirlo así, en flotante disponibilidad.

Social y psicologicamente esas dos notas en la formación del militar pesan decididamente en su interés por la política, muy en particular en los mal llamados "países subdesarrollados". Ese mismo título es ya un estigma que entra en el complejo de apetencia y grandeza que tortura el ánimo del oficial de carrera en igual medida que a otros profesionales.

Ocurre entonces, en circunstancias desgraciadas de una política inerte y sin nervio, que el oficial de carrera puede sentirse capaz de vencer los dos pecados fundamentales que son los culpables de la frustración. La vieja oligarquía conserva, a no dudarlo, ciertas capacidades de mando y una idea de la unidad nacional, pero sus intereses particulares pesan quizás demasiado para permitirle actuar con eficacia; las nuevas izquierdas, no sólo por la urgencia de sus impostergables problemas cotidianos, sino por su misma formación y sus ensueños idealistas, suelen ser muy pobres en las concepciones de la legitimidad nacional en su conjunto y escasas en sus instintos de poder y de mando. Lo veía Max Weber allá por 1895, como antes se dijo, y no es de extrañar que algunos alemanes de gran inteligencia y de todo color creyeran ante la inminente catástrofe nazi que una dictadura militar - a la romana - hubiera salvado a la república de Weimar de sus inconciliables tensiones.

Los oficiales profesionales - hombres de clase media - pueden entonces pensar que su tarea de impulsar el desarrollo y aumentar por tanto la grandeza nacional tiene que tener como supuestos esenciales fundamentar la legitimidad caduca y aumentar la eficacia en entredicho.

/Quien haya

Quien haya pasado durante algún tiempo - como el autor de estas líneas - por la experiencia de las inquietudes de una juventud militar - entre libros y contactos personales - no tendrá dudas sobre el asunto. Y recordará, quizá admirativamente, en qué forma la "disponibilidad tecnológica" de algunos oficiales se vertía con todo entusiasmo, allá en la frontera de la selva santacruzana, en la organización de los Regimientos Coloniales.

Por una ironía de la historia ese intento militar suele ser siempre fallido. Olvidemos los casos de corrupción. Se trata de una ley más complicada, pues resulta que, como resultado de su acción y al cabo de algún tiempo, la legitimidad que generosamente trataban de apuntalar se deteriora al contrario sin remedio, y apenas se gana nada en la eficacia buscada, porque la técnica moderna, enormemente complicada, exige compromisos, programas y cooperaciones mancomunadas que no consigue en un sólo día la voz de mando mejor intencionada.

La experiencia recordará de nuevo, una y otra vez, que no hay propiamente estado sin la primacía del poder civil. Pero tampoco es posible prescindir por ahora de la integradora y honrosa función del poder militar. Mientras tanto, a la capacidad de visión de las nuevas clases dirigentes corresponde dar soluciones prácticas y humanas al grupo social que constituyen los hombres de las fuerzas armadas de un país. Como en otras cuestiones, importa la educación - una educación al nivel de nuestro tiempo -, pero también el arte de dar salida a sus innegables "disponibilidades de creación".

3. Las nuevas masas y la atracción demagógica

Al lado de los denominados "sectores medios", activos ya hace tiempo en el campo político latinoamericano a través de sus partidos - defectuosos como son - y de sus grupos de intereses (dejemos de lado la horrenda traducción literal del adjetivo físico de la presión), gran parte de las fuerzas obreras se encuentran también organizadas a pesar de que la acción sindical ha tropezado hasta ahora - lamentable error - con más obstáculos que facilidades. Pero estas fuerzas obreras organizadas, encuadradas con disciplina por sus objetivos de mejora económica y de participación política, con predominio a veces de éstos frente a los primeros en los momentos iniciales de su actividad, constituyen todavía una capa aristocrática y, por decirlo así, privilegiada dentro del proletariado.

/a) Las

a) Las poblaciones expelidas y su desarraigo

¿Qué ocurre, en cambio, con las nuevas masas que "expelidas" por la miseria del agro o por modificaciones ocasionales de sus relaciones de producción se agrupan en las ciudades o marchan a engrosar al proletariado rural de las nuevas explotaciones de tipo moderno? Propios y extraños señalan y lamentan cómo en Lima o en Río, en Santiago o en México, se extienden como hongos las miserables poblaciones marginales, conocidas en unas y otras partes con distintos nombres que ya han perdido carácter local al generalizarse su conocimiento. Pero también están dentro del mismo campo los desplazados aquí o allá por los "cultivos especulativos" o los que atraen las ventajas de las grandes empresas de exportación. Cura y preocupación de la política social es combatir el cúmulo de problemas personales que esas gentes presentan en sus éxodos y en su temporal "desajuste". Lo que aquí interesa ahora es otra cosa: el problema de su integración política o, si se quiere, de los peligros que implica su situación para el buen funcionamiento de la democracia en los peculiares momentos del actual desarrollo económico.

Pero claro está, y casi huelga decirlo, el razonamiento que sigue sólo tiene validez para el creyente o partidario de la democracia liberal. En efecto, el problema que se plantea es el de que la situación de tales masas constituye campo abonado para las decisiones extremistas, con la sorpresa en este caso de que el extremismo de que se trata está muy lejos de tener un solo color, y puede ser tanto de la derecha como de la izquierda. Dentro de una literatura creciente día a día sobre el tema suele incluso hablarse del "autoritarismo" de la clase obrera, término cuyos orígenes no es cosa ahora de perseguir y que, sea correcto o incorrecto, no deja de arrojar alguna luz sobre algunas perplejidades del atónito hombre contemporáneo, siempre que no trate de olvidar demasiado pronto algunas de sus más vivas experiencias. Pero vayamos por partes.

El moderno proletariado industrial organizado - como demuestra su ya copiosa historia política y sindical - no lo compone por lo común y en modo alguno el hombre de derecha, más naturalmente en Europa que en Norteamérica.

/Es cierto

Es cierto que algunos grupos obreros norteamericanos votan con buena conciencia por el partido republicano - por condiciones peculiares de ese país fácilmente explicables - o para poner un ejemplo más reciente o sin duda menos habitual: no deja de inquietar - intelectualmente, se entiende - a algunos observadores ingleses el voto tory de una supuesta new working class. Con todo, es de suyo evidente que el proletariado tiende de por sí a ser "progresista" más bien que conservador. Ahora bien, no se trata sólo de esto, sino de la constancia y relativa "previsibilidad" de esas preferencias del mundo del trabajo.

Pero obsérvese que tal cosa ocurre en circunstancias normales, dentro de las cuales no es menos normal el izquierdismo de ciertas gentes, como es, aparte del obrero, el de la mayoría de los intelectuales. Y esa conducta previsible es, sociologicamente hablando, plenamente racional.

Sin embargo, cuando esas circunstancias normales dejan de ofrecerse - inseguridad económica, trastornos inflacionarios, desocupación abundante, quiebra de los planes de vida, períodos de guerra, etc., etc., - la previsibilidad de todas las conductas empieza a hacerse oscura y problemática.

Lo irracional se convierte en una posibilidad sociológica. Las experiencias europeas durante los años en que se propagan los "fascismos" y otras inquietudes del más vario color - los extraños movimientos agrarios de algunos pueblos de la Europa oriental - son ejemplo de parejas situaciones que todavía no se interpretan a fondo en toda su variada complicación. Pero si tal aconteció con grupos y masas que ya habían conocido algunos años de estabilidad y que encuadraban muchas veces poderosas organizaciones educativas y culturales a la par que de lucha política y económica, ¿cuál puede ser la situación de numerosas masas - auténticamente tales - que disuelven en la suma de su desarraigo el tenue humus de su pasado cultural?

b) Las "situaciones de masa"

No es cosa de entrar ahora en el confuso y complicado tema de la sociedad de masas,[82/] claveteado además por las ideas fijas de algunas actitudes

82/ El autor de estas líneas trató de poner algún orden en tan espinoso tema en un cursillo dado en la Universidad de Córdoba y del que aparece un fragmento en el tomo de septiembre-diciembre (Año 1, Nos. 4-5) de la Revista de la Universidad Nacional de Córdoba dedicado como extraordinario a "La Sociedad de Masas". Me interesa resaltar dentro del contexto de estas líneas el interesante libro de W. Kornhauser, Politics of Mass Society, 1959.

/polémicas. Pero

polémicas. Pero es necesario recordar algunos puntos esenciales. No discutamos la existencia - negada por algunos - de una supuesta sociedad de masas, que aunque es útil para ciertos propósitos - de crítica cultural sobre todo - constituye, a no dudarlo, una categoría sociológica demasiado general para ciertos fines de investigación empírica muy concreta, de naturaleza política entre otros. Conviene en cambio utilizar la categoría más precisa de "situaciones de masa", para explicar algunos fenómenos psicosociales de la denominada "conducta colectiva".

Pues bien, esas poblaciones "expelidas" del medio social tradicional de América Latina, y que se agrupan sobre todo en las "callampas" y "favelas" de sus grandes urbes, constituyen el caso típico de una condición generadora de "situaciones de masa". Es decir - y precisa marchar a la carrera -, constituyen condiciones en que se dan todas y cada una de las características de las mencionadas situaciones: congestionamiento, que quizá dilata la sensación de poder; comunidad de destino, hecho de aspiraciones incumplidas, de frustraciones cotidianas y de un sentimiento de inseguridad; conciencia en fin de la distancia que separa sus modos de vida de la de los más afortunados seres que los rodean. ¿Cuál es la conducta política que esperamos de esos grupos en tales circunstancias? O dicho en otra forma: ¿Es <u>previsible</u> el sentido y orientación de esa conducta? En algún otro escrito, y también en forma apresurada, se llamó la atención sobre la seriedad de la situación descrita en los países latinoamericanos en trance actual de desarrollo económico.[83/]

Porque el verdadero enigma - no importa la insistencia - reside en lo <u>dudoso</u> de todo intento de previsión. Seymour Martin Lipset, miembro - por ahora - del grupo californiano, uno de los más interesantes de la actual sociología norteamericana, es en parte el responsable de haber fletado el tema y de haber acuñado en idioma inglés la problemática antes referida del "autoritarismo obrero" *. Conviene apoyarse algunos momentos en sus palabras que, claro es, ni para él mismo pretenden tener carácter dogmático. Y

83/ Su título "Las relaciones entre las instituciones sociales y las económicas. Un modelo teórico para América Latina", <u>Boletín Económico para América Latina</u>, vol. VI, N° 1, marzo de 1962, p. 37, no deja de ser algo tremebundo, pero así lo impusieron circunstancias contingentes, con perjuicio quizás de la modesta finalidad de sus propósitos.

* Véase, como examen crítico, el artículo de Miller y Riessman, "Working-class Authoritarianism: a critique of Lipset" en <u>The British Journal of Sociology</u>, Septiembre de 1961, así como la réplica del propio Lipset en el mismo número.

/haciendo sólo

haciendo sólo uso de algunas notas. La situación social de las clases sociales más bajas - en modo alguno identificadas con el lumpen proletariat en sentido marxista - se caracteriza por su pobre educación, por la participación escasa en organizaciones voluntarias de todo tipo, por su poca lectura, por el aislamiento de sus ocupaciones, por su inseguridad económica, y por el carácter autoritario de la estructura familiar.[84/]

Saltando quizá en forma indebida, sobre ciertos enlaces analíticos tenemos: a) una elevada correlación de esas características con actitudes antidemocráticas; b) una tendencia hacia el autoritarismo que está vinculado con su relativa falta de seguridad tanto económica como psicológica; y en consecuencia, c) una predisposición en favor de movimientos "extremistas" - políticos, se entiende, pero no siempre unicamente de ese carácter - que en ciertas condiciones puede transformarse en su contrario, es decir en una total "apatía" política.

Sin embargo el propio Lipset propone una hipótesis, de singular trascendencia - para el demócrata desde luego - y que es necesario comprobar en diversas circunstancias. La hipótesis es ésta en su tenor literal: "La proposición de que la ausencia de un marco de referencia rico y complejo es la variable vital que vincula un bajo status con la predisposición al extremismo no requiere que las capas sociales más bajas tengan que ser por necesidad autoritarias; implica que, permaneciendo iguales las demás circunstancias, se decidirán en fin de cuentas por la alternativa menos compleja".[85/] Lo que quiere decir que cuando el extremismo representa esa alternativa de mayor complejidad, esos grupos se inclinarán más bien por oponerse a esos movimientos y partidos.

c) La persistencia de la imagen paternalista

Al igual que en otros momentos, está fuera de nuestras intenciones iniciar discusión alguna de las tesis de Lipset, o de otros que le acompañan en ellas. Basta con reconocer para su mérito que se atrevió a plantear un problema

---

84/ Véase Political man, 1959, p. 109. El subrayado es nuestro.

85/ El subrayado es nuestro. La traducción es literal como arriba se dice y algo difícil, dada la obstinada insistencia de la joven sociología norteamericana por expresarse en una jerga que dificulta - por desgracia para todos - la necesaria universalización.

/- desconcertante en

- desconcertante en su apariencia - que no sólo tiene independiente valor teórico, sino que importa en extremo para estimular la meditación de los estudiosos latinoamericanos de estos azarosos días.[86/] Retornemos de nuevo al tantas veces citado estudio de Wagley, pues nunca cansa la precisión y la claridad. Lo mismo los obreros de las plantaciones mecanizadas, que los congestionados vecinos de las "favelas", son gentes desarraigadas, separadas ya por más o menos tiempo de sus modos tradicionales de vida. Ahora bien, recordemos que uno de los elementos esenciales de esos modos de vida ya perdidos es la imagen - casi mítica - del patrão. Por lo tanto, en las "situaciones de masa" en que viven esas gentes, puede ser que el sentimiento más poderoso sea la nostalgia por semejante patrón. Mas ese patrón puede tomar y toma en nuestros tiempos la figura apasionante del demagogo, de manera que, aunque las clases populares brasileñas sigan siendo católicas y tengan escasa orientación internacional "pueden facilmente verse arrastradas por nuevos líderes carismáticos en la medida que continúe la gravedad de su situación; pueden ser facilmente vulnerables a influencias extremistas".[87/] Lo que vale para el Brasil rige también para otros países. Y esos extremismos lo mismo pueden ser de derecha que de izquierda.

d) Los partidos populistas

Si las clases dirigentes no se ocupan seriamente del problema - y no se trata tan sólo de medidas paliativas de asistencia social - el mayor peligro de América Latina está en el posible florecer de partidos "populistas". Peligro sobre todo para el desarrollo económico, pues - como se ha sostenido en otra ocasión - tales partidos, cualquiera que sea su humana generosidad, son desde el punto de vista técnico tan erráticos e improvisadores que llevan en su seno la esencia misma de la ineficacia.

86/ Dentro de esa inspiración, Glaucio Ary Dillon Soares acaba de publicar un artículo (Boletín del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales, Año IV - N°2), con interesante aplicación a la realidad brasileña de la problemática antes esbozada. Anuncia una segunda parte. Aunque cuajado de tablas y computaciones - muy interesantes por sí mismas -, el artículo adolece quizá de la dolencia de la más joven investigación sociológica: que la profusión de los árboles oscurece la visión clara del bosque. En la Argentina Gino Germani tuvo que tomar el toro por los cuernos - lo que fue y significó el peronismo - y por lo tanto abundan en su libro, que está dentro también de la dirección bosquejada, no sólo interpretaciones ingeniosas - no siempre indiscutibles, naturalmente -, sino cuadros importantes de sociología electoral argentina, que es realmente una pena no poder transcribir y comentar por lo largo. (Véase, Política e Massa, Ediçoes da Revista Brasileira de Estudos Políticos, Universidad de Minas Gerais, 1960.)

87/ Wagley, op.cit., p. 214.

/Cómo incorporar

Cómo incorporar esas masas desarraigadas a una vida política nacional responsable, es cosa que debemos abandonar por ahora a mejores consejeros. No sabemos si la ciencia política cuenta ya con los doctores que sabrán responder a la pregunta. Una solución es posible y con éxito quizá "a la corta": panem et circenses. Pero a la larga sus actuales sustitutos - tortillas y cine barato - no pueden menos de estar cargados de peligros. El desarrollo económico, cierto, exige sacrificios pero también muestras tangibles que mantengan día a día las esperanzas de los hombres, de sus sufridos e irremplazables soportes. En la reunión en México del Grupo de Trabajo sobre los Aspectos Sociales del Desarrollo Económico en América Latina en diciembre de 1960 fue ésta una preocupación unánime y esencial. Aunque se expresó de diversas maneras, conviene sobre todo recordar esta opinión: "Adoptar una política de asignación de inversiones tal, que la producción de bienes para asalariados aumente con mayor rapidez que la producción de otros bienes de consumo y servicios".[88/] Un gran político puertorriqueño tenía como lema para los suyos la expresión esforzada de "halda arriba". Nadie pretende que otros dirigentes de distintos países acepten como suya la sabrosa expresión boricua, pero sí que realicen en alguna forma su sentido: el desarrollo económico es una marcha cuesta arriba, siempre penosa. Sin embargo, puede lograrse con éxito si los que emprenden juntos la esforzada ascensión son capaces de cuando en cuando, al mirar en torno, de reconocer y de disfrutar los resultados tangibles ganados de esa forma, paso a paso.

C. LA IDEOLOGIA DEL DESARROLLO Y LOS NUEVOS PARTIDOS

A las alturas de este trabajo conviene mantener la esperanza - para bien del autor y de sus posibles y desconocidos lectores - de que en el cañamazo de su factura se ha conservado con alguna claridad la trama del dibujo de su idea central. Sin embargo, como no conviene ilusionarse, será bueno buscar el enlace con lo que ha de seguir mediante un apretado recordatorio de los pasos ya dados hasta aquí. La ocasión impuso el tema de los aspectos sociales del desarrollo económico; pero como los modos de su tratamiento son muy diversos, su selección tuvo que estar dictada por las preferencias - informaciones e ignorancias a la par - de quien esto escribe. Poco preparado en materia de

88/ Véase letra (a) del punto 11 en las Recomendaciones del Economista, en el informe del Grupo, Boletín Económico de América Latina, vol VI, N°1, marzo de 1961, p. 62.

/asistencia o

asistencia o política social, se hubiera inclinado por vocación a las cuestiones más teóricas de la sociología, pero algo ha dicho ya sobre ellas - poco ciertamente - y a las mismas espera volver en otro momento con renovado empuje. Algunas contingencias - la vida siempre es azar -, y quizá el "vicio impune" de la curiosidad intelectual, le hicieron preferir en este caso la línea histórica, aunque fuera - como no podría ser menos - en extremo delgada y provisional. ¿Cuál ha sido en la accidentada historia de la América Hispana - perdón, de América Latina - el meollo esencial de sus peripecias político-sociales? Convenía de esa suerte relatar lo que ha sido el origen y el ocaso del sistema de la hacienda, como la estructura fundamental cuyo movimiento se acompaña de otros acontecimientos no menos esenciales, atrayéndolos o irradiándolos, según el caso.

En las primeras décadas del siglo XX el declive descendente del viejo sistema se encuentra con otras fuerzas ahora ascensionales que pugnan por su total transformación. Años más tarde, en medio de una complicada constelación internacional, se produce por la faz entera de América Latina una nueva y radical "toma de conciencia", que tiene como principal impulso la enérgica aspiración a su desarrollo económico y que coincide, por así decir, con el comienzo de su edad plenamente adulta. La insistencia - frente a algunas opiniones - sobre el verdadero y profundo carácter anímico de esa prise de conscience - el surgir de un nuevo "nivel de aspiración" en el lenguaje de los modernos psicólogos - pone de pronto en singular relieve la naturaleza política de la poderosa palanca que ha de completar en nuestros días la transformación de América Latina. Pues acontece, en efecto, que el régimen político de partidos, heredado de la vieja estructura agraria de la región, está hoy día tan caduco como el sistema de la hacienda de que brota. Los observadores extranjeros suelen a veces describir como una manía latinoamericana lo que ellos juzgan como preferencia - entre mágica y enfermiza - por unas u otras formas del "dirigismo" estatal. No se trata de eso en realidad. Se trata más bien de que estamos en los albores de la formación de nuevas clases dirigentes, de otra "clase política" que sea a la par tan enérgica como moderna.

/En los

En los últimos años transcurridos - ciego será quien no lo vea - se ha producido una intensa acumulación de saber económico - en la teoría y en la práctica - que da a las aspiraciones de desarrollo los instrumentos rigurosos que permiten el paso del vago deseo a la fecunda realización. No es el desarrollo económico - avergüenza casi declararlo - el único problema de una nación, pero sí una de esas cuestiones "privilegiadas" en el mundo de hoy, en torno de las cuales se posan como en enjambre otras al parecer muy lejanas y no menos importantes. El desarrollo postula en todo caso la exigencia de una programación, de una clara ordenación, en una palabra, de fines y medios, de metas e instrumentos. Esa proporción puede ser muy distinta, pero es evidente que los nuevos partidos que exige el naciente y futuro sistema de América Latina sólo pueden tener su razón de ser, su justificación práctica, a tenor de los contenidos precisos que propongan - unos u otros - relativos a esa programación. Y sólo se sostendrá en lo futuro como auténtica clase dirigente aquella que posea un conjunto de ideas claras sobre semejante problema. De todo esto y en marcha apresurada tratarán de decir algunas cosas - incitantes quizá nada más - las páginas finales de este escrito.

1. ¿Existe una sola fórmula de desarrollo?

Un economista francés encabezaba no hace mucho un interesante artículo [89/] con una frase tan ingeniosa como exacta: "Après avoir exporté ses valeurs,

---

89/ Jacques Austruy, "Existe-t-il un mode obligé de croissance?", Revue d'Economie Politique, enero-febrero 1961. El autor se apoya en la frase de otro colega, D. Villey, que no resisto la tentación de transcribir: "En somme les Américains et nous autres Européens nous sommes les fils ainés de l'histoire, et nos cadets se révèlent furieusement atteints d'un complexe très à la mode: le complexe d'envie du frère puiné. Et le père de famille se demande alors s'il ne doit pas mettre des pantalons longs aux enfants au berceau pour les guérir de leur complexe. Mais le père de famille a lui aussi son complexe. Il est hanté par le besoin que les pays arriérés se mettent à imiter son propre genre de vie. Si bien que les "backward countries" se trouvent en mesure de pratiquer ce qu'on appelle outre-Atlantique le "back seat driving" et qui consiste à conduire une automobile quoique assis sur le siège arrière par les conseils que l'on prodigue à celui qui tient le volant". (Véase número citado de la revista, p. 82.) Quizá convenga advertir dos cosas: que el complejo es común a unos y a otros - este y oeste -, todos "occidentales" en definitiva. Y que los latinoamericanos, con toda modestia, hicieron lo posible en muchos casos por liberarse de semejante complejo. (Véase A.O. Hirschmann (Ed.), Latin American Issues, Essays and Comments pp. 12 a 23.)

/l'occident exporte

l'occident exporte aujourd'hui ses complexes. Inquiet de ne plus être suivi, il veut en effet être imité". Sin embargo, conviene ahora evadir, aún para los amantes de Gracián, el peligroso señuelo de esa sutileza. Interesa, por el contrario, insistir con toda energía en la comunidad de opinión con la tesis central que ese artículo encierra, aunque aparezca en su título a modo de interrogante. La historia de convicción semejante sería larga de contar, y su relato materia de copioso volumen, que no se ha de escribir ahora ni posiblemente nunca. A algunos de sus componentes se habrá de volver en forma abreviada. Por ahora se nos habrá de perdonar el bosquejo de algunas de las líneas generales del mencionado relato, que no están escritas - importa repetir con todo ahinco - para un público de economistas. En efecto, todo aquél que por equis motivos - sea de simple curiosidad o por obligación profesional - haya tenido que manejar por algún tiempo la bibliografía cada vez más abundante sobre el desarrollo económico, se ha visto precisado a seguir sucesivamente o en zig-zag una de estas tres rutas:

a) la de la teoría económica estricta sobre ese desarrollo, desde los padres venerables de la ciencia económica hasta los más modernos constructores post-keynesianos de unos y otros modelos - Harrod, Domar y otros dificultosos econometristas - pasando por las diversas teorías faseológicas del pensamiento tudesco;

b) la ruta de la experiencia histórica, acumulada por el saber de profesionales de uno u otro tipo, historiadores generales, lo mismo que de la economía o los más modernos del acontecer social (los nombres - huelga toda cita - son tan ilustres como numerosos),o

c) la ruta por fin de las tipologías modernas, entre cuyos autores descuella ahora entre los más citados W. Rostow y una abundante serie de contradictores, desde los más suaves como R. Aron hasta los más virulentos y dogmáticos - es natural - como P.A. Baran.

Quien como "amateur" haya hecho esa experiencia sale convencido de que los consejos de la teoría y de la historia son muy variados, pero también de que se dispone de un rico "repertorio instrumental" que será seguramente eficaz según la operación de que se trate. Las orientaciones

/de los

de los clásicos - y su preocupación esencial no era precisamente el tema del desarrollo tomado a la letra - caen o se levantan con la validez de sus doctrinas generales. Los historiadores de la economía muestran la extraordinaria variedad de circunstancias en que se dio el crecimiento de estos o los otros países: la espontaneidad creadora de algunos industriales particulares, la influencia del estado en otros, la aportación del sistema bancario en los de más allá y el distinto papel en el "despegue" de los más variados sectores industriales - textiles o sederías, centros metalúrgicos o explotaciones forestales, ferrocarriles o empresas navieras, etc. - o una peculiar combinación de unos y otros.

Por otra parte, ¿cómo dudar de la sutileza intelectual de las más modernas concepciones económicas y de los avances en la "racionalidad" - previsibilidad y capacidad de cálculo - de los últimos procedimientos técnicos de la planeación y programación? Ante los denominados modelos, que el sociólogo sólo objeta desde ciertos puntos de vista, cabe decir en todo caso 90/ lo que el profesor Austruy declara, para seguir el impulso de su inicial inspiración: "Ils offrent un raccourci de certaines relations intéressantes a partir d'hypothèses convenablement choisies. Ils ne permettent, en aucun cas, de determiner concretement des criteres économiques valables de rationalité de l'investissement".

90/ Pensando, insistimos, en un público de no economistas, conviene hacer aquí algunas brevísimas indicaciones bibliográficas con fines de iniciación: a) para la historia de las teorías económicas del desarrollo, pueden ser muy útiles las siguientes obras: B.F. Hoselitz (Ed.), Theories of Economic Growth 1960; G.M. Meir y R.F. Baldwin, Economic Development, 1957, parte 1; Benjamín Higgins, Economic Development, 1959, parte 2 y Celso Furtado, Desenvolvimento e Subdesenvolvimento, Río de Janeiro, 1961; b) para un aperçu histórico del desarrollo económico de diversos países nada hay mejor que los admirables cursos de André Philip, Cours d'Economie et Politiques Sociales, pronunciados en años sucesivos, y c) para la moderna "tipología" el libro de W. Rostow, The Stages of Economic Growth, 1960. (La más incisiva de sus críticas - la de P.H. Baran y E.J. Hobsbawn - se encuentra en el vol. XVI, 1961, Fas. 2 de la revista Kyklos.)

/Alusión a

Alusión a esta última proposición se hizo ya en las primeras páginas de este estudio sin que se pretenda afirmar - quizá sea discutible - su rigurosa exactitud. La objeción fundamental del sociólogo se refiere sin embargo al problema de la mencionada "hipótesis". Lo inverosímil para el que haya realizado con cuidado la excursión anterior es la insistencia con que hoy se ofrecen - simplificados claro es - como los dos únicos modelos posibles el soviético y el denominado "occidental". (El primero es en realidad - manes de Marx y de Engels, excelentes tudescos, o de Saint-Simon y Fourier, innegables franceses, y de otros italianos, anglosajones y rusos - tan occidental como el segundo. Viejo patrimonio común para bien o para mal.) Sólo circunstancias del momento explican esa miopía de interés, cuando no hay nada más apasionante, por ejemplo, que la historia del desarrollo económico del Japón, pueblo éste que nadie duda fuera de toda filiación occidental. ¿No ocurre hoy tal vez algo parecido en su coloración original con el desarrollo de la India moderna? En fin, ¿por qué no pretender nosotros algo de originalidad, que ha sido también muy valiosa a pesar de su "marginalidad"?

Ahora bien, las lecciones de la teoría y de la historia, la riqueza del instrumental técnico de que hoy se dispone, significan en definitiva que se está ante un conjunto de opciones ante las cuales elegir y decidirse. Lo único que se exige es que el cuadro constituido al final por esas decisiones sea claro y coherente. Toda política "adulta" sabe que no pueden quererse al mismo tiempo cosas contradictorias. Los valores elegidos han de acordar entre sí, los fines armonizar con los medios y preverse las consecuencias secundarias de la acción hasta donde sea posible.

Dentro de esas condiciones, ¿por qué no pensar que los nuevos partidos que la época exige - obedientes al mandato general de la "programación" - sean capaces de articular un ideario moderno de metas y procedimientos claramente definidos? La nueva "clase política" - triunfe la esperanza sobre cualquier escepticismo - que comienza ahora a regir los destinos de América Latina tiene que hacer frente ante las posibilidades del desarrollo económico - y sus secuelas humanas y culturales - a una serie de dilemas, y a tenor de sus preferencias se formarán por sí mismos los distintos

/rumbos que

rumbos que marcarán las inevitables diferencias y separaciones. Es lo más probable que esos rumbos no puedan ser muy numerosos - no deben serlo para hablar en lenguaje normativo -, pero sí es ineludible la necesidad de una selección. También en este trozo de la vida se impone, confirmando la sentencia metafísica del filósofo, la forzosa libertad de elegir.

Sin embargo, el término de dilema antes deslizado no es del todo correcto, ya que no se trata de oposiciones irreductibles, sino de opciones entre posibilidades susceptibles de discretos compromisos intermedios. Tratemos, pues, de esas opciones en el desarrollo económico, de acuerdo con la naturaleza esencial de sus problemas: técnicos, políticos y sociológicos. Pero habrá de hacerse - pues el tiempo lo exige con premura - sin pronunciamiento alguno sobre el fondo de la cuestión ni consideración morosa de ninguna de sus ramificaciones. Y quede bien entendido también que, como en toda clasificación, la realidad indócil ante la lógica permite el paso sin dificultad entre uno y otro de los compartimentos puramente analíticos.

a) El desarrollo como problema técnico: las opciones económicas

El problema técnico del desarrollo presenta, entre otras, las siguientes opciones, siempre que se entienda, a más de lo antes dicho, que en muchos casos no deben interpretarse como "recetas" inalterables, sino más bien como una enunciación de las principales fórmulas que hasta hoy se han aconsejado o siguen todavía aconsejándose:

1) La primera - y en estos momentos fundamental - es la que dicta nuestra actual "impaciencia" ante la historia. Hay que elegir, por un lado, entre el big push, entendido en un sentido mucho más amplio que el rigurosamente técnico de alguna doctrina - un extremo, en definitiva, en la escala posible de aceleración -, y otros procedimientos de ayor mesura y lentitud, descontando desde luego la bien intencionada esperanza que se puso por algunos en el tardígrado movimiento del "desarrollo de la comunidad", utilizable en todo caso aquí o allá, como modesto peón de brega, en tareas complementarias y de ayuda. Tanto más cuanto que América Latina conoció hace cientos de años la venerable figura de Vasco de Quiroga, y tiene también desde esos mismos tiempos las seculares instituciones del municipio y la parroquia. Esta opción económica entre el impulso enérgico y otras formas más pausadas de crecimiento - para mostrar por lo menos una sola vez las transiciones de la vida entre las más herméticas clasificaciones analíticas - lleva sin embargo los más complicados problemas sociológicos. En efecto, el

/big push

big push no es tan sólo un empellón en los aspectos sectoriales de la economía, sino que supone una auténtica "conmoción" social en la concentración de los asentamientos humanos, en el sistema de las ocupaciones y en la formación apresurada de poderosas cabezas dirigentes. Quede planteado una vez más el problema, que todavía no ha tenido hasta hoy adecuado estudio.

2) La segunda opción es la que existe entre la expansión de las actividades primarias y sus exportaciones - agricultura y minería - o el impulso de la producción industrial.

3) El tercer problema técnico del desarrollo es asimismo la opción archisabida entre los sectores industriales merecedores de mayor atención. Cabe elegir entre las industrias ligeras de los bienes de consumo y las industrias pesadas de los bienes de equipo. Conocida es la inversión trazada en este punto por el desarrollo soviético, en que al revés de lo común europeo la siderurgia acentuó su prioridad frente a los textiles. Tampoco hay en este campo receta infalible. La industria pesada exige condiciones muy particulares - de recursos, de energía y de capacidad profesional - que no se encuentran por todas partes. Mas comentando este punto R. Barre, en su ejemplar exposición clásicamente esquemática, reconoce que allí donde se ofrecen esas condiciones la construcción de una industria pesada es poderoso motor de expansión y "permite, a la larga, un desarrollo mucho más rápido de las industrias de los bienes de consumo".[91/] Barre hace suyo a este respecto y por añadidura este juicio de M. Kaplan: "De esta manera, si podemos confiar en los datos y de ser el análisis correcto, la tasa de crecimiento de la producción industrial más elevada en la URSS que en los Estados Unidos, se ha debido, fundamentalmente no tanto a las diferencias en las tasas de inversión en los Estados Unidos y en la URSS, sino más bien a las diferencias en la dirección de las inversiones".[92/] Respondan los economistas - no es cosa nuestra - a todas las ramificadas complicaciones de estos problemas.

4) La cuarta opción en los problemas técnicos del desarrollo - si es que puede hablarse propiamente de opción en este caso - es la que se formula por

---

91/ Véase Le Développment Economique - Analyse et Politique, Paris, Y.S.E.A., 1958, p. 59.

92/ Véase Soviet Economic Growth, 1953, p. 80.

/algunos en

algunos en forma ahora sí dilemática: la elección entre "estabilidad" y "desarrollo". Este problema, unido a uno de los más pavorosos que pueden existir para el profano - el de la inflación - ha sido objeto en estos años de una discusión apasionada, intelectualmente hablando, referida sobre todo al caso de Chile, pero válida asimismo - claro es - para otros países. Basta con referirse ahora a un estudio de J. Grunwald que bajo un título imponente - "The 'structuralist' school on price stabilization and economic development: the Chilean case"[93/] - resume todo lo que encierra semejante problema y la bibliografía más importante. Sin embargo, para algunos economistas esa opción constituye en realidad un "falso dilema"; para el Dr. Raúl Prebisch, por ejemplo, el desarrollo económico de América Latina no es incompatible con su estabilidad monetaria, siempre que sus distintos países se encuentren dispuestos a introducir en sus economías algunos cambios estructurales dentro del marco de una política económica integral.[94/]

5) Una quinta opción podría formularse como aquella que lleva a decidirse por una redistribución de inmediato del ingreso nacional "actual" - de la riqueza en su conjunto si así se quisiera - o por esperar más bien a que se ofrezcan tangibles los primeros frutos del desarrollo económico, para intentar redistribuir entonces - y sólo entonces - los incrementos del ingreso de una manera menos desigual que la anteriormente existente.

6) Una nueva opción es también posible entre una política económica de carácter general e integrado o una acción que tienda a concentrarse en alguno o algunos de los sectores considerados como sectores clave o "estratégicos". La actualidad de esa opción se refleja en la bibliogfafía sobre el desarrollo económico - y ya ha sido aludida en estas mismas páginas - como la alternativa entre la denominada teoría del desarrollo equilibrado y otras teorías que destacan actualmente la significación dinámica de algunos factores del proceso (la de Hirschmann, quizá, como la más expresiva).

7) Implícita en otras afirmaciones de este trabajo, conviene sin embargo destacar en formulación explícita otra opción de distinto carácter y a la que hoy se concede alguna importancia teórica.[95/] Se trata en ella de optar, ante

---

93/ En Latin American Issues. Essays and Comments, op. cit., pp. 95-123.

94/ Raúl Prebisch, "El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria", Boletín Económico de América Latina, vol. VI, nº 1 (Santiago de Chile, marzo de 1961), pp. 1 ss.

95/ Véase H. W. Singer, "Trends in Economic Thought on Underdevelopment", Social Research, vol. 28, nº 4 (1961).

/determinados recursos

determinados recursos escasos, entre cargar la mano sobre inversiones de carácter "social" (viviendas populares, por ejemplo) y aún más sobre costosas inversiones en la "infraestructura social" capaces de producir en su día "oportunidades" a la actividad económica propiamente tal, o de decidirse sin semejante rodeo por las inversiones "económicas" en estricto sentido (fábricas, transportes, etc.).

8) En América Latina - quizá más hoy que en otras zonas de subdesarrollo - hay que contar asimismo con la opción que supone un desarrollo nacional de carácter "independiente" o bien un desarrollo que se plantee ya desde el principio dentro del cuadro de un área determinada de integración o de fórmulas de libre comercio entre diversos países.

9) Tampoco puede silenciarse la posibilidad de una elección, en ciertos momentos, entre contar o no con el capital extranjero como elemento dinámico del desarrollo, con la decisión, en su caso extremo, de utilizar exclusivamente el capital nacional.

10) Otra opción en las cuestiones técnicas del desarrollo es la que se refiere al reparto óptimo de ciertas situaciones económico-demográficas, y que se formula de la siguiente manera, con una nota de problematismo, en las recomendaciones económicas de las tantas veces mencionada reunión del Grupo de Trabajo celebrada en México en diciembre de 1960: "La integración social por la vía del desarrollo económico hay que buscarla también procurando incorporar las regiones que dentro de cada país se han ido quedando atrás en el proceso, si bien es preciso tener en cuenta que un acento exagerado en una política de equidad regional podría ser incompatible con la aceleración del desarrollo del conjunto de la economía".[96/]

11) En algunos países latinoamericanos se han manifestado determinadas corrientes de opinión en favor de que el Estado se apropie de algunas empresas y sectores de producción que en los denominados países capitalistas se encuentran en manos particulares (compañías de teléfonos, de energía eléctrica, de construcción naval, de fabricación de algunos tipos de vehículos automotores, o bien sectores como los del petróleo, el carbón, el acero, los transportes, etc.). Es decir, ciertos servicios públicos, determinados recursos naturales y algunas actividades económicas consideradas fundamentales. De esta manera,

---

96/ Véase "Informe del grupo de trabajo sobre los aspectos sociales del desarrollo económico en América Latina", Boletín Económico de América Latina, vol. VI, nº 1 (Santiago de Chile, marzo de 1961), p. 62 (número 12 de "Las recomendaciones del economista").

/sin pretender

sin pretender alteraciones "totales" del sistema económico vigente, se ha producido de hecho el planteamiento de otra opción - de pefiles confusos todavía - que por circunstancias históricas se expresa sin demasiada elegancia como la alternativa entre estatización y - passez le mot - "privatización".

b) El desarrollo como problema político: las opciones sobre el sacrificio

Los problemas políticos del desarrollo presentan asimismo otra serie de opciones no menos decisivas:

1) Conviene saber en primer lugar si se prefiere el laissez passer o la intervención estatal, es decir - en otra terminología - el desarrollo espontáneo o el "inducido", fea palabra sin lugar a duda. La cuestión está zanjada por la historia en todas partes y apenas quedan ortodoxos del viejo estilo. Los modernos neoliberales siempre hablan de una economía de mercado de carácter social - Soziales Markwitschaft -, ordenada y dirigida por un estado de derecho. Lo único que entra en la discusión es cuáles sean la naturaleza y límites de la intervención permisible: apoyo de la pureza del mercado dentro del sistema; intervenciones ad hoc a tenor de los problemas tanto nacionales como internacionales; orientación económica general; programación rigurosa o planeación total por los mecanismos estatales. Al lado de la administración central de los países soviéticos, en todos los demás, el estado es por todas partes un Welfare State, sólo que, como ha puesto Myrdal de relieve, su papel es muy distinto en los ricos y poderosos del que tiene en los más pobres y menos desarrollados.

2) La segunda opción de carácter político - y ésta es quizá problemática por estar enlazada a realidades económicas que pueden ser ineludibles -, es la que existe entre los crecimientos abiertos o cerrados o, en otros términos, entre economías dominantes o satélites. La elección, se insiste, no es puramente política pero ha habido casos históricos de obstinada predilección por una de ellas, a pesar de todas las circunstancias aparentemente adversas.

3) La tercera opción se refiere a la elección entre los intereses de potencia y los intereses del bienestar general. Los planteamientos seculares de ese dilema puede ser que algunos los consideren ya incomprensibles, como residuos superados de una vieja edad. Por el momento persisten todavía, ante la angustia general de los que no están interesados en semejantes

pugnas. La opción no parece que tiene mucho sentido para los países latinoamericanos, y puede resolverse en todo caso dentro de compromisos pasablemente tolerables.

4) La última opción, en fin, de carácter político en el desarrollo económico no deja de ser la más grave de todas y sin duda alguna para los países de nuestra América. Se trata de elegir sobre quiénes han de recaer las mayores cargas del sacrificio. En sus formas extremas se trata de optar entre el sacrificio "exclusivo" de unos pocos o el sacrificio compartido por todos.

En teoría y no hay forma - sin engaño - de escamotar este problema, todo desarrollo económico - quiérase o no - arrastra el peso de penosos sacrificios. No se trata de ahondar ahora en semejante problema teórico - y práctico en definitiva -, ni de sondear en las enseñanzas de la historia, que daría larga tela, y a menudo harto dolorosa, que cortar. El tema se presta por añadidura y con horror a todas las demagogías. Huyendo de ellas como de la peste el sereno análisis objetivo - sin olvido de aquella tremebunda verdad de la implacable teoría - puede mostrar, si no en el optimum, que esa distribución de sacrificios puede intentarse en forma relativamente equitativa. Los economistas pueden aconsejar diversas fórmulas; cuestiones técnicas, fuera ahora de nuestro alcance. Para el político, que es un problema de justicia, esa opción quizá deba a veces sacrificar algunas de las mejores de entre las propuestas al objetivo supremo entre los suyos - es de suponer - que es conseguir el consenso y la cohesión nacionales.

c) El desarrollo como problema sociológico

En el campo sociológico - si cabe distinguirlo, de hecho, del político, aunque sí en lo analítico - tampoco dejan de existir opciones y alternativas:

1) Hay que decidirse o no, en primer lugar, sobre si a la acción del desarrollo económico deben acompañarse intentos mayores o menores de una reforma de la estructura social. Y el estado puede actuar en muchos campos, comenzando por el muy decisivo de la educación. No entraremos sin embargo en más detalles.

/2) Hay que

2) Hay que decidirse, en los comienzos sobre todo del desarrollo, sobre si debe imperar una general disciplina que empiece de modo ejemplar por los cuadros dirigentes mismos - sobran ejemplos históricos - o si cabe abandonarse a la común laxitud y bonhomie a que nos inclinamos casi sin excepción la mayoría de los seres humanos. (A pesar de todos los mitos en contrario, aquí pasa como con el buen sevillano de la anécdota, que ante los reproches del inglés por su pereza y ante la demostración de la eficacia de sus meses laboriosos que le permitieron el viaje de vacaciones, respondió simplemente y con humana justeza: "Pero, señor, si yo he nacido en Sevilla".) Con todo, los economistas tienen razón, dentro de las presentes sociedades industriales, y se preocupan por encontrar la estrategia capaz de estimular el rendimiento y el sentido de la responsabilidad, y de crear las ambiciones que ponen en marcha la movilidad social.

3) Otra alternativa en los problemas sociológicos del desarrollo económico es la que demarca la distancia entre la apatía e indiferencia de las clases populares, o, al contrario, su decidido apoyo y entusiasmo. Conviene subrayar que nunca se dió mayor unanimidad que en este punto entre los más varios representantes de la ciencia social: economistas y sociológos, teóricos políticos, educadores y psicólogos. Es decir, todos estuvieron contestes en que no puede darse un desarrollo económico duradero y eficaz por tanto a la larga, si no está mantenido por el entusiasmo y la participación popular. Cuál sea esa participación popular - desde la minúscula comunidad campesina a la populosa ciudad - y cómo lograr ese entusiasmo sin mitos engañadores, es también cosa que no puede rozarse aquí. Basta recordar la distancia entre el demagogo y el verdadero hombre de estado: el primero alienta con la mentira, y sus éxitos pueden ser ruidosos a no dudarlo; el segundo estimula y apoya con la verdad, aunque el camino de sus logros mientras vive deje de estar cubierto por una sucesión de arcos triunfales. Ojalá la nueva clase política hoy en formación esté compuesta en su mayoría de auténticos hombres de estado.

d) Las diferentes opciones y su articulación en las ideologías de los partidos

Toda esta enojosa enumeración, no obstante su premura, de las principales opciones y alternativas del desarrollo económico no pretendía la menor

/originalidad, y

originalidad, y excusado es decirlo. Sólo intentó mostrar en qué forma y manera, por la articulación coherente de algunas de ellas, los nuevos partidos de la era industrial podrán construir los adecuados idearios, sustitutos de las viejas fórmulas caducas y de la faramalla arcaizante sin raíz alguna ya en los auténticos problemas de estos tiempos.

Estos nuevos partidos políticos y las "clases dirigentes", que siempre son su inspiración, tienen sobrada materia si quieren encarar seriamente el triple proceso de trasformación social de América Latina en nuestros días: su desarrollo económico, el término de sus integraciones nacionales y la iniciación de las configuraciones supranacionales que son la única garantía de su supervivencia - política y cultural - en el azaroso tablero planetario de nuestro tiempo. Pero para ceñirnos una vez más, al problema esencial de estas páginas sobre el desarrollo económico, importa hacer constar que la ciencia económica ya ha acumulado saber bastante para que de la riqueza de sus proposiciones, puedan elegir los grandes partidos los elementos esenciales de su ideología. De esa ideología del desarrollo - y sin ella no gozarán del apoyo popular - cabe predecir que sólo puede variar en los siguientes puntos, o, si se quiere, en el mayor o menor acento que en ellos se ponga: i) en el tempo; ii) en los mecanismos que se ofrezcan; iii) en la forma de la distribución de los sacrificios, y iv) en el grado, mayor o menor, de la intensidad de su apelación popular. Dentro del marco de una democracia liberal - acompañada claro está por partidos extremos - puede aventurarse la profecía - y no se trata de preferencias teóricas ni sentimentales - de que quizá pronto un "bipartisme du XXe siècle" habrá de sustituir al viejo "bipartisme du XIXe siècle", para utilizar otra vez la frase de M. Duverger.

A pesar de lo que antes se ha dicho sobre la falsedad de la creencia acerca de la imperiosidad de determinados modos de crecimiento económico - deslizándose incluso cierta curiosidad admirativa por la capacidad creadora del Japón o de la India - dejaríamos de ser hijos de nuestro tiempo si resitiendo, por así decirlo, al imperativo mostrenco que nos rodea, no concediéramos ahora alguna atención a los "modelos" que

/pretenden mayor

pretenden mayor vigencia. Alguna atención, es decir, aquella mínima necesaria para llevar a buen término el examen concreto de la cuestión, objeto esencial de estas páginas. Enfrentémonos, pues, en forma sucesiva, con la fórmula soviética y con la fórmula "occidental", aunque en ambos casos sea dentro del más extremado esquematismo.

2. Acerca del modelo soviético

La fórmula soviética - de veneración cuasi sacra para algunos, de horror demoníaco para otros - apela ahora nuestra atención sobre ciertos puntos tan sólo, a los que importa referirse brevemente:

a) La progresión ascendente de la economía soviética

Hace ya algunas décadas que los intentos de la revolución del 17 se anunciaron repetidamente como un fracaso en los aspectos cabalmente que ahora más nos importan, en los de su crecimiento económico. Se profetizaba por unos y por otros que las metas de producción - anunciadas a bombo y platillo desde el otro lado - jamás podrían ser alcanzadas. Y que en su naufragio darían al traste con todo el sistema político-social apenas iniciado. Pero hoy, al paso de los años, apenas nada queda de aquella posición. Tirios y troyanos reconocen al contrario el notorio éxito económico de semejante empresa. ¿Para qué acumular ahora índices y tasas? Indices económicos y culturales, tasas del crecimiento anual del producto bruto, índices de la producción industrial - carbón, petróleo, electricidad, acero o maquinaria -, índices en fin de la productividad anual por habitante. Hacerlo aquí sería tan innecesario como imposible. El experto navega con dificultad por un mundo de cifras pocas veces coincidentes; el profano se ahoga por fin irremisiblemente, incapaz de emprender por sí mismo reconversiones de las valutas y de los valores reales y nominales. Nos basta y nos sobra con el hecho bruto del consenso general sobre los resultados positivos - sombras las hay a no dudarlo, como en el caso de la agricultura reconocido asimismo generalmente - del desarrollo económico soviético. Los espectaculares triunfos posteriores en el campo técnico científico de la conquista de los espacios siderales han tenido que silenciar las

/dudas más

dudas más profundas del mayor escéptico. Sin embargo, lo malo por añadidura para el profano en los ámbitos recónditos de la economía, es que tampoco puede descansar en las interpretaciones académicas de carácter oficial para compararlas con las que le son habituales. Como ha dicho F. Perroux agudamente: "la représentation de son système économique que chaque societé preconise et répand, par les voies de la pédagogie et de l'enseignement, est séduisante, singulièrement en ce qu'elle est trop logique. Ce serait un exercice excellent de comparer aux statistiques et documents officiels russes le Manuel de l'Economie édité à Moscu et de procéder à la même épreuve en ce qui concerne les Etats-Unis, pour l'un des ouvrages de large audience qui ont la faveur du parti républicain; nous pensons, sans aucune intention critique ni péjorative, à L'économie en une leçon de M.H. Hazlitt".[97] Mutatis mutandis la comparación valdría igual - claro es - para otros libros. Esta cita de Perroux no viene sin embargo a humo de pajas y luego veremos por qué. Insistamos tan sólo en la tesis esencial de este parágrafo: la progresión ascendente de la economía soviética.[98]

b) La convergencia en los aspectos materiales de los sistemas en pugna

A diferencias del anterior, ya caducado, otros problemas de mayor complicación y hondura teórica, preocupan hoy a las mejores mentes aunque no pueda ser - es natural - algo por ahora del dominio popular. Se trata del hecho de la supuesta convergencia - a la corta y a la larga - de los dos sistemas que aparecen hoy en inconciliable pugna. Convergencia por un lado en el problema extremadamente técnico de la denominada racionalidad económica y convergencia por otro lado en los mecanismos y soluciones prácticas de que hacen uso ambas economías.

97/ F. Perroux, La coexistance pacifique, vol. I, p. 180.

98/ La bibliografía sobre el caso es abrumadora y no sólo por su volumen. Sería impertinente intentar aquí ni una mínima selección. Basta recordar las tablas comparativas - aunque puedan parecer a algunos pro domo sua - que ofrece el ya famoso libro de Rostow, op. cit. pp. 96 y 97.

/Hace ya

Hace ya también muchos años - y la polémica comenzó quizá con Max Weber en su enfrentamiento crítico a la teoría de O. Neurath - se pensó que el escollo fundamental de toda economía "socialista" estaba en las dificultades de su calculabilidad. La esencia de la economía libre era la racionalidad del cálculo que permitía el libre funcionamiento del mercado; la supresión de ese mercado hacía imposible la continuidad de lo que en términos weberianos se denominaba la "racionalidad formal" del proceso económico. No es del caso resumir aquí los detalles de esta larga polémica, por lo demás muy intrincada. Hoy parece por completo superada también.

Es lo más probable que los planeadores soviéticos procedieran en los primeros años de manera empírica, a base del conocido método del tanteo y error; pero poco a poco refinaron sus métodos y hoy poseen un campo de doctrina que equipara en el campo de la calculabilidad, de la racionalidad económica, los procedimientos dominantes tanto en el Este como en el Oeste. La aparición del libro de Oskar Lange[99/] ha llevado al parecer esta cuestión hacia su punto final.

Sobre las convergencias en los aspectos materiales - por así decir - en el proceso económico entre soviéticos y occidentales, no faltan tampoco numerosas referencias. Quizá una de las especulaciones más elaboradas sea la de F. Perroux, a lo largo de toda su obra La coexistence pacifique y muy en particular en el segundo de sus tres volúmenes. Pero sería quizá impertinente bosquejar un resumen de lo que hoy está facilmente al alcance de todo lector español.[100/] En cambio, sí tiene mayor interés pasar

---

99/ Economie Polityczne, tomo I, Varsovia, 1959. También comienza a ser copiosa la bibliografía sobre este punto. Véase especialmente el artículo de W. Leontieff, aparecido en Foreign Affairs, enero 1960, p. 261-72, y, entre otros, el libro colectivo editado por Gregory Grossman, Value and Plan. Economic Calculation and Organization in Eastern Europe, University of California Press, 1960, que tiene el interés como su subtítulo indica de incluir a países distintos de Rusia. Un comentario minucioso de la referida obra de Oskar Lange es el artículo de Gerd Fleishmann, "Chancen der Rationalitat in Ost und West", Hamburger Jahrbuch fur Wirtschafts - und Gesellschaft-politik. Año 5, p. 155.

100/ El libro ha sido traducido por el Fondo de Cultura Económica de México. Por añadidura, ese resumen, se encuentra también realizado en forma excelente en el artículo antes citado de Jacques Austruy, p. 92-94.

/rapidamente por

rapidamente por otra interpretación menos común. Para Erik Boettcher, 101/ estudioso reconocido de la realidad soviética, esa convergencia es el resultado de que la URSS se encuentra ahora en la "fase intensiva de su industrialización". En la primera, en la "llamada extensiva" el esfuerzo hubo de apoyarse en un rápida expansión de la mano de obra en el sector moderno de la economía. En virtud de acontecimientos que analiza cuidadosamente, y que han reducido la oferta de la mano de obra disponible, ya no es posible atenerse a la anterior expansión, y de ahora en adelante, los dirigentes soviéticos tendrán que contar sobre todo con un rápido crecimiento promedio de la productividad obrera y con el estímulo de la modernización técnica, incluída - como es de esperar - la llamda "automatización". Para Boettcher el paso de la fase "extensiva" a la "intensiva" significa transformaciones profundas en todos los aspectos de la vida soviética. Ello aproximará - que es lo que ahora nos importa - las características dominantes en los dos sistemas económicos antagonistas, ambos ya en una fase intensiva "semejante". Sea o no totalmente admisible esta teoría - y las críticas existen naturalmente - no cabe duda de que constituye un considerable esfuerzo por mostrar las posibilidades de convergencia de que ahora se trata.

c) La convergencia en la estructura social

Pues bien, existe asimismo - era de presumir - otro tipo de convergencia que interesa ahora al sociólogo de modo muy especial. Es decir, la convergencia en la estrucutra social que, de ser cierta, muestra por lo pronto la uniformidad de fisonomía de todas las sociedades industriales avanzadas, y que despierta además esperanzas de tipo político que ya

---

101/ Die Sowjetische Wirtschafts -politik am Scheidewege, Tubingen, 1959, muy en particular el capítulo II. En otros trabajos del propio autor se reiteran estas ideas en confrontación crítica con otros "expertos" de la economía soviética. Sus fundamentos económicos generales pueden leerse en su artículo "Phasen Theorie der Wirtschaftlichen Entwicklung",en Hamburger Jahrbuch für Wirtschafts - und Gesellschafts-politiqk, Año 4, con un cuadro (p.31) que resume el esquema de toda su teoría.

/no tienen

no tienen iguales seguridades a las ofrecidas por la sobria constatación objetiva de la mencionada comparación estructural.

En lo que se refiere al parentesco de la fisonomía estructural la materia parece demasiado obvia para exigir una convincente demostración. Intentarla requeriría por lo demás numerosas páginas. Demandaría examinar con todo detalle la estructura de las ocupaciones, la distribución de los ingresos, la aparición de tipos psicosociales semejantes en la línea técnica de fábricas y talleres o en la administrativa de la burocracia industrial; perseguir la formación de los estratos sociales más importantes, el alcance de la movilidad social y la aparición de las "imágenes" de los distintos rangos; poner en claro la graduación de la clase escolar, y las tendencias de la educación técnica y general, y abordar quizá a lo Alex Inkeles la estructura psicológica del "hombre industrial" y la relación de su respectivo status con los hechos de la experiencia, de la percepción psíquica y de la aceptación de unos u otros valores. Punto no menos central sería conocer cómo se forman las élites y cuáles son sus características esenciales. Y no olvidar, por último, cómo vive, sufre y piensa el ciudadano común soviético, al fin y al cabo el "pobre hombre" (Ortega) que todos somos.

Los materiales son abundantes y la tarea indicada se ha hecho con éxito mayor o menor por unos y por otros. Nada tiene de extraño cierta coincidencia. Las modernas sociedades industriales - escandinavas o anglosajonas y alemanas o latinas - más allá de idiosincrasias nacionales y culturales, se asemajan todas

/en su

en su estructura social, aunque ninguna sea - ni qué decir tiene - riguroso calco, punto por punto, de las otras.[102] Y a ese tipo de estructura social se llega alguna vez - para bien o para mal - cualquiera que sea la vía del desarrollo económico.[103]

102/ Véase Pitirim A. Sorokin, "Mutual convergence of the United States and the URSS to the mixed social cultural type", en International Journal of Comparative Sociology, Karwatak University, Dharwar, (India), Vol. I, No.2. También aquí sería insensato seleccionar, con urgencia, la bibliografía sobre el tema: lo inicia con su brillante talento - de "periodista" según el parecer de algunos pequeños sociólogos pedantes - R. Aron en sus cursos de la Sorbona. Sobre la formación de las élites existe un interesante número de la Revista Dedalus (verano, 1960) y sobre el hombre común el lector puede elegir entre el "impresionismo" de W. Krauss Mehnert, Der Soviet Mensch, 1958, y el tecnicismo complicado de Alex Inkeles y R.A. Bauer, The Soviet Citizen, 1959. Véase además D. Granick, The red executive. A Study of the Organization men in Russian Industry, 1960. (Comparar con White, Bendix y Bahrdt.)

103/ Hay por, añadidura, un tipo de convergencia o aproximación au rebours, de que se ha ocupado uno de los más audaces, ingeniosos - y criticables - artículos aparecidos en estos últimos años. Se trata del estudio de Siegried Landshut "Die Gegenwart in Lichte der Marxchen Lehre" (Hamburger Jahrbuch - etc., año I). Según el parecer de este ilustre sociólogo, resultaría que, más bien que en la Rusia Soviética - dejemos ahora ésto -, las más profundas predicciones de Marx han venido a realizarse precisamente en las sociedades industriales - no marxistas - más avanzadas de nuestros días (Die Warheit des Marxchen Analyse: Die Zukunft Gesselschaft als heutige Wirklichkeit - La verdad del análisis marxista: la sociedad futura en cuanto realidad contemporánea. Título bien expresivo de su segundo parágrafo). Encarna tres ideas fundamentales: a) que la "enajenación", básico concepto marxista, es ya la realidad presente de nuestro mundo industrial, de sus organizaciones y de sus masas (opinión pública y progreso técnico son casos claros de fuerzas autónomas, sujetas a una implacable "Eigengesetzlichkeit"); b) que la predicción de Alexis de Tocqueville - la nivelación creciente de todos los estratos - casi se ha cumplido ya sin excepción, lo que signfica en lenguaje marxista que la predicción de una sociedad sin clases comienza a imperar en todas las sociedades industriales de occidente: entiéndase, que la famosa conciencia de clases se extingue lentamente aquí y allá en virtud de la general elevación de los niveles y expectativas de vida y de la formación de un anchuroso estrato de ingresos intermedios iguales y c) con ese ocaso de la vieja sociedad clasista, se marchita al mismo tiempo el principio de la nacionalidad y la ideología del estado "político", el cual poco a poco se convierte en una entidad administrativa al servicio de una sociedad capaz de regirse por sí sola. "El pensamiento político se dirige ya por encima de la Nación hacia otras configuraciones de mayor amplitud ... En el grado y medida en que la burguesía, la clase de la propiedad y la cultura, se disuelve dentro de la general "sociedad unitaria" la Nación deja también de ser el suelo nutricio de su grandeza y de su fama" (p. 51). Los críticos dirán hasta dónde llega la fantasía intelectual y dónde comienza la observación - adelantada quizá - de algunos rasgos de la vida europea contemporánea.

/¿Significa empero

¿Significa empero esa aproximación o convergencia en la estructura social la liberización previsible del mundo soviético y su aproximación también a formas similares de vida política? El "economismo" general de nuestro tiempo inclina a muchos hacia esa creencia, a pensar en términos de jerga sociológica, que existe una correlación entre el bienestar económico y la democracia liberal. Como luego habremos de enfrentarnos con esta tesis dentro del campo de la "democracia occidental" bueno será hacer alguna referencia al otro economismo - difamado en consecuencia en este punto -, al formal economismo marxista.

No faltarían nombres entre que elegir, pero ninguna teoría es a este respecto más conocida que la de Isaac Deutscher, que si bien responde a una interpretación total de la revolución rusa, y muy en particular de su fase staliniana, llega a la conclusión de que las expectativas de Marx - el más auténtico socialismo - irán realizándose cada día más y más en el grado y medida en que crezcan y se desarrollen las fuerzas productivas. Muchos errores y violencias - dolorosos los más - de la época staliniana son explicables en definitiva - aparte de algunas contingencias históricas y personales - por la fase de industrialización recorrida por Rusia en esos tiempos. Pero cercana ya la plena madurez de sus fuerzas productivas, puede predecirse que su régimen político alcanzará también en fecha no muy lejana la adulta democratización liberal que hasta ahora no ha conocido.

Es comprensible que pensadores y políticos de otras cuerdas mantengan y formulen semejante esperanza. Pero nada garantiza que la "correlación", que alimenta parejas convicciones, sea exacta y esté rigurosamente comprobada en todo tiempo y circunstancia. No se olvide, por último - ya que esta esperanza implica otras ilusiones y deseos -, que aunque la realidad demuestre algún día - con lo infundado de nuestras dudas - la certeza de aquel paralelismo, no por eso puede darse como automaticamente liquidado el antagonismo de potencia que hoy nos angustia. Todo el mundo sabe que los peores conflictos se han dado siempre - desde Caín y Abel - entre naturalezas fraternas.

/d) Paréntesis

d) Paréntesis final sobre la "legitimidad" y la "eficacia"

Las consideraciones anteriores aluden a situaciones objetivas que cualquiera puede comprobar y aceptar. Y nadie que no esté ciego desconoce el poder de atracción que esos logros soviéticos - aparte la doctrina - ejercen por todos lados, sobre todo en los pueblos más vapuleados por la historia en la ancha zona del tercer mundo. Lo que eso significa es una lección que no parece aprenderse con la eficacia debida.

Pero tampoco es esto la última palabra para los que de algún modo son y se sienten herederos de la vieja Europa. Los mejores historiadores de su larga historia suelen explicar en último extremo el secreto de su fuerza y la gracia de su creación en que en todo momento supieron los europeos conservar separados sus poderes mayores: iglesia e imperio, monarquía y nobleza, estado llano y burguesía, intelectuales y hombres de toga, las letras y las armas, la ciencia y las creencias.

El precipitado sociólogico de esa incomparable tradición de todo el mundo europeo es la persistente articulación diferenciada de sus élites directoras, sólo pasajeramente opacada en los ominosos momentos transitorios de algunos de sus totalitarismos. (Todavía Croce escribía con libertad en los años aún no nazificados de Mussolini.) Siempre ha habido en Europa una rica multiplicidad de sus clases dirigentes, lo que en verdad no ha hecho fácil en todo instante la vida social y ha puesto en peligro la cohesión nacional alguna vez. América Latina ha estado reiteradamente de lleno, como en tantas otras cosas, dentro de esa tradición europea.

Pues bien, uno de los méritos de Aron al echar a rodar viejos conceptos que dormían a causa de la pudibunda hostilidad despertada por los llamados maquiavelistas, ha sido mostrar dónde están las ventajas - y también las desventajas - de las clases políticas y dirigentes del mundo soviético y del europeo. Pensemos tan sólo en lo que al pouvoir spirituel se refiere:

"A notre époque, le pouvoir spirituel est partagé entre ou disputé par trois sortes d'hommes, les prêtres - les intellectuels et les idéologues des partis. Un regard sur les régimes, soviétique et occidental, suffit pour apercevoir une différence fondamentale dans les relations structurelles des catégories dirigeantes: selon la formule soviétique, ce sont les idéologues

/du parti

du parti qui proclament la vérité suprême et enseignent ce qui est sacré. Les prêtres son tenus officielment en piètre estime et les intellectuels doivent souscrire a la verité idéologique, plus ou moins étendue selon les moments et les hommes."[104]

Cierto, hay aquí una apología pro vita sua, compartida por otro de esos intelectuales entre los más humildes y errantes, recordando a Pío Baroja. Pero lo que ocurre dentro del poder espiritual, acontece también entre los otros poderes. Es evidente que nunca han existido regímenes perfectos ni momentos sin mácula - ni la misma Atenas de Pericles -, pero todo el esfuerzo europeo ha consistido en mantener a la inglesa un mínimo de equilibrio y separación entre el poder civil y el militar, el temporal y el espiritual, el político y el económico, el administrativo y el parlamentario. Los momentos claros fueron cuando eso se pudo conseguir; los momentos oscuros, cuando se impuso la confusión o el predominio transitorio de uno y otro. Los manes de Guizot protejan estas líneas y sus innegables preferencias. Hay siempre un momento en que es inescapable una declaración de valor, fuera ya de la ciencia, como no sea la de la Historia, la más cargada de futuro, según Ortega, para este ser etimológico que es el hombre quiéralo y lo comprenda, o lo rehuse sin entenderlo. Las fórmulas totalitarias - soviéticas y de otros tipos - serán quizá más eficaces en muchos casos, pero el hombre heredero de la mejor tradición europea preferirá siempre la posibilidad del diálogo, o, si se quiere, el valor quizá intangible de la legitimidad sobre el pragmatismo de la eficacia.

Pero si fieles todavía a la debilidad de una vocación, olvidamos por un momento las otras fuerzas y poderes, quizá convenga meditar sobre las palabras de un joven filósofo marxista, autor de un libro de apasionante interés.

"La conversión del marxismo en un fetiche, su degradación en un adorno apologético convencional, que sólo tiene su lugar en la fachada de la sociedad, da como resultado que se convierta en el veneno de la vida intelectual en vez de ser su verdadera sangre. En último extremo puede también utilizarse

---

104/ R. Aron, "Classe sociale, classe politique, classe dirigeante" en Archives Europeens de Sociologie, t.I, N°2, 1960, p.269.

/como un

como un aparato de precisión con qué golpear las cabezas. Para el desarrollo de los instrumentos teóricos no se requieren nuevas "formulaciones" susceptibles de aprenderse de memoria, sino de un análisis objetivo y de verdadero valor técnico de los nuevos - y de los viejos no menos - fenómenos sociales. Para eso se requiere tener confianza en el propio conocimiento del científico y en la conciencia socialista de los intelectuales, sin lo cual es imposible desterrar la mitología de la vida espiritual, la ceguera y la irresponsabilidad de la política, la superstición de la vida moral, así como toda suerte de retroceso dentro de la vida humana."105/

El joven filósofo polaco no habla sólo para sus circunstancias del lado oriental. Europa y los Estados Unidos, nuestra América Latina sin excepción, nada perderían, sino todo lo ganarían si ese teórico mensaje fuera agudamente asimilado lo mismo por los mejores elementos de sus clases dirigentes que por sus verdaderos intelectuales.

La degradación de los términos que todos vivimos y sufrimos cohiben su uso cotidiano, nos sonroja escribirlos. Las más nobles entre las palabras que el hombre inventó son como cuchillos romos por el uso; y mellados, de esa suerte, los aristados conceptos que debieran encerrar apenas cortan los trozos de una realidad sangrante que exige incisivas separaciones. Por desgracia, no hay palabra más desgastada que "libertad". Importa, sin embargo, invocarla de nuevo con la esperanza de aprésar su sentido primigenio. Y ya que antes surgió el nombre de Benedetto Croce, por qué no hacer uso, al final de estas líneas, de las luminosas sentencias - quizá se infiltre aquí la nostalgia del Mediterráneo paterno - de otro ilustre crociano, Carlo Antoni:

"Ma quale è oggi la verità, che ci deve guidare come una nuova stella polare della civiltà? Malgrado le aberrazioni e le confusioni, mi sembra di ravvisarla: è la verità che tutto ciò che nel mondo ha valore, quanto vi è di bello, di vero, di buono, di utile, è prodotto della libera attività di quell'universale spirito che si manifesta, si attua, si realizza soltanto negli

105/ Leszek Kolakowski, Der Mensch ohne Alternative, traducido del polaco en 1960, p.56.

/individui, cioè

individui cioè della libertà creatice, che fa dell'uomo una persona. È una verità semplice e chiara, cui conducono tutte le correnti del pensiero moderno, che, anzi, proviene dalle origini stesse, classiche e cristiane, della nostra civiltà, ma non è una verità ovvia, che sia oggi, senz'altro, presente ed operante nelle coscienze. Infatti essa non significa soltanto che tuti gli ordinamenti politici, sociali, giuridici devono essere al servizio della liberta creatice delle energie degli uomini, per difenderla e per promuoverla, ma significa una ben più profonda liberazione da miti e da idolatrie: da quei miti che proiettano e oggettivano il valore etico fuori dalle coscienze soggettive in enti trascendenti, lo Stato, la Nazione, la Società, la Storia, danno ad essi tutto il diritto, ed asserviscono, nel loro interno, le coscienze stesse, tolgono a queste cio che Emanuele Kant chiamava la 'bellezza e dignità dell'anima umana'. Se si pensa alle atroci, orrende esperienze, che el nostro secolo ci ha recato, si vede quanto lontani siamo ancora da quella verità e da questa liberazione."[106]

3. Consideraciones sobre la fórmula occidental

Una mera declaración de principio, el paréntesis de una preferencia dentro de una estimativa de valor, una atenuación al rigorismo weberiano que compartimos quizá generaciones contemporáneas, aunque no coetáneas, no resuelven por sí mismos el problema objetivo. Y por eso, cerrado aquel paréntesis, hay que volver lo más cerca posible a la inescapable neutralidad del análisis científico. Pasemos pues, a considerar ahora la "fórmula occidental" luego de examinada - a la ligera sin duda - la soviética.

El problema científico en su más riguroso meollo consiste en saber si el sistema democrático tradicional es o no compatible y en qué grado con las exigencias del desarrollo económico, pero no sólo en general sino con atención expresa a los países que comienzan o pretenden acelerar el mencionado crecimiento. En los niveles más abstractos, es decir, más elevados de la teoría, el problema daría lugar - de resolverse - a un estricto filosofema, pues la proposición que lo plantea consiste en preguntarse por las posibilidades de convergencia o armonía entre la "racionalidad" política

---

106/ Carlo Antoni, Lo Storicismo, 1957, p.200.

/y la

y la "racionalidad" económica. Pero no estamos en trance de intentar ahora el esfuerzo analítico de poner en claro semejante cuestión, literalmente formulada de esa manera, por unos y por otros, pareciendo mucho más aconsejable caminar por terrenos más concretos y más próximos por tanto a la experiencia de cada cual.

a) La tradición del liberalismo y la democracia formal

¿Por qué insistir, por lo pronto, en la consideración de la fórmula "occidental"? ¿Qué razones hay para intentar lo que para algunos pudiera parecer una defensa? Obsérvese que ya no se trata ahora de cuestiones de valor, sino de cuestiones de hecho. El primero y más obvio, que casi parece de Perogrullo, es el hecho de que en definitiva somos o nos sentimos occidentales. Pero para huir de esta vulgaridad, recordemos uno de los modos de formularla en los términos más técnicos y rigurosos. En nuestra nota de las primeras páginas de este escrito utilizamos para los fines de aquel momento, el planteamiento hecho por R.F. Behrendt,[107] de las fundamentales exigencias de proporción que demanda todo desarrollo económico razonablemente elaborado, es decir "inducido" como otros declaran con dudosa elegancia estilística. Pues bien, la tercera exigencia de proporción que demanda la planeación económica es la que existe entre la calculabilidad (Rechenhaftikheit) económico-racional que se esfuerza por alcanzar los máximos rendimientos a tenor de los mejores procedimientos técnicos disponibles, por una parte, y la voluntad de planeación de un desarrollo social gradual y durable que cuente con la continuidad y la estabilidad "sociales". Es decir, que cuente en la mayor medida posible con las instituciones y tradiciones vigentes del país de que se trate. Ahora bien, es un hecho que los países latinoamericanos tienen y conservan sus propias tradiciones, entre las cuales figura como otro hecho - repetidamente recordado - el de sus seculares preferencias por la libertad personal y política, y por la participación democrática, cualquiera que hayan sido los avatares y deficiencias de esa histórica vocación.[108]

107/ R.F. Behrendt, op.cit., p. 22.

108/ Bastaría recordar a todo principiante tres libros muy distintos por su trasfondo político pero igualmente ejemplares por la precisión de las ideas y la elegancia de su estilo: el del chileno Jaime Eyzaguirre, Idearío y Pauta de la Emancipación Chilena, 1957; el del venezolano Mariano Picón Salas, De la Conquista a la Independencia; y el del dominicano Pedro Henríquez Ureña, Historia de la cultura latinoamericana

/El segundo

El segundo hecho es el que deriva de la existencia misma de estas páginas, en las que un aprendiz de muchas cosas se obstina en emitir opiniones y juicios que no serán en modo alguno del gusto de todos. O sea se trata del hecho de la denominada "democracia formal". Quien esto escribe comparte muchas de las críticas dirigidas a ese concepto y a la realidad - dudosa a veces - que encubre. Sin embargo, mientras exista un mínimo de ella, y no sólo sea maniática necesidad profesional del hombre de pluma o cátedra, sino realidad visible en la posibilidad cotidiana del obrero, por ejemplo, de leer según su gusto el diario comunista o el periódico reaccionario, el hecho subsiste y con él contamos en estos momentos.

Un último hecho por fin que hay que tener en cuenta - nos plazca o nos disguste - es que vivimos en países la mayoría de los cuales, en la actualidad - innegable donde esto se escribe - cuentan con diversidad de partidos y hay también la posibilidad - mejor o peor realizada - de su permanente diálogo y de su voluntad, a veces no tan firme, de un arreglo y compromiso en aquellos campos - numerosos sin duda en los problemas prácticos y "objetivables" de nuestros días - en que tal cosa es posible. Estos simples hechos - aparte de toda teoría y lejos de toda posición de valor - justifican por el momento nuestro innegable interés por la "fórmula occidental" en las tareas del desarrollo. Examinaremos, sin embargo, con un mínimo de holgura - paso a paso - algunas de las cuestiones que esta relación plantea, no siempre rosadas evidentemente.

b) La nueva bibliografía y las reuniones internacionales sobre el tema

Sobre el tema democracia y desarrollo ha caído de pronto en estos últimos años una extensísima bibliografía.[109/] Su razón de ser se comprende

109/ Véase a título de ejemplo, Ralph Braibanti, "The Relevance of Political Science to the Study of Under-developed Areas"; en R. Braibanti y J.J. Spengler (Eds.), Tradition, Values and Socio-Economic Development, 1961 - pp. 139-179 con numerosa bibliografía; G.A. Almond y Coleman (Eds.), The Politics of the developing areas, 1960, cuyo capítulo sobre América Latina, informado y discreto, está escrito por George Blanksten; así como numerosos artículos dispersos por las revistas, entre los que descuellan a nuestro juicio los de S.N. Eisenstadt, especialmente: "Sociological Aspects of Political Development in Under-developed Countries" Economic Development and Cultural Change, Vol. 5 (1957) y "Soziale Entwicklung und politische Stabilitat" in Nicht-Westlichen Gessellschaften" en Kölner Zeitschrift fur Soziologie - und Sozial psychologie, 12 Jhargang - 1960 - Heft 2.

/sin mayores

sin mayores dificultades. El tercer mundo del que tanto se escribe y habla en estos instantes no es sólo un campo, naturalmente de experiencias económicas - no hablemos de los intereses de unos u otros -, sino de intensas innovaciones políticas en el más estricto sentido de aquella palabra. Se trata de milenarias culturas esforzadas por modernizar sus fachadas políticas a tono de sus transformaciones económicas, y en este caso nos interesan más que nada, en su significado intelectual naturalmente, las que siguen o intentan adoptar los modelos "occidentales", o son más bien en la mayoría de los casos - en particular en Africa - países obligados a resolver conjuntamente y a mata caballo los problemas de su organización nacional, sobre estructuras tribales aun persistentes, y de su organización político-constitucional, amén de los que exige una estructura económica puesta de pronto entre sus manos.

Pero aparte de esa abundosa bibliografía ha habido diversas reuniones internacionales dedicadas al tema. Descuellan la organizada por el Institut Internationale des Civilisations Différentes (INCIDE), reunida en München en 1960 para ocuparse de la cuestión de las capas dirigentes de los países subdesarrollados y el Seminario reunido en Wageningen (Países Bajos) para discutir el tema "Leadership in the Nonwestern World".[110] Quien esto escribe tuvo el placer intelectual de asistir a una reunión celebrada en la Universidad de Chicago, la North American Conference on The Social Implications of Industrialization and Technological Change, donde se examinó entre otras muchas, en ejemplar ambiente de convivencia intelectual, el tema de que ahora se trata.[111]

En estas reuniones como en la mayoría de los libros y artículos aludidos - directamente o por implicación - se nos informa a placer sobre Uganda, Ghana o Dahomey, sobre el Irak, el Líbano o el Magreb, sobre Laos,

---

110/ Comunicaciones cuidadosas sobre ambas reuniones se encuentran en números sucesivos de la mencionada revista Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozial Psychologie. Sobre la primera en el cuaderno 1 del año 1960, sobre la segunda en el N° 3 de ese mismo año.

111/ Por desgracia, el imperioso mandato impreso en las márgenes visibles de sus diversos documentos: Not for quotation or publication, me impide comentar o hacer uso ahora de alguno de los más interesantes a este respecto, de David E. Apler o del ya mencionado S.N. Eisenstadt entre otros. Particularmente penoso en el caso del último citado, por plantear algunas cuestiones acerca de las nuevas burocracias que, por excepción, pueden aplicarse a los países latinoamericanos.

Birmania o Indonesia, etc. etc., pero muy poco y casi nada sobre América Latina. Lo que no indica meramente desinterés sino intuición quizá inexpresa de que se trata de una realidad muy distinta. En cambio, en la reunión celebrada en México (diciembre de 1960) para estudiar los aspectos sociales del desarrollo económico, el interés por el tema fue tan intenso e intelectualmente apasionante, que estuvo casi a punto de tragarse los demás. Fue la expresión de un estado de conciencia que aunaba por igual a anglosajones y latinos. Pero no pudo analizarse como debiera por diversas razones que no es del caso examinar ahora. A la principal, sin embargo, hace referencia el propio informe del Grupo de trabajo y es el dato de "que el conocimiento científico y objetivo de los hechos políticos en América Latina no ofrece todavía un apoyo seguro para hacer recomendaciones específicas y que aún los aspectos teóricos no han sido suficientemente explorados."[112/]

En los estudios sobre el desarrollo económico - sea en nuestra región o por otros lados - los economistas son los que han llevado hasta ahora, como era legítimo esperar, la voz cantante. Y hubiera sido injusto pedirles que se hubieran ocupado por añadidura de otras cuestiones conexas con su tarea propia por muy importantes que algunas sean y no obstante el calibre enciclopédico de algunos maestros de la ciencia económica. (No sólo un Shumpeter, por ejemplo.)

El interés creciente por analizar el problema desde algunos de sus más importantes aspectos y ramificaciones no tecnicamente económicas, ha incitado por un lado la cooperación de otros especialistas, no sólo en las ciencias humanas. Y ha abierto, por otra parte, importantes canales en el estudio de muchos lados hasta ahora en olvido. El caso sobre la significación de los intelectuales - antes aludido - que ha llevado a acumular en poco tiempo numerosos trabajos es un ejemplo entre otros. Pero sin disputa alguna es el estudio del desarrollo económico en su *facies* política el más decisivo e importante de todos. Que esto no haya ocurrido con la intensidad debida hasta ahora, se debe a algunas características de esa disciplina, que conviene

---

112/ Véase, op.cit., Boletín Económico de América Latina, Vol. VI, N° 1, p.63.

/recordar, si

recordar, si se nos permiten de paso algunas gotas de sociología de la ciencia. Pues no se trata de que esa disciplina se encuentre per se, por razones constitutivas, en un estado de retraso científico no sólo frente a la economía, sino frente a la sociología misma.

Pero, para ceñirnos al caso de esta última ciencia, política y sociología, tienden a florecer en momentos muy distintos de situaciones sociales de la historia. La ciencia política ha sido hasta ahora - en su aspecto rigurosamente científico se entiende - por oposición quizá a la sociología - más estimulada al menos en sus grandes temas en épocas de tormenta y crisis - una ciencia de tiempos plácidos y seguros. Basta con echar una ojeada a un repertorio al día de la ciencia política, para convencernos de que sus más complicadas técnicas de investigación y los temas más rigurosamente científicos - la persecución, por ejemplo, de las más insospechadas correlaciones - se ofrecen en los países de una máxima estabilidad política, los Estados Unidos, Inglaterra - menos quizá -, pero muy particularmente en los países escandinavos. En otros - no es de pensar tan sólo en aquéllos cuyas circunstancias imponen el más discreto silencio - la situación es muy distinta. Un valeroso escritor no ha tenido empacho en declarar para su país la existencia de "un bilancio lamentevole:il sottosviluppo della scienza política en Italia".[113/]

Conviene que no nos traicione la vanidad y que con idéntico y modesto coraje reconozcamos que también América Latina - con excepción quizá ya del Brasil[114/] - sufre así mismo de parecido "sottosviluppo". En ningún otro problema se muestra mejor ese estado de rezago que en el que llevamos entre manos. Es de desear - hay que hacer todo lo posible - que esa laguna se colme prontamente, es decir, con objetividad y de acuerdo con las técnicas de investigación más adecuadas. Más no interesa - importa repetirlo - que por una equivocada ilusión de estar al día en las más complicadas de esas técnicas, se dejen de abordar con otras más sencillas los problemas más importantes.

113/ Véase Bruno Leoni en Il Politico 25, (1960).

114/ Basta con seguir, a título de ejemplo, las aportaciones - brasileñas, claro es - en la Revista Brasileira de Studos Políticos, Universidad de Minas Gerais, Belo Horizonte.

/c) La supuesta

c) La supuesta correlación de riqueza y democracia

Pues bien, en este instante del despliegue de nuestro tema - con conciencia de la formación "subdesarrollada" de quien la emprende - es imprescindible volver de nuevo a una correlación antes enunciada. La idea de que democracia y bienestar económico son fenómenos paralelos, se encuentra hoy en declaraciones de tan variada catadura - desde el libro científico al discurso en la plaza pública - que ni el más empeñoso de los eruditos podría intentar su colección, no ya completa sino pasablemente selectiva. En realidad, fuera de hacernos perder nuestro tiempo nada nos diría de mediano valor. Conviene a veces contentarse con la expresión más lograda de una opinión; y por eso, aunque nunca pueda estarse completamente seguro - reconocida con humildad la humana ignorancia -, conviene referirse en lo que sigue al intento más acabado del ensayo de formular y comprobar, en lo que cabe, la mencionada cuestión.

Seymour Martin Lipset, tiene un capítulo en el libro antes citado,[115] con el título por así decir inevitable de "Economic Development and Democracy". Es un ensayo ciertamente, pero apoyado en buen número de cuadros y citas bibliográficas. Innecesario parece repetir en este texto ninguna de las mencionadas tablas. Pues bien, la tesis esencial es la ya conocida:

a) que el estado de la democracia se encuentra en una relación directa con el desarrollo económico, que en una sociedad son tanto mayores las probabilidades de una democracia cuanto mayor sea su riqueza, y por tanto, que una sociedad dividida entre una masa miserable y una pequeña elite afortunada da lugar a la oligarquía (imperio dictatorial del delgado estrato superior) o a la tiranía (dictatura de base popular);

b) que el desarrollo económico en la medida en que se ve acompañado de ingresos cada vez más altos, de una mayor seguridad económica y de una educación más elevada y general, influye decididamente en la naturaleza

115/ Political Man, where, how and why democracy works in the modern world. 1960, Capítulo II. Una correlación en forma más complicada es la que ofrece Johan Äkerman, "Political Economic Cycles" en Kyklos 1 (1946), artículo que algo permite medio entrever de su libro Ekonomiskt skeende och politiska förändringar, Lund, 1946 (Cambio político y Cambio económico), pero aparte de ser para nosotros puro "sueco", según la popular expresión española, habría que tener la formidable formación del maestro de Upsala para poder enfrentarse con su tesis.

/de la

de la "lucha de clases", en la medida en que las capas inferiores adquieren ideas mucho más amplias y complejas sobre la realidad, social, de carácter reformista en consecuencia. "La creencia en un reformismo gradual sólo puede ser la ideología de una clase obrera relativamente acomodada. Pruebas concluyentes de esta tesis pueden encontrarse en las relaciones entre las formas de conducta política de las clases trabajadoras y el ingreso nacional en distintos países una correlación casi desconcertante en vista de los muchos otros factores naturales, históricos y jurídicos que afectan la vida política de las naciones";[116]

c) Sin embargo, cuando la industrialización ocurre muy rapidamente, introduciendo violentas rupturas de continuidad entre la situación industrial y pre-industrial, son mayores las probabilidades de que surjan movimientos obreros de carácter extremista. Con lo que tenemos aparte de una contraprueba, una confirmación de las posibilidades ya antes descritas de las llamadas "situaciones de masa".

No obstante, Lipset, que puede serlo todo menos un egghead en extremo "sofisticado", no deja de curarse en salud aquí y allá sobre las fallas de esa supuesta correlación inexorable, y en un breve apéndice metodológico apunta algunas razones de este último carácter.

Este mismo sociólogo en un importante estudio[117] posterior - por la fecha de su publicación al parecer - reitera alguna de estas ideas, pero aclara en forma más explícita en dónde está la verdadera clave de toda posible falla de la correlación. Procedamos invirtiendo la marcha de su propio pensamiento. Su expresión más incisiva interesa transcribirla en forma literal, pues por ella andamos mezclados los latinos de distintas lenguas: "La inestable estructura política de los modernos países latinos de Europa - Francia, Italia, España - parece residir sobre todo en la existencia de los factores económicos y sociales que retrasan el desarrollo en gran escala de la industria moderna. Este fracaso ha mantenido viva la tendencia de la burguesía a considerar como modelos de su conducta a

116/ Op.cit., p.61

117/ "Party Systems and the Representation of Social Groups", en Archives Européens de Sociologie, t. I, N° 1, 1960. El artículo en sí es muy interesante y toca otros temas que ahora no nos importan de modo directo.

/las tradicionales

las tradicionales clases superiores de la era preindustrial. A pesar de una considerable movilidad social,[118] se mantiene intacta la barrera de status no sólo entre la bourgeoisie et le peuple, sino entre las gradaciones prevalecientes dentro de esa misma burguesía. La clase empresaria conserva a menudo una actitud semi-feudal, que acentúa la estabilidad de la propiedad familiar, de tal manera que la empresa juega el papel que tuvo la propiedad agraria en la sociedad precapitalista, proveyendo las bases materiales del prestigio de la familia ..... Existe una hostilidad tradicionalista frente al contrato colectivo y ante toda forma de legislación laboral que reconozca la igualdad del obrero en el mercado económico. Por consiguiente, la clase obrera incapaz de formar sindicatos poderosos o de asegurar una 'ciudadanía' permanente dentro de la industria, continúa manteniendo esta típica actitud de 'enajenación' respecto de la comunidad política que es la característica de los trabajadores en los más de los países durante el período de la industrialización inicial."[119]

Esta imagen, a veces tipicamente anglosajona, queda aquí consignada sin la menor discusión, aunque no es lo más probable que la acepten los modernos sociólogos franceses e italianos o, por las mismas razones al menos, en algunas de sus partes. Lo que ahora nos importa es volver a la anunciada clave de las posibles incongruencias de la correlación comentada, la cual consiste en lo siguiente: que si bien es verdad que en las naciones más ricas es donde existen mayores posibilidades de democracia por ser menores las tensiones internas - quizá algunos dudasen asimismo de esta fórmula -, en virtud de una mayor igualdad en la distribución de los ingresos, en la educación y en el prestigio de la existencia de una clase media relativamente numerosa, no puede olvidarse sin embargo, que los sistemas democráticos dependen sobre todo de una vigencia, o sea de la creencia en la legitimidad de la élite, y ambas condiciones pueden operar de modo conjunto, pero también en forma independiente, cosa en que no ha insistido en forma debida el propio Lipset.

118/ Conviene recordar esta afirmación a los maníacos del tema de la movilidad.
119/ Op.cit., p.60

/La democracia

La democracia es ante todo, una creencia, una ilusión si se quiere, un principio de legitimidad. Sin esa creencia nada hubieran hecho los pueblos pobres por conseguirla, pero es también una "vigencia" que algún día puede evaporarse en la plenitud - real o potencial - de la riqueza. Para atenernos a los tiempos más inmediatos, nada hay más significativo a este respecto que el intenso desarrollo económico de Francia que se ha realizado en los años de una profunda inestabilidad política, próxima a veces a la liquidación de su democracia. Quizá el ejemplo italiano sea parejo aunque con menor intensidad. La correlación entre riqueza y democracia tiene en efecto una demostración concluyente en algunos pueblos - escandinavos y anglosajones sobre todo -, pero no sabemos propiamente - el clásico problema de la imputación causal - cuál es la parte que se debe a la riqueza y cuál la que corresponde a las tradiciones persistentes de una admirable y secular educación política y a los secretos de irreductibles fondos temperamentales.

d) La inestabilidad política

A pesar de todo, hay un elemento de verdad, en la famosa correlación entre democracia y desarrollo, y no hay por eso que echar a la ligera, a humo de pajas, la idea de que una general y equitativa distribución de ingresos medios relativamente elevados favorece la cordura y la calma de las actividades políticas. Y sin embargo la inestabilidad política no es un sinónimo de pobreza. Topamos así con la palabra que más veces se ha echado en cara a los latinoamericanos - hispanos o iberos en general - por ellos mismos o por extraños: su inestabilidad política. La región - para los más exagerados - de las revoluciones por minuto.

También si tuviéramos tiempo podría bosquejarse una pequeña exposición de las diversas interpretaciones de esta famosa inestabilidad. Los historiadores naturalmente nos abruman con sus relatos, rivalidades de familias, pasiones inconfesables, ambiciones legítimas pero desafortunadas, casos claros de diagnosticables demencias, en algunos casos - ¿para qué nombrarlos? - lo trágico mezclado con lo bufo, etc. Los sociólogos se apoyan en esos factores, para decirlo a lo Sheler, tanto de la "sangre" como del "espíritu", pero sin olvidar su preferencia por los puramente "económicos". Los investigadores más modernos acuden a conjugar fórmulas de la estadística, organizan

/cuadros de

cuadros de éstos o los otros índices o indicadores y quedan tanto más satisfechos cuanto mayor sea el número de sus cifras.[120/]

Ahora bien, si el observador extranjero se alarma con frecuencia, si es un turista apocado o un inversionista temeroso, el latinoamericano ha tomado hasta ahora - luego se dirá la razón del subrayado - esa inestabilidad con suma calma por lo general. En contadas veces se ha tratado de auténticas revoluciones y esos cambios "irregulares" en el personal gobernante, deplorables sin duda ante las enseñanzas de los derechos constitucionales respectivos, dejaban seguir a la vida su curso regular y alcanzaban una significación casi institucional. Si no idéntico venía a suceder algo parejo a los cambios de gabinete en el gobierno francés: por detrás de las herméticas complejidades en el juego político de ajedrez del Palais Bourbon la buena administración gala seguía imperturbable como si nada pasara, manteniendo por bajo de tanto cambio aparente la verdadera continuidad de la vida francesa.

120/ De esas casi copiosa bibliografía, tomemos tan sólo un par de botones de muestra que, aunque de autores norteamericanos, ha leído este autor en buen portugués sin poder juzgar de su valor literario. El primero de Merle King, "Contribuçao para una teoría de inestabilidade do poder e da política na America Latina," Revista Brasileira de Estudos Políticos Belo Horizonte, N° 5, enero de 1959, representa el punto de vista clásico histórico-económico-sociológico. El segundo de Russell H. Fizgibbon, "Avaliaçao estadistica da Democracia na America Latina", publicado en la misma revista en 1957, es como indica su título un ensayo de medición, en cuadros y gráficos, a base de diversas encuestas entre distintas personas, muchas de ellas - la mayoría en alguna de las encuestas - con elevados grados académicos. De ambos tipos podrían citarse otros estudios y es innecesario desde luego toda referencia a los distintos historiadores nacionales o del conjunto latinoamericano. Como único ejemplo se ofrece a continuación el cuadro construido por Merle King de la inestabilidad política desde la segunda gran guerra, es decir de los gobernantes - presidentes incluidos - depuestos por métodos irregulares.

Octubre de 1945	Venezuela	Junio de 1950	Perú
Octubre de 1945	Brasil	Marzo de 1951	Bolivia
Enero de 1946	Haití	Mayo de 1951	Panamá
Julio de 1946	Bolivia	Marzo de 1952	Cuba
Enero de 1947	Paraguay	Abril de 1952	Bolivia
Mayo de 1947	Nicaragua	Diciembre de 1952	Venezuela
Agosto de 1947	Ecuador	Junio de 1953	Colombia
Septiembre de 1947	Ecuador	Mayo de 1954	Paraguay
Marzo de 1948	Costa Rica	Julio de 1954	Guatemala
Junio de 1948	Paraguay	Agosto de 1954	Brasil
Octubre de 1948	Perú	Diciembre de 1954	Honduras
Noviembre de 1948	Venezuela	Enero de 1955	Panamá
Diciembre de 1948	San Salvador	Septiembre de 1955	Argentina
Enero de 1949	Paraguay	Noviembre de 1955	Argentina
Noviembre de 1949	Panamá	Noviembre de 1955	Argentina
Mayo de 1950	Haití		

Obra citada p. 11 - La lista seguiría hasta 1962.

/En la

En la época romántica de América Latina montoneras y cuartelazos de los grandes espadones costaron a veces regueros de sangre, pero sin alterar demasiado a fondo la estructura fundamental de los países. En los más apacibles tiempos posteriores las revoluciones de gabinete alteraron todavía menos la vida cotidiana. Ahora bien, todo esto, importa subrayarlo, es ya historia pasada que no puede repetirse. Y así como en Francia al combinarse un buen día el desprestigio popular de los cambios de gabinete con una grave constelación nacional e internacional se puso casi en trance de extinción a la democracia francesa y se abrió un difícil paréntesis todavía sin cerrar, nuestra inestabilidad política toma de pronto en estos años un cariz muy distinto. A partir de estos años ya la inestabilidad no puede tomarse a la ligera, y no sólo por peligros o temores que ahora no incumbe analizar, sino por un simple hecho decisivo que se refiere al problema que ahora llevamos entre manos. Y es que el desarrollo económico exige por esencia, y de modo irrevocable, un mínimo inalterable de estabilidad - es decir, continuidad - política. El crecimiento económico que hoy se persigue sólo es posible dentro de una determinada programación y ninguna programación existe sin un esfuerzo de segura calculabilidad, es decir, de imprescindible previsibilidad. Ahora bien, una frase anterior puede dar lugar a equívocos que es necesario despejar desde ahora: continuidad política no significa en las modernas democracias perpetuación de este o el otro partido, sino el cumplimiento de la línea de conducta - con las alteraciones circunstanciales de todo plan y programa - acordada en lo posible dentro de un compromiso común o al menos mayoritario. Habrá luego de indicarse cuales son las dificultades constitucionales, técnicas y organizatorias que se presenten hoy en grados más o menos semejantes en las actuales democracias industriales o si se quiere, en los modernos welfare states por doquier dominantes. Pero se requería precisamente al despejar ese equívoco, afirmar con la máxima energía que, a partir de ahora, el mantenimiento de la estabilidad política en América Latina es de una importancia capital.

/e) Las

e) Las deficiencias de la democracia

La inestabilidad política latinoamericana ofrece por el reverso de su medalla otra imagen cuya percepción puede dar lugar asimismo a penosos sentimientos. Pues semejante inestabilidad significa en fin de cuentas un estado deficiente de la democracia, no por todas partes y en todo momento, pero sí en algunos de unos y otros. Y esa experiencia, en la medida que afecta a una de sus más caras representaciones, ha sido a veces para el latinoamericano más penosa que la aceptación consuetudinaria de los cambios numerosos de los personajes gubernamentales. Además de ese sonrojo, por vivencia propia de las deficiencias de su democracia, se tropieza el latinoamericano por añadidura, con las clasificaciones de la ciencia, propia o foránea, de la situación política de sus respectivos países, capaces de acentuar todavía más los colores de aquel estado de ánimo. Una, entre las más sencillas, es la que distingue entre los distintos países según predominen en ellos una de estas cuatro situaciones: democracias estables, dictaduras de no menor estabilidad, democracias inestables o dictaduras de naturaleza semejante. Pero no puede menos de encararse a veces con otras más complicadas, que con los más diversos simbolismos no dejan escape al más ilusionado engaño.[121/]

Negar las deficiencias de esa democracia sería repetir el tan citado gesto - quizá fantástico o no bien explicado - del avestruz. Pero no se trata tampoco de dejar al buen latinoamericano sin consuelo alguno y sin un mínimo de justificación. Intentarlo equivaldría a apelar la historia. En un caso, es la de la propia América Latina, que no está exenta de relativos largos períodos en que esa democracia ha funcionado en unos y otros países con aceptable compostura. Es decir, con la relativa perfección que es común patrimonio de todas las instituciones humanas. En el otro caso se trataría de la formación de esa democracia en los países que la exhiben hoy en su mejor semblante. En los mejores de los casos - contando siempre con las experiencias acumuladas en la centenaria actividad europea - el

121/ Véase, como un ejemplo, el cuadro 5 del capítulo final de Almond y Coleman op.cit., p. 362 y 363. Aun queriéndolo, y con todos los permisos, no podría reproducirse ese cuadro sin explicar de antemano la novísima terminología inventada por los autores de ese libro.

/relato comenzaría

relato comenzaría en los lejanos tiempos medievales, trátese de Aragón o de Inglaterra, y tendría que mostrar toda una serie de altibajos, de avances y retrocesos, para acabar casi en nuestros días con la exposición recientísima de sus últimas conquistas: sufragio general - lentamente conseguido a partir de los viejos tipos censitarios -, voto femenino, formas de "referendum", etc.etc. Se mostraría, además, cómo en la propia Europa magisterial, no siempre se ha avanzado por todas partes de igual suerte, cojeando con frecuencia en muchas ocasiones. Intentar ese relato en estos instantes sería por lo menos supérfluo, pues cualquiera puede encontrarlo en los buenos libros de historia política, siempre que no estén escritos ad usum delphinis. Pero en ningún caso debería realizarse esta empresa con el fin de cegarnos a la realidad, que es deber de todo adulto examinar de frente y sin el menor pestañeo.

f) La estabilidad democrática norteamericana

Conviene por eso, reconocida la deficiencia, examinar la textura de algún caso relativamente ejemplar y de algún otro que, siéndolo menos, pueda ser aleccionador en nuestras circunstancias. Esquivemos la atracción, consuetudinaria en este caso, de la vieja Inglaterra, y no sólo por su divulgado conocimiento, a pesar de su innegable complejidad y "singularidad", sino porque al tratarse de América Latina nadie niega dentro del continente en su conjunto el espectacular modelo de los Estados Unidos.

La pregunta es ésta: ¿cuál es la explicación de la estabilidad democrática en ese país? No hay ningún norteamericano - de formación intelectual se sobreentiende - que crea y sostenga que la democracia estadounidense es una realidad perfecta y sin mácula, no merecedora en muchos de sus puntos de mayor perfección y correcciones oportunas. Insistamos una vez más en la relatividad de todo lo humano. Pero no por eso ningún norteamericano inteligente deja de preguntarse cuál es la razón de la estabilidad política en un país de tamañas dimensiones

/y de

y de tan heterogénea formación. Hay por supuesto numerosas respuestas de political scientists y de sociólogos. A uno de ellos habremos de referirnos y no por motivos de preferencia profesional, sino en méritos de su precisa brevedad. Se trata de un joven - supongo - discípulo de T. Parsons que ha escrito uno de los mejores y auténticos "manuales" de sociología entre los que circulan - quizá en exceso - en lengua inglesa.[122/] Pues bien en alguna parte se hace la pregunta antes formulada y la responde de acuerdo con las mejores enseñanza de sus maestros y, a no dudarlo, de su propia reflexión. He aquí en la respuesta esencial a esa pregunta, un resumen aún más concentrado por quien ahora la comenta, pero procurando conservar lo más posible de sus expresiones literales.

¿En qué fundar la estabilidad del sistema político "americano"? Al parecer en la serie de los siguientes hechos: a) en que apenas existen grupos de ciudadanos que no sean capaces de expresar sus deseos en la manera suficiente para influir sobre el gobierno (cierto que, existe el espinoso caso del negro, pero hoy no sólo empieza a

---

122/ Harry M. Johnson, Sociology: A systematic introduction, 1960. El capítulo que importa es el 14 y las páginas citadas: 385 a 389. Parece oportuno recordar en la ocasión para los aficionados a las interpretaciones sociológicas, que el maestro antes citado, Talcott Parsons, tiene unas páginas que justifican de suyo la anterior calificación y están por añadidura entre las menos esotéricas de tan dificultoso - como negarlo - prosista. Se trata de un escrito "ocasional", o sea de un enfrentamiento crítico al celebrado libro - y no sin razón, naturalmente - de C.W. Mills The Power Elite, 1956; pero partiendo de ese "texto y pretexto" ofrece una original e interesante teoría de la estructura política norteamericana. El artículo "The Distribution of Power in American Society" lo ha recogido posteriormente en el volumen titulado Structure and Process in Modern Societies, 1960. Quizá tenga un interés parejo otro artículo motivado por idéntica recensión crítica: David Easton, "An approach to the Analysis of Political Systems" en World Politics, Vol. 9 (1957).

/atenuarse en

atenuarse en el sur, sino que está compensado con el voto de sus iguales en el norte y por la acción de las Organizaciones creadas para su defensa); b) en que la voluntad política no sólo se expresa en los espaciados momentos del voto, sino por la acción de pressure groups y de otros tipos de organizaciones y formas de manifestar intereses o aspiraciones; c) en que los distintos grupos en competencia política, no enfrentan de modo excluyente e irremediable a los distintos segmentos de la población de los que todos, en cierto punto, se reclutan; d) en el arraigado carácter institucional de las "magistraturas" políticas (the institutionalization of role responsibility in office); e) en el respeto casi general (all but complete consensus) de la constitución, del sistema de partidos y del sistema electoral; conocido es - lo más importante - el carácter casi mítico de la creencia en el valor intangible de la Constitución, y f) en la posibilidad permanente de formación de "grupos potenciales", es decir, grupos capaces de enfrentarse con alguno de los ya existentes y de exigir por tanto en esa confrontación "el mantenimiento de las reglas del juego" democráticas. Naturalmente, Johnson no olvida ni la ausencia de conflictos religiosos, ni la atenuación histórica de la lucha de clases, lo que supone - por sabido se calla - el mayor bienestar económico del país.

Ahora bien, frente a la realidad latinoamericana interesaba especialmente la subrayada acentuación que cobran los aspectos de legitimidad. Y pues que ha habido antes extensas referencias a la correlación "materialista" democracia y riqueza, es justo insistir ahora en la versión "idealista" que insiste más que nada en el valor de las creencias, en el peso de seculares "vigencias intangibles" (valor del sistema político, valor de la autoridad legítimamente constituida, valor de las reglas de juego, valor del diálogo entre iguales, valor del significado humano del compromiso razonable).

/g) El caso

g) El caso de Alemania

Si ahora volvemos a la contrafigura antes anunciada elijámosla esta vez sin titubeos no en América, sino en Europa. Pensemos en Alemania, por tantas cosas no menos admirable que los Estados Unidos - nadie imagine en desplazadas comparaciones - pero cuya historia democrática ha sido - digámoslo con suavidad - poco edificante. No sólo hay que tener en cuenta los años catastróficos de la patología nazi, explicable quizá en sus orígenes por un complejo de causas ya hoy de todos conocidas. Se trata de recordar la historia entera de esa infortunada democracia desde los días aciagos del fracasado 48. ¿Qué hechos y con igual precisión a los antes reseñados respecto a los Estados Unidos pueden explicarlo? Un artículo de uno de los más prometedores sociólogos contemporáneos - más que promesa en verdad - Ralph Dahrendorf [123] nos ayudará a fijar algunos puntos esenciales. Vayamos, pues a la ligera con la esperanza de no cometer grandes errores.

La estructura social de Alemania, fue hasta el presente - la de la República Occidental - poco favorable a la consolidación de la democracia, por los siguientes hechos, entre otros:

a) Por la permanente defección de sus clases medias. La antigua, en la medida en que por oposición a lo ocurrido en otras partes - y no obstante sus ideas liberales - no supo ser el verdadero soporte de la revolución industrial hecha en Alemania (de 1871 a 1914) desde arriba; la "nueva", apenas liberal, prefirió entregarse para la defensa de sus intereses a la protección del estado.

b) Porque el capitalismo alemán careció del típico dinamismo de otros países - Inglaterra o los Estados Unidos - en el grado en que estuvo dirigido por la acción del estado. De esa suerte, si recordamos el hecho de la diferenciación y relativa autonomía de las distintas instituciones y élites a que antes se hizo mención, aconteció en Alemania una determinada confusión e imposición de dominio. "El estado fue en Alemania el ámbito institucional que dio el tono dominante", mientras que en las sociedades burguesas, por el contrario, ese tono provenía del lado económico (Shumpeter).

123/ "Democratie und Sozial Struktur in Deutschland" en Archives Européens de sociologie tome I, 1960 - N° 1.

/c) Porque

c) Porque en vez de la discusión y el compromiso fue una característica germánica la regulación autoritaria de los conflictos sociales. Elementos utópicos y totalitarios muy difíciles de desterrar, todavía hoy, al parecer.

d) Porque los intelectuales, mantuvieron por lo general una tendencia a la "enajenación", o, dicho en términos corrientes, un relativo desinterés por la cosa pública, con notables excepciones, claro está. "En Alemania es un fenómeno poco frecuente, la existencia de intelectuales con conciencia de su carácter de miembros de su propia sociedad, y dispuestos, por tanto, a enfrentar las realidades de su efectiva estructura con la debida distancia crítica".[124/] Las tremendas experiencias del régimen hitleriano, de la guerra y de la postguerra, han producido cambios profundos en la estructura social alemana y por consecuencia en las posibilidades de una verdadera política democrática, que hoy comienza, según parece, a estabilizarse. Por lo menos nunca se han dado según Dahrendorf mayores posibilidades, y el futuro confirmará o no la predicción.

Importa declarar que en este apretado resumen no se han tenido en cuenta otros hechos, así como numerosos matices - sutiles como suyos - del sociólogo alemán. Nos interesaba no tanto el contraste con la precedente interpretación de la estabilidad democrática norteamericana, como el interés que tiene para los latinoamericanos la meditación sobre algunos de esos puntos. Por ejemplo: sobre el papel de las clases medias, cuya autonomía dinámica es fundamental aún dentro de las programaciones económicas mejor concebidas - dentro del estado democrático naturalmente -; sobre la significación de las capas intelectuales a que en distintos momentos nos hemos referido: ni adventurer capitalist ni adscritos resignados a la nómina.

Ahora bien, aunque es cierto que son muchos los caminos - y habrá que insistir - que conducen a la realización de "una democracia" y que todo induce a pensar - algo más por tanto que un pío deseo - que las "nuevas clases" políticas latinoamericanas sean capaces de articular energicamente en sus idearios los mandatos que impone la programación del desarrollo económico y encarnar la virtud del compromiso en sus tratos recíprocos, no cabe pasar por alto la posibilidad de algunas dificultades en caso de que no acierten a

124/ Op. cit., p.113. Paráfrasis más que traducción literal.

/inspirar el

inspirar el fervor popular en torno de propósitos y metas que sean aceptables en su conjunto - es decir, con diferencias menores - para el grueso de la nación. R. Aron ha llamado la atención sobre el hecho de que las democracias iberoamericanas, más bien que al tipo anglosajón - no obstante la frecuencia de los regímenes presidenciales - pertenecen en realidad al tipo latino, francés o italiano. (Lo ha sostenido en diversas ocasiones que no es necesario ni posible recordar.) Pues bien - y ahora sí cabe hacerlo con una cita exacta - esa similitud lleva consigo algunos peligros igualmente comunes. "La démocratie de type latin est celle qu'affaiblit le non-ralliement au régime d'une gauche communiste ou communisante et d'une droite autoritaire ou réactionnaire. Or, manifestement, telle est la situation dans toute l'Amérique du Sud, aux prises avec d'extrêmes difficultés économiques et sociales. Là même où la phase des coups d'Etat militaires est dépassée, la phase suivante sera celle d'une guerre froide entre modérés et extrémistes (des deux bords) non celle d'une stabilisation constitutionnelle".[125/]

Hemos acabado así mordiéndonos la cola con estas consideraciones sobre la estabilidad política de América Latina y, sin quererlo ni beberlo, con un retorno al viejo tono pesimista. Las afirmaciones de Aron son, a no dudarlo, en extremo tajantes y desde luego discutibles en su tesis - sociológica - de fondo. Lo que importa es que se discutan - no nos interesa ahora su plena o relativa razón -, es decir, que se examinen con la mayor objetividad por los dirigentes o intelectuales latinoamericanos con mayor conciencia de sus responsabilidades actuales. Sean o no correctas semejantes proposiciones, su consideración cuidadosa puede aportar orientadoras claridades a los nuevos grupos dirigentes.

Ahora bien, toda esta democracia de que se ha venido tratando corresponde a una realidad que no ha permanecido inalterable a lo largo de los casi doscientos años de su existencia. ¿Qué ha ocurrido durante todo ese tiempo con la democracia y los órganos políticos a través de los cuales se traduce? ¿Cuál es la naturaleza de la democracia en las actuales sociedades industriales más avanzadas? Las primeras preguntas pudieran parecer inoportunas por demasiado abstractas o teóricas; la fórmula de la última - mucho más concreta - tiene, por el contrario, extremado interés para los países latinoamericanos en la actualidad.

125/ Véase La démocratie à l'épreuve du XXème siècle, Calman Levy, París, 1961. Aunque resultado de un "coloquio" y por tanto con el estilo vulgarizador, contradictorio y a veces casi familiar, de este tipo de reuniones, no deja de tener valor para los interesados por los problemas que ahora nos ocupan.

h) Las mudanzas en la estructura de la democracia

Aburre repetir - y sobra por eso la compañante petición de excusa - que sobre tales cuestiones sólo cabe decir aquí - con nervioso paso - lo verdaderamente esencial. Suele reconocerse, hasta que no aparezca otra que la supere, que la mejor exposición de las mudanzas ocurridas en la estructura de la democracia al paso de las últimas décadas es la de G. Leibholz,[126/] y que a pesar de la comprensible acentuación de las experiencias referentes a su propio país - Alemania - vale en su conjunto y en general para todos los demás. Para evitar caer en la tentación de examinar algunas de las cuestiones técnicas que salen al camino, prefiero no seguir el mencionado escrito y acogerme al esquema general de otro trabajo del mismo autor,[127/] que no está dirigido a "expertos" y colegas, sino al gran público en general, y que tiene como tema principal señalar algunos de los peligros que todo ese proceso lleva consigo para el mantenimiento y defensa de las libertades individuales. Tema éste que sólo más tarde en un solo punto valdrá quizá la pena insinuar.

Los tres momentos en que aparece distinta la situación de las libertades individuales son los siguientes: primero, el de la monopolización del poder legislativo por el parlamento; segundo, el de la sustitución de la democracia liberal y representativa por la democracia radical e igualitaria del estado de partidos; y tercero, el momento constituído por el desarrollo cada vez más acentuado del denominado Welfare State, término éste que todavía no ha encontrado una adecuada versión canónica en lengua castellana. Pero cumpliendo nuestra promesa - eludir el tema de las garantías individuales - los dos conceptos esenciales que hay que poner frente a frente en la evolución de la democracia son los contenidos en el segundo momento de los antes consignados, o sea, la oposición de la vieja democracia liberal y representativa, a la democracia, contemporánea radical e igualitaria del Estado de partidos. Los términos en que se expresa esa oposición no son quizá afortunados - carecen de la necesaria gracia plástica y expresiva - y no es por

126/ Gerhard Leibholz, Strukturprobleme der Moderner Demokratie, 1958.

127/ Gerhard Leibholz. "Die Bedrohung der Freiheit durch die Gesetzgeber" en Freiheit der Personlichkeit (Una serie colectiva de alocuciones radiales), 1958.

/eso cosa

eso cosa fácil, sin entrar en cuestiones técnicas de detalle, poner en claro lo que significan esas diferencias, entre ambas formas de democracia. Atañen por una parte a la estructura interna misma del Parlamento, a la cooperación entre los clásicos Poderes legislativo y ejecutivo, y a las relaciones del Parlamento con la sociedad en general. A riesgo de cometer generalizaciones indebidas tratemos de expresar con las menos palabras posibles lo que ese complejo de conexiones significa. En primer lugar, el predominio cada vez mayor del ejecutivo y lo administrativo frente al parlamento. En segundo lugar, la alteración en la vida interna del parlamento, o sea, en la "representación" y modo de actuar de los partidos - de los parlamentarios mismos en estricto sentido - así como la penetración invasora, por así decir, de lo administrativo en los cometidos tradicionales de ese Parlamento. En tercer lugar, la pérdida o atenuación de la exclusividad en la participación política del Parlamento mismo, al lado de otras formas de participación surgidas lentamente en el seno de la sociedad misma.

Por otra parte, si bien es claro el término "Estado de partidos" cuando se aceptan determinados principios constitucionales - no siempre existentes en todas partes - puede inducir a algún error la calificación - sin precisas explicaciones - de "representativa" dada a la primera forma de la democracia, pues la "segunda" no la posee con menor carácter.

Por eso, a pesar de sus predilecciones por expresiones excesivas y aún paradojales, quizá sea más luminosa, desde un punto de vista sociológico la interpretación hecha de todo ese acontecer por Siegfried Landshut.[128/] En la medida en que democracia y vida parlamentaria pueden considerarse como cosas equivalentes, las fases históricas de esta última pueden explicarnos la situación con mayor claridad. Hay una primera fase, según Ladshut, que describe como la de la democratización del parlamentarismo. Sus ingredientes son conocidos por todos y casi huelga reseñarlos: extensión cada vez más amplia del electorado; transformación de los partidos desde las flexibles asociaciones de notables que eran en un principio hasta las organizaciones disciplinadas y relativamente rígidas que constituyen en la

128/ "Wandlungen der parlamentarische Demokratie" en Hamburguer Jarbuch - ya citado - año 4 - pp. 150-162.

/actualidad; transformación

actualidad; transformación del sistema electoral desde el primitivo mayoritario al proporcional hoy dominante. (No siempre ni mucho menos, sea dicho entre paréntesis. Todo esto es archisabido.)

Pero, en cambio, la segunda fase está mucho menos explorada y tiene singular interés para el sociólogo. Cabalmente, porque se caracteriza desde este último punto de vista, por las transformaciones ocurridas en la estructura social durante el desarrollo de su creciente industrialización. Dado el hecho de que esas sociedades han ido realizando poco a poco una nivelación en muchas de las anteriores diferencias sociales - ingresos, niveles de vida y formas de cultura y convivencia - se ha producido, como fundamental consecuencia, una despolitización del gobierno democrático parlamentario. Fórmula quizá extremosa para algunos, que conviene por eso examinar con mínimo detalle. Las consecuencias, en una palabra, de las transformaciones de la estructura social se han traducido políticamente en los siguientes hechos, entre otros:

a) en que "La creciente homogeneización social deja cada vez menos espacio a la multiplicidad de partidos"[129], y una consecuencia de ello sería la significación menor de las ideologías, tesis mantenida por diversos pensadores y a la que ya antes se aludió en estas mismas páginas;

b) en que la preocupación cada vez mayor por la diversidad de actividades estatales que afectan al ciudadano - sea o no común - en el campo de la economía, de la salud, de la seguridad social, de la educación, etc., han conducido a "una atrofia de los sectores políticos de las modernas democracias parlamentarias y a una hipertrofia correspondiente de la administración"[130];

c) en que la mayor participación del indviduo en numerosas organizaciones privadas - sean o no de puros intereses materiales - vuelca cada vez más la atención hacia el significado político de semejantes "grupos de intereses", que por cierto se orientan "predominantemente hacia el ejecutivo como centro de la actividad estatal".[131] (Tampoco siempre

129/ Ibid, p.157.
130/ Ibid, p.159.
131/ Ibid, p.161.

/cierto por

cierto por todas partes - USA - como es necesario advertir de nuevo en otro paréntesis.)

Con todo, la tesis general es muy incisiva y conviene no echarla en saco roto, incluso en su fórmula al parecer más extremada, o sea, la de que todo este proceso significa al mismo tiempo la socialización del gobierno por una parte y la nacionalización de la sociedad por la otra. Tanto más cuando ese proceso tiende a completarse con la conciencia del carácter deficiente de la tradicional política nacional y doméstica, que lleva a exigir por todas partes integraciones supra-nacionales y, en lo posible, el mantenimiento de una solidaridad universal dentro de la comunidad de las naciones. Es muy posible, en efecto, que hacia esas características tiendan todas las sociedades industriales - de uno y otro bando, para recordar un tema antes ya apuntado - aunque nadie pueda prever ni la rapidez de la marcha ni las variaciones posibles de la orientación general.

Es sin embargo un hecho altamente significativo, que si se examina un catálogo de las publicaciones más recientes de la ciencia política, resalte la absorbente preocupación por determinados temas que tocan - directa o indirectamente - los principales problemas indicados. Sólo influyen, como es natural, las inclinaciones de las distintas tradiciones académicas y nacionales. Sin olvidar a los americanos - inventores por lo menos del término -, los italianos y los franceses acumulan sin cesar nuevos estudios sobre los grupos de presión. Y los ingleses y los alemanes, que tampoco desdeñan tales grupos, quizá se destacan, los primeros, por sus meticulosos estudios sobre la organización parlamentaria,[132/] y los segundos por sus investigaciones acerca de los partidos y de su articulación parlamentaria en "fracciones" y comisiones técnicas. Tampoco es de extrañar que se haya resucitado la vieja idea de la denominada representación de los intereses profesionales,[133/] que apasionó hace algunos años y que ahora se examina con mayor profundidad y conocimiento de causa.

132/ Véase por ejemplo Parliamentary Reform, 1933-1958, A survey of suggested reforms, Hansard Society for Parliamentary Government, 1956.

133/ J.H. Kaiser, Die Repräsentation organierter Interessen, 1956, libro que desplaza por su valor a todos los anteriores sobre el mismo tema.

i) La democracia pluralista

A pesar de todo lo que viene de ser escrito se nos dirá, y con razón, que no hemos dado todavía con una fórmula que exprese en forma concisa el mencionado complejo de ingredientes de la democracia moderna. Sin embargo, esa fórmula existe, y, sea o no afortunada en sus términos, goza hoy ya de la aceptación general. Se trata de la denominada democracia pluralista. Tratar de exponer ahora su contenido con sistemático detalle, no sólo sería impertinente en vista de que el tiempo apremia y la paciencia se agota, sino porque no habría de consistir sino en articular, en forma lógica, todos y cada uno de los fenómenos antes mencionados.

Sin embargo, incapaces de total renuncia, baste con recordar con brevedad telegráfica que la democracia pluralista consiste en esencia en la aceptación política de la realidad social como un conjunto de grupos muy diversos, cada uno con distintos intereses y, por tanto, con inevitables conflictos y discusiones entre ellos, pero que se someten a la norma común para buscar en cada caso el convenio y compromiso más adecuado, a sabiendas, naturalmente, de su carácter temporal. Más semejante pluralismo de intereses y convicciones, esa fructificación fecunda de la tolerancia, sólo puede obtenerse caso de existir ese agreement on fundamentals con tanto acierto comentado y explicitado por un gran maestro germano-americano de la ciencia política.[134/]

Ahora bien, a pesar de que esa democracia pluralista se vive hoy de una u otra forma en los países occidentales más avanzados, quizá los escandinavos muestran el mayor éxito - por regalo de los dioses o contingencia de la historia - en el logro de su realización. Quién quiera pues conocerla en esa su plenitud, quizá haría bien en acudir a la experiencia de esos países nórdicos, en este punto afortunados, sin dejarnos tentar por eso como en otras ocasiones, por la copia servil, de modo que a semejanza de los chalets alpinos de nuestras tierras cálidas, consigamos disfrazar de lapones a nuestros buenos araucanos.[135/]

134/ Carl Joachim Friedrich, Demokratie als Herrschafts und Lebensform, 1959 (prolongación y depuración de unas lecciones en Heidelberg de su libro anterior The New Belief in the Common Man), capítulo VII.

135/ La bibliografía no es escasa. Un conciso estudio sumamente instructivo es el de Gunnar Heckscher "Pluralist Democracy - The Swedish Experience" en Social Research, diciembre 1948. Desconozco, en cambio - drama frecuente del intelectual de nuestros pagos - otro libro del autor traducido al francés y de título en extremo explícito Demócracie efficace. L'expérience politique et sociale des pays scandinaves, 1957.

j) Democracia y planeación

A pesar de los comentarios anteriores sobre las preocupaciones más actuales de la investigación sociológico-política contemporánea, causa extrañeza, por no decir estupor, que apenas existan investigaciones sobre el punto más importante de la democracia contemporánea al menos para nosotros los latinoamericanos: el de las relaciones entre democracia y planeación económica. Y esa carencia, por lo mismo que es tan extraña y alarmante, nos pondría en un brete de intentar explicarla o interpretarla. No es cosa pues de intentarlo.

El hecho es que desde el día en que la noble figura de Karl Mannheim - el mayor sociólogo de estos tiempos después de Max Weber - lanzó el tema de la "planificación para la libertad", entregándose con toda pasión a la defensa del "tercer camino", de lo que él llamaba una democracia militante, obligado es reconocer que no es mucho lo adelantado en este terreno. Su prematura muerte o el carácter misional de sus últimos días - ya lejanos de la densidad mental de los primeros - le impidieron completar por sí mismo su tarea. Quizá también el riguroso carácter técnico de la misma. Desde entonces, sobre democracia y planeación se ha hablado en abundancia, y no siempre con la peor fortuna - acuidad intelectual se entiende - por parte de sus detractores.

No hace mucho Gunnar Myrdal,[136/] volviendo sobre el tema, no avanzaba tampoco demasiado en lo concreto, pero hacía una importante distinción que no se ha perseguido en forma debida. En la tendencia generalizada hacia el Welfare State, al lado de la dominante en la órbita soviética, distinguía dos formas diferentes de planeación, según se tratara de los países ricos - y también su experiencia, naturalmente, es sobre todo escandinava - o de los países subdesarrollados. Poco sin embargo pueden aprovechar estos últimos de sus páginas con algún valor específico. Y el mencionado Friedrich dentro también de ideas generales, alcanzaba no obstante una expresión, que dentro de su amplitud encierra el punto clave de la planeación en las democracias pluralistas:

136/ Beyond the Welfare State, 1958.

/"La planeación

"La planeación como conformación pluralista de la comunidad es el encauzamiento y la coordinación de la actividad de esa comunidad en virtud de un programa de conjunto, en particular respecto de la utilización de los recursos económicos. Ese encauzamiento se consigue de acuerdo con la voluntad de la comunidad expresada a través de la constitución y de los organismos representativos."[137]

Ya que ha salido una y otra vez el estado benefactor - desconozco si podrá aceptarse esta fórmula - no sería correcto olvidar que el reconocimiento de su existencia, ha planteado en una y otras partes diversos problemas, según la vivacidad con que haya sido sentido o de acuerdo con ciertas propensiones intelectuales. Pocos ejemplos bastan. Un inglés como Richard M. Titmus,[138] a tenor del temperamento nacional, preferirá enfrentarse con los temas más terriblemente concretos (el servicio de salud pública inglés; la familia frente a la industrialización, o el sistema de pensiones y los cambios de población, etc. etc.), para ir destilando de su examen, y como sin quererlo, los delicados problemas constitucionales y jurídicos que plantea la puesta en marcha del Welfare State. Al contrario, un germano como Ernst Forsthoff,[139] se plantará por derecho ante las astas del toro para formular en forma abstracta y sistemática algunos de los problemas más serios que el Sozialstaats plantea a la cavilación de los juristas. Teniendo en cuenta también algún otro escrito de este autor, he aquí el esquema de esos problemas, o sea de los que en este momento nos atañen.

a) Existe una incongruencia entre la estructura constitucional de los estados modernos - se entiende Estados todavía de Derecho - y las tareas que se le proponen y le son impuestas. El tema de la programación en los países tanto desarrollados como menos desarrollados, salta a la vista como esencialmente incluído en este punto y nos importa de manera especial en América Latina.

b) Dada la ampliación cada día mayor de las tareas de la administración es cada vez más difícil el ejercicio de lo "contencioso", es decir de la

137/ Op. cit., p.97.
138/ Essays on the Welfare State, 1957.
139/ Verfassungsprobleme der Sozialstaats, 1953.

/defensa ante

defensa ante el estado de los derechos individuales. Tanto más cuanto que el Sozialstaats - Welfare State - o Estado Asistencial -, siendo como no puede menos de ser un estado distribuidor tiene que emplear, y utiliza cada día, procedimientos especiales que por sutiles y complejos son difíciles de someter al control jurídico tradicional.

c) El Estado Benefactor aporta consigo, como algo evidente, la ampliación de la burocracia. Ante esa dilatación del aparato burocrático el primer gesto de temor induce a recortarlo o debilitarlo en la medida de lo posible. Ahora bien acontece algo paradógico, que no se puede pasar por alto, y es que la mayor garantía del individuo frente a esa burocracia, consiste cabalmente en que ella sea de la más severa integridad y que disfrute por tanto de la mayor autoridad posible.

Ninguna de esas cuestiones - meros tecnicismos jurídicos al parecer ante una mente distraída - pueden ser esquivadas cuando se analizan en serio las relaciones entre la planeación económica y la democracia. Mucho se ha adelantado en estos últimos años en los países latinoamericanos, en el reconocimiento generalizado de la importancia que tiene para su desarrollo económico la reforma a fondo de sus sistemas administrativos. Se reafirmó de modo explícito e insistente en las discusiones y recomendaciones del Grupo de Trabajo reunido en México en diciembre de 1960 para estudiar los aspectos sociales del desarrollo económico según consta en el Informe tan diversas veces citado. Se ha llevado a cabo en este campo una vigorosa campaña educativa (creación de diversas escuelas administrativas, seminarios, publicaciones, etc.), y no faltan ejemplos de que una seria investigación ha comenzado en diversos países o bajo el patrocinio de organizaciones internacionales.

Pero como antes se aludió al "procedimiento contencioso", quizá no sea inoportuno, como de pasada o entre paréntesis, hacernos eco de una preocupación de algunos latinoamericanos que el autor de estas líneas - jurista al fin, aunque no brillante, en algún tiempe - no deja de compartir. Y se trata de lo siguiente: dada la situación no muy alentadora - con excepciones, claro está - de nuestras burocracias oficiales, es sólito tratar de corregir la situación poniéndose bajo la influencia de la public administration norteamericana, que ha tenido en estos años un extraordinario y admirable florecimiento. Esa inspiración no tiene de por sí nada de objetable, pero como la tradición de nuestras administraciones era de corte

/continental -

continental - de preferencia francés - estamos ante un caso de alguna dificultad, independiente del supremo interés sociológico que presenta todo problema de "recepción". (Para no salirnos del campo jurídico, la más ilustre de entre ellas: la famosa "recepción" del Derecho Romano.) Pues bien, el peligro está - y ojalá fuera puramente imaginativo - en que no haya vigor bastante de asimilación para dejar a salvo en este otro esfuerzo de "recepción" lo más valioso de la tradición vieja, su contenido jurídico, es decir el derecho administrativo mismo. Y camina hoy por todas partes en tan malas andanzas el venerable Derecho, que sería lamentable que también aquí en el caso del Administrativo fuera a evaporarse su esencia. Temen así algunos que ante la precipitada recepción - por urgente sin duda - de la referida public administration, la preocupación esencial - jurídicamente hablando - por lo contencioso pueda quedar capitis disminuida, por la atención preferente ante lo eficaz, ahogada entre puros diagramas y esquemas de "organización y control". Sin embargo, ante los malentendidos que ocasiona alguno que otro majadero, importa subrayar que nada hay que oponer en principio - sino al contrario - a la debida y bien asimilada "recepción" de las técnicas cuidadosamente elaboradas por el talento norteamericano en una importante disciplina.

A pesar de todo, insistamos, la tarea se encuentra todavía completamente abierta, estimulando la dedicación de las nuevas generaciones. Hay trabajos estimables, pero hasta donde podemos saber - y la ignorancia posible se declara una vez más - creemos que no se ha escrito todavía la obra definitiva - es decir, por este momento - que articule en forma técnica los problemas de la planeación económica dentro de las democracias parlamentarias. Nuestros países lanzaron - según parece - la institución original de las denominadas Corporaciones de Fomento o de otros títulos semejantes. La idea de la programación al cundir últimamente entre ellos ha hecho también que broten aquí y allá - con abundancia a veces - Consejos y Juntas de uno u otro tipo. Pero no sólo existen esos organismos. Se dan también partidos, sindicatos y grupos de intereses de la más varia naturaleza. ¿Cómo vincular toda esa actividad, de modo que a través del Parlamento pueda darse esa orientación concordada que represente, a tenor de la frase anterior de Friedrich, la voluntad nacional?[140/]

140/ Algunos materiales interesantes en este sentido han sido reunidos en el libro del economista chileno Luis Escobar Cerda Organización para el desarrollo económico, Santiago, 1961. La tarea, sin embargo está en sus comienzos.

/k) ¿Existe una

k) ¿Existe una sola forma de Democracia?

Descomunal parece la pregunta de este encabezado y desaforada o fuera de lugar en estas páginas, si no declinamos solemnemente de antemano todo intento de considerarla en su sustancia filosófica o en su completo contenido político-sociológico. El último gran filósofo que se ha atrevido con el tema del valor de la democracia en toda su radical profundidad ha tenido que apelar a la Razón (Vernunf) con mayúscula, para defenderla contra las irracionales alternativas que en su lugar parece brindarnos nuestro tiempo. Y aunque se impone renunciar a la atracción de seguir algunos de sus luminosos análisis - complicados desde luego - nada perdemos con recoger una tan sólo de sus penetrantes fórmulas. Y es que la democracia no es ante todo una pretensión del hombre frente al estado, sino una pretensión de todo hombre frente a sí mismo y cuyo cumplimiento es lo que le permite cabalmente su participación en esa democracia; y esa pretensión podemos verla desde estos tres puntos de vista: conciencia de responsabilidad, amor por las grandes figuras humanas, y capacidad de educarse uno a sí mismo.[141/]

El reclamo de las consideraciones de carácter político-sociológico - la relación entre los regímenes políticos con las estructuras económicas y con las tradiciones históricas e ideológicas - de cada país, es más fácil de sortear al menos por la razón de que algo se ha dicho sobre ello en estas páginas. Volvamos pues a la cuestión inicial en su tenor más sencillo y como simple cuestión de hecho. Hay en efecto en la pregunta formulada al comienzo de este párrafo un notorio paralelismo con otra asimismo anteriormente enunciada: ¿Existe un solo modelo unitario de desarrollo económico? En este caso y a tenor del mencionado paralelismo: ¿Existe un modelo también único de Democracia? La respuesta negativa es la misma. Pero la tenaz insistencia en tomar la venerable fórmula inglesa - de los manuales sobre todo - o si se quiere anglosajona como el modelo ejemplar, kat epoche de esa democracia no puede conducir sino a una irremediable desesperanza. El tema ha cobrado de pronto singular importancia ante el interés actual de políticos y hombres de ciencia por las relaciones posibles de democracia

141/ Karl Jaspers, Die Atombombe und die Zukunf des Menschen, Piper, 1918, p.441.

/y desarrollo

y desarrollo económico en los países más nuevos. Quizá por eso y para curarse en salud ante las impaciencias de bajo tono sentimental de algunos latinoamericanos hizo bien el Grupo de Trabajo reunido en México de reconocer el tema en toda su sencillez y hasta de aconsejar algunas investigaciones sobre el mismo: ¿Qué formas de gobierno democrático son las más adecuadas para sociedades en distintos niveles de desarrollo económico y social?[142/]

Ahora bien, nos encontramos de nuevo una vez más con el hecho de que la situación de los países latinoamericanos es - era de esperar - muy distinta de la existente en el enjambre de los recién nacidos y que, por consecuencia, apenas nos son de utilidad algunos de los conceptos y consejos de la más actual investigación. Tal por ejemplo, las cuestiones teóricas generales que preocupan a R. Braibanti en su citado estudio "The relevance of political science to the study of underdeveloped areas".[143/] He aquí algunas otras pequeñas muestras sin abuso excesivo de paciencia.

Ya en alguna otra parte se hizo referencia a una clasificación - dificilísima de traducir - de los sistemas políticos de los nuevos países utilizada por un grupo de jóvenes investigadores norteamericanos.[144/] Los "modelos tipos de los sistemas políticos" de los referidos países son al parecer estos tres: a) el denominado sistema o tipo de "movilización", frecuente en los nuevos países africanos; b) el sistema "consociational" - dejémoslo en inglés -, en la India, verbigracia, y c) el sistema de las "autocracias modernizadoras" Marruecos o Etiopía, como ejemplos. La explicación de cada uno de esos tipos no es difícil, pero viene sobrando en este instante. (Como ilustración veamos sólo las características del primero de los citados: i) autoridad jerárquica; ii) lealtad total; iii) flexibilidad táctica; iv) unitarismo y v) especialización ideológica.) Lo que sí interesa subrayar es que cada uno de esos tipos corresponde a una forma diferente de desarrollo económico.

142/ Véase op.cit., p.65. Es la quinta de las investigaciones propuestas.

143/ R. Braibanti y S.S. Spengler, op.cit., p.139.

144/ David E. Apter y C. Rosberg "Some models of political change in contemporary Africa" en The Political Economy of Contemporary Africa, 1959, y en otros escritos, sobre todo del primer autor.

/Ampliando un

Ampliando un poco más el horizonte, otra interesante clasificación se encuentra en otro libro también ya mencionado.[145] Sus autores prefieren una distinción dicotómica: a) oligarquías, las cuales son o pueden ser modernistas, coloniales y racialistas, conservadoras y tradicionales (Pakistan por ejemplo), y b) democracias, que a su vez responden a uno u otro de estos tipos: políticas (Filipinas); tutelares (Indonesia o Tunez); y de liquidación colonial. De haber tiempo no hubiera dejado de tener interés ocuparse con algún detalle, sea de algún caso como el de Filipinas - nunca extraña a nuestro mundo aunque haya perdido el castellano -, sea de algún tipo como el de las denominadas democracias tutelares que sí tienen interés - ¿por qué negarlo? - para algún país latinoamericano.

El profesor brasileño Helio Jaguaribe - asistente a la reunión de México - se arriesgó a enfrentarse con el tema dentro del mundo latinoamericano, persiguiendo asimismo la conexión antes apuntada entre formas políticas y maneras de desarrollo económico. Su estudio,[146] de innegable originalidad y agudeza, se complicaba tal vez de modo innecesario con algunas cuestiones de carácter geopolítico, y añadía alguna nota quizá extremadamente pesimista. Según cree el profesor Jaguaribe, existen tres modelos o tipos viables, el modelo del capitalismo nacional o nacionalismo capitalista, el modelo del capitalismo de estado, o el tipo de socialismo "desarrollista". La clasificación, como puede observarse, es de carácter económico político. Una expresión más atenuada y programática de su pensamiento consta en el informe del mencionado grupo de trabajo: "Con toda probabilidad, la construcción de modelos políticos aplicables a los países latinoamericanos incluiría diversas combinaciones de los siguientes - entre otros - factores preponderantes:

a) Burguesías empresariales nacionales y/o clases medias tecnocráticas.

b) Parlamentos con predominio de partidos que mantengan al desarrollo económico como valor político fundamental sobre la base de aspiraciones nacionalistas, o bien de agrupaciones políticas centralizadas

---

145/ Véase Almond y Coleman, op.cit.

146/ El desarrollo económico programado y la organización política (ST/ECLA/CONF.6/L.C-2b y Add.1).

de inspiración profundamente reformista bajo el liderato del grupo tecnocrático constituido por las clases medias, y

c) Estados programadores y fiscalizadores de un esfuerzo de desarrollo económico realizado sobre todo por empresarios nacionales, o estados que hacen suya la función empresarial, en vista de la insuficiencia de la actividad privada".[147]

Era necesario hacer constar estas opiniones, pero sonaría, en cambio, incorrecto toda veleidad polémica. Nuestra tarea es por el momento más sencilla y no pretende ofrecer análisis medianamente satisfactorios, que tan solo cabría intentar en un estudio especial, estudio que alguna vez tendrá que realizarse por unos u otros.

En nuestro parecer tiene razón Arnold Bergsträsser[148] cuando afirma que en los momentos actuales de nuestro siglo XX conviven todavía cuatro tipos fundamentales de liderazgo o jefatura: el primitivo, el estamental, el constitucional o de estado de derecho, y el totalitario.

Los países latinoamericanos han sido, o querido ser, desde su independencia característicos estados constitucionales o de derecho, aunque arrastrasen - aquí o allá - diversos residuos de su pasado estamental. Y han sido o querido ser estados democráticos. Que semejante democracia no siempre ha funcionado bien no es cosa de plantearlo de nuevo. Pero han tratado de aproximarse a ella las más de las veces; y lo esencial es que en las próximas décadas - decisivas para su crecimiento económico - traten de encarnarla de alguna manera - dentro de su posible manera en cada país - aunque no reproduzcan punto por punto la imagen ideal - casi mítica - del modelo anglosajón. En relación con el desarrollo y la programación económicos, es poco probable que la vieja democracia "liberal-representativa" de la clasificación antes citada (Leibholtz) pueda ser un instrumento eficaz en la actualidad. La democracia pluralista, típica de los países industriales más modernos, sólo ahora puede comenzar en alguno de los nuestros, si la buena fortuna los protege, es decir, los países que están ya en pleno take off o que acaban de iniciarlo.

147/ Boletín Económico para América Latina, op.cit., p.64.

148/ Véase Führung in der modernen Welt, 1960.

/1) La

1) La democracia como fenómeno de participación

Algunos quizá encuentren en la fórmula del denominado "partido dominante" (no partido único, cuidado) el instrumento más eficaz de mantener un programa y de contar con el apoyo popular. O si se quiere, la fórmula dentro del parlamentarismo clásico, de una coalición mayoritaria con iguales efectos en ambos sentidos. Lo esencial, sin embargo, es una cosa: que no es uno sino plural el paradigma de la vida política democrática. Ahora bien, si como antes se dijo, los economistas trataron, "desde dentro", de plantear con originalidad los problemas de la realidad latinoamericana, es porque, naturalmente, no olvidaron los conceptos fundamentales de su ciencia, válidos igualmente en cualquier parte. Los políticos y sus consejeros - los especialistas de la ciencia social - no pueden olvidar que también existen principios fundamentales de la democracia, si de ella se pretende hablar con algún sentido. Y aunque son harto conocidos conviene recordarlos con brevedad.

Se exige, en primer lugar, un mínimo de representación - sean unos u otros los procedimientos electorales y los regímenes de partido - y de acatamiento a las sanciones - no reelección, etc. etc. - de la opinión pública. En segundo lugar, se requiere la existencia y el mantenimiento de las denominadas garantías individuales, elemento liberal sin el que toda democracia perece. Y, por último, y en tercer lugar, es necesario que se ofrezca una participación social efectiva, en grado mayor o menor.

El sociólogo, que no niega la significación de las dos primeras características, pone sin embargo singular interés en recordar el supremo valor de la tercera. Sociologicamente hablando, la democracia no es otra cosa que un hecho de participación. Y este hecho no queda reducido al momento de una elección, al de la emisión de un voto, o al cumplimiento temporal de otras actividades estrictamente políticas, sino que la auténtica participación democrática del ciudadano se extienda a través de todo el cuerpo social por la variada diversidad de sus grupos activos. Se ha tenido que pasar por las experiencias dolorosas de estas últimas décadas, para resucitar de una u otra forma - o sea, adaptadas a la actualidad - algunas de las ideas del viejo Durkheim, expresadas especialmente con fuerte vigor

/en el

en el prólogo a la segunda edición de su clásico libro De la division du travail social. En la terminología contemporánea se habla más bien de la importancia estructural de las denominadas agrupaciones intermedias, en lo social y por tanto en lo político. Como decía en otra parte 149/ el autor de estas líneas, "se sostiene, en efecto, que no puede hablarse de plena y auténtica participación sino en aquellos casos en que el individuo está en lo suyo, es decir, en que tiene una experiencia directa o de primera mano de las cosas que le importan y de las que forma, aún sin proponérselo, su propia opinión. El individuo está en lo suyo en su familia, en su oficio, en su empresa, en el sindicato, en la asociación de productores, en la parroquia, etc... El individuo no puede actuar con soltura y conocimiento de causa frente a horizontes generales y abstractos, si no ha llegado a ellos por la sucesiva ampliación de sus horizontes limitados y concretos. Ahora bien, el mecanismo que permite esa ampliación sucesiva del horizonte de la experiencia vital, es la participación activa en los grupos intermedios, de dimensiones cada vez más amplias, que partiendo del núcleo familiar mínimo, desembocan ante la totalidad del estado y de sus conexiones internacionales. De esta suerte, una auténtica participación política medianamente responsable viene a realizarse a través de esos diversos grupos: una, directa en la medida en que el individuo participa en decisiones privadas que, quiérase o no, tienen una resonancia o significación política general, y otra, indirecta, en la medida en que el hombre forma sus opiniones políticas generales gracias al contacto, al intercambio de ideas y experiencias con los demás compañeros de su grupo."

Tal es la importancia que hoy se concede a este hecho de la democracia como fenómeno de participación, que son numerosas las investigaciones que han pretendido calibrarlo en distintos países. Y a veces con algunas sorpresas. El vigor del desarrollo económico - ese apoyo popular de que con frecuencia se habla - depende del grado de participación efectiva que exista en todos esos escalones intermedios. Lo que nos lleva a rozar, por último, un tema del que nada se había dicho hasta el momento, o sea, el

---

149/ Conferencias citadas en la Universidad de Córdoba, Argentina.

/del vigor

del vigor de la vida sindical. Algunos sociólogos contemporáneos - André Philip, Goetz Briefs, etc.[150] - destacan hoy con energía la importancia de este hecho, desde la perspectiva incluso del desarrollo económico. Decía hace poco A. Philip[151] que en la actualidad se está pasando de la "democracia participación" a la democracia libertaria (o liberal). Pasemos por alto la mayor o menor felicidad terminológica. Quiere decir con su segundo término que hoy, como resultado de las condiciones modernas del trabajo - en las sociedades más industrializadas, se entiende - el individuo está en condiciones de participar cada día más en una multitud de organizaciones del más diverso tipo. El hombre se libera, pero también se concentra en sus intereses y responsabilidades. Quizá por eso la democracia política sea quizá cada vez más ocasional y más débil en el sentido de la estricta participación "política", pero no por eso deja de ser una democracia. Dicho en su expresión literal: "me pregunto, si en vez de gemir y lamentarnos sobre la indiferencia, la pasividad y la apatía de las masas, no convendría considerar que semejante debilitamiento lleva consigo un elemento de liberación del hombre; llegaremos de esa suerte a una democracia que quizá conlleve menor participación, pero en cambio mayores controles, fijación de límites y definición de las competencias." Añadiendo en lo que más ahora nos importa: "No puede existir democracia económica sino en la medida en que se de una educación permanente del conjunto de la población, una educación permanente a tenor de las condiciones del mundo moderno... educación de un pueblo interesado cada vez menos por las ideologías y las filosofías de la vida, y cada vez más por las realidades técnicas precisas, al mismo tiempo que por los valores mediante los cuales se expresa."[152]

150/ Véase una excelente exposición de conjunto por Alfred Christmann "Die Gewerkschaften in der industriellen Gesellschaft" en Hamburger Jahrbuch, año 5.

151/ André Philip "Les syndicats et la démocratie économique" en Revue de l'Institut de Sociologie, 1-2, Bruselas, 1961.

152/ Op.cit., p.155. Obsérvese el parentesco con las ideas de otros autores aquí comentados, por ejemplo, Landshut.

/Tenía que

Tenía que surgir así a través del sindicato el actualísimo problema de la democracia económica,[153] es decir, el de la ampliación - coinciden diversas definiciones - al mundo de las relaciones económicas de los principios democráticos surgidos primero en el campo político. Pero han sido tantas nuestras digresiones - pequeñas o largas - que una más nos sería imperdonable.

m) La integridad moral. Nuestra América "fará da sé"

¿Sería posible, mejor dicho, seremos capaces de enfrentarnos en este instante con una última y punzante cuestión? La convicción hasta aquí mantenida es que la fórmula democrática es capaz de llevar adelante el desarrollo económico y en modo alguno tan sólo por preferencias de valor, sino por razones técnicas. Razones que abonan a la par los supuestos teóricos del crecimiento - una tasa sostenida y suficiente del mismo - y una distribución equitativa y humana de sus resultados. Nada se opone en principio a que la inteligencia sea capaz de determinar los procedimientos necesarios para una programación democrática. Será sin duda más difícil - como dudarlo - pero de ninguna manera imposible, lograr una equiparación entre planeamiento y democracia. Quizá la impaciencia de los intelectuales llegue a irritarse en algún momento con las dilaciones y tropiezos que sus ideas sufren al contacto con la compleja realidad de la vida; mas la experiencia de los hombres de acción puede disuadirles a tiempo de su intemperancia profesional. Pero que puede ocurrir de llegar el instante, aquí o allá, de que se extienda como convicción general la del fracaso de la fórmula democrática, la del derrumbe del modelo occidental. El futuro se encuentra en el regazo de los dioses y no es cosa de que nos pongamos ahora a luchar a brazo partido con Proteo a fin de sacarle su secreto. El elusivo héroe marino acaba siempre por escapársenos. Renunciemos pues a toda profecía.

153/ En la citada Revista del Instituto Solvay (1961 - 1-2) se encuentran numerosas aportaciones a un coloquio celebrado en Ginebra (mayo de 1960) sobre este tema. Varias son muy valiosas. Pero quizá para un latinoamericano ninguna tenga el interés de lo de Alain Touraine Situations ouvrieres et types de démocratie économique, y no sólo, claro está, porque aluda expresamente a algunos fenómenos hispanoamericanos (loc.cit. p.40).

/Pero aunque

Pero aunque el futuro sea inasible algo podemos en todo caso recordar acerca de las causas que pueden conducirnos a semejante salto en el vacío. Retornemos en esta última consideración sobre la viabilidad de la fórmula democrática a insistir de nuevo sobre la significación - más de una vez entrelazada - de sus dos irrenunciables soportes: la legitimidad y la eficacia. La fórmula democrática puede perecer consumida por el estrago de la ineficacia. Pero también puede morir por una anemia galopante en la savia mantenedora de su legitimidad. Ahora bien, conviene en este punto no engañarse ante ambas amenazas; la segunda es mucho más grave e implacable que la primera. Siempre puede haber una última esperanza de que, ya casi en la hora cero, puedan surgir algunos hombres aptos para convertir la ineptitud en la eficacia, hombres capaces, si es necesario, de una última y salvadora intervención quirúrgica. Pero, en cambio, la evaporación completa de las creencias, la quiebra moral que hasta en sus últimos fundamentos puede tener la disclución de esa fe - la "anomía" generalizada de todo un cuerpo social - no deja sino desesperanza y "extremismo". Los hombres son incapaces de vivir sin algún estímulo de ejemplaridad. Y puede ocurrir que algunos grupos dirigentes sean alguna vez por su corrupción, alimentos negativos más que imágenes de devoción y sostén. Pero quizá no haya forma más profunda de esa corrupción - por lo mismo que mina lentamente de modo inexorable - que los maquiavelismos de poder de los hombres públicos, sean del propio país como de otro extraño y dominante. Se ha dicho ya con agudeza que el maquiavelismo del Príncipe corrompe todo lo más a su pequeña Corte, pero el maquiavelismo de masas de los grandes dirigentes modernos disuelve por igual y sin remedio la moral de todos los individuos. Y la democracia, en su último fondo, es una cuestión de moral, como antes se vio con rigurosa precisión en la fórmula del filósofo Jaspers. En la "anomía" no queda a los más sino la resignación egoísta que satisface sus más "humanos" e inmediatos intereses, a los menos la evasión, sea en el claustro de las grandes religiones universales o en otra cualquiera de sus formas sustitutas. Contemos pues con esa posibilidad - tal es la misión del hombre adulto y maduro - y asimismo con el ensueño y más que nada con la voluntad decidida de que no se cumpla. En uno de los momentos

/más ilusionados

más ilusionados de la historia española, pudo decir entonces su mayor cabeza: "España fará da sé". No lo hizo por el momento, sin quebrar por eso el misterio que guarda en sus secretos el largo tiempo de la historia. ¿Por qué no repetir aquí la misma esperanza del maestro? Estamos seguros de que en la época que ahora empieza también "Nuestra América" fará da sé.